ROPAVEJEROS
ANTICUARIOS
Y
COLECCIONISTAS

POR

UN SOLDADO VIEJO

NATURAL DE

BORJA

(BVRSAO)



Moneda celtibera

MADRID

M.DCCC.XC

ROPAVEJEROS

ANTICUARIOS Y COLECCIONISTAS

ROPAVEJEROS
ANTICUARIOS
Y
COLECCIONISTAS

POR

UN SOLDADO VIEJO

NATURAL DE

BORJA

(BVRSAO)



Moneda celtibera

MADRID

M.DCCC.XC

PRÓLOGO

> Yo el menor padre de todos
> los que hicieron ese niño,
> que concebisteis á escote
> entre más de veinte y cinco.
> (QUEVEDO.)

MUCHOS coleccionistas, anticuarios y ropavejeros han contribuído á engendrar este libro. Si alguno se cree aludido, habrá servido de modelo. Bueno ó malo, se ha tomado del natural. Cada uno copia ó describe las escenas del color que las ve. Si se pone en caricatura el *coautor* y confiesa que también *tocó la viola*, consuélense los demás. Tenerse por sabio completo, es architonto. Entre todos se sabe lo que se sabe y no es borrico el

que ignora, sino quien habla ó escribe de lo que no entiende.

En la última, como todas, maldita guerra civil, un Capitán ofreció varias flores á un General, que pagó la fineza con una grosería. El oficial resentido no pudo contenerse, y exclamó:—¡Qué bruto es V., mi General! Éste, mal educado, pero noble, comprendió había faltado el primero, arrimó las espuelas al caballo y escapó replicando:—Ya lo sé.

Si alguien al leer esta obrilla piensa, dice ó escribe, se mete el soldado viejo en lo que no entiende y le llama asno, contesta como el General del cuento:—Ya lo sé.

CAPÍTULO I

CUAL NO DIGAN DUEÑAS

La Academia Española llama *Ropavejeros* á los que venden, con tienda ó sin ella, ropas, vestidos viejos y otras baratijas, y *Anticuarios* á los que hacen estudio del conocimiento de las cosas antiguas, no á los que las venden.

El principal negocio de éstos consiste en ropas viejas y en baratijas más ó menos auténticas; su verdadero título es el de ropavejeros. Al darse á sí mismos el de anticuarios cometen una usurpación.

El Diccionario de la lengua dice que es coleccionista »el que colecciona.» Luego pertenecen á tan benemérita clase

los que lo hacen por no saber *qué hacer* (vulgo vagos), los que reunen objetos de gusto depravado y llenan la casa de porquerías, los que la adornan con preciosidades de todo géneroy se extasían al contemplarlas, los que las compran por vanidad, parecidos á los que tienen libros y no leen, y los que se dedican á buscar y reunir ejemplares para un estudio particular del arte ó de la ciencia. Entre los coleccionistas hay una gradación que comprende desde los muy sabios hasta los completamente tontos.

También los prenderos, aunque mucho más modestos que los ropavejeros, se suelen llamar anticuarios, sin que haya llegado á su noticia exista la arqueología. Unos y otros, con raras excepciones, son ignorantes; pero no tanto como los coleccionistas, que echándola de inteligentes, los mantienen comprándoles sus baratijas.

Antes de la expulsión de los judíos, en 1493, éstos se dedicaban á ropavejeros. Juan de Timoneda refiere lo siguiente:

»Andaba un pobre pidiendo por amor

de Dios á los ropavejeros de cierto pueblo y á grandes voces decía:—Acordaos de la pasión de Dios.—Díjole un estudiante:—Hermano, pasad vuestro camino, que aquí testigos son de vista.»

A los hebreos reemplazaron los cristianos en el comercio de ropas viejas y baratijas. Comenzó la afición á las antigüedades, llegó á su apogeo y alguno debía escribir acerca de los que venden, compran y guardan tales chismes. Aunque indigno, al que publica este librejo le consuela la esperanza que en asunto tan interesante,

»*Quizá otro cantará con mejor pletro.*»

Casi todos los que han escrito respecto á anticuarios, ropavejeros y coleccionistas, los ponen como chupa de dómine ó han disparatado de lo lindo. En el *Semanario Pintoresco* de 1847 se lee, que la primera prendera fué la segunda mujer que existió, la cual compró el primitivo traje de Eva, protegida por la impura Mesalina. El primer traje de Eva sería la hoja de parra; y se dió prisa en ponérsela, porque según los comentadores, tanto ella

como Adán sólo permanecieron en el Paraíso terrenal desde el alba al mediodía. Si á la más antigua de las prenderas que vendió la hoja de parra la protegió la digna esposa del Emperador Claudio, que reinó del año 41 al 54 de J. C., debió vivir unos 4.044 años. ¡Buen desatino! Dice el que lo escribió que las prenderas eran codiciosas, engañadoras, desempeñaban el papel honradísimo de Mercurios femeniles, las apadrinaban impuras Mesalinas, y que en aquella época los hombres se desdeñaban de ser prenderos. Hemos adelantado mucho. Ahora los hay machos y hembras. A excepción de algunos pocos que son decentes, la mayoría conserva las mismas virtudes, se asocia con Aspasias de alta estofa, especula con las pecadoras de infantería y hasta con las que deben llamarse de artillería, porque usan carruaje abren brecha y destruyen las fortunas de necios, mucho más ridículos que los maridos burlados, pues las tales, siempre tienen otros cuales que gratis se divierten á costa de los paganos.

En *Los españoles pintados por sí mismos*, publicados en 1843, se halla *El Anticuario*. Le dibujan sentado en una silla que fué de la Sibila de Cumas, junto á la paleta de San Lucas, la redoma del Marqués de Villena, la llave del arca de Noé, y tiene en la mano el vaso excretorio de Julio César. El autor dice que el anticuario cree que Atila fundó á Avila, Numa dió nombre á Numancia y en Sahagún se levantaba Sagunto. Le llama animal, y añade que exhibe agua convertida en vino en las bodas de Canaán, la herradura que se le cayó al caballo de Santiago, al dar una coz al de Mahoma en la batalla de Clavijo, la albarda de la burra de Balaán, la trompeta de la fama, la carabina de Ambrosio, la espada de Bernardo, etcétera, etc. El articulista asegura que pinta el tipo del anticuario y que si hay alguno de juicio claro que discurra acertadamente en lo moderno, si habla de cosas que pasaron, cae en su infausta monomanía. Lo que retrata es el charlatán ignorante y loco, no el arqueólogo.

En *Los españoles de Ogaño*, impresos en

1872, el autor de *El Coleccionista* dice que éste es peor que el cólera, que no abre jamás un libro, que carece de los más vulgares conocimientos de toda ciencia y que habla *sibilíticamente* de cuanto se le ocurre. Trata de describir al aficionado á la *filatelia* y cuenta que uno de éstos, porque habían falsificado los sellos de correo de México, se dedicó á reunir cajas sucias de fósforos. Tan puerco coleccionista se enamoró de la hija de un Conde viudo y numismático, quien ofreció al busca-cajas la mano de su heredera en cambio de una medalla de Cleopatra, única pieza que le faltaba en su monetario. El futuro yerno se la proporcionó, pero resultó falsa; el Conde, de pena murió de repente; la niña indignada rechazó al de las cajas sucias, el cual, después de comer (no podría en ayunas), entregó al escritor su colección, y una carta anunciándole que partía para América. Buen viaje. El autor, muy satisfecho de su obra, concluye exclamando: »Nada hay peor ni más indigesto que un coleccionista.» ¡Vaya si hay! Echarla de gracioso sin

serlo y escribir de lo que no se entiende.

El Anticuario de Walter Scoott era soltero, sesentón, y se llamaba á sí mismo *misogino* (enemigo del bello sexo); sabía y coleccionaba de todo, creía poseer un Otón de cobre (moneda que no existe), y amaba poco la limpieza. Tenía en confuso montón, que llegaba hasta el techo, cuantos objetos había podido recoger á fuerza de tiempo y de fatiga. Se entusiasmaba recordando que un colega compró por dos sueldos el *Tratado del ajedrez*, primer libro impreso en Inglaterra en 1474, que el Rey adquirió en 160 libras esterlinas, y decía: »Cuando gustéis que un importante negocio sea tratado como corresponde, confiadle á un anticuario. Acostumbrados á poner en prensa su imaginación para averiguar pequeñeces, no se les escapará el menor átomo en asuntos de entidad. El regimiento que maniobra con frecuencia se distinguirá más en una batalla.» El novelista escocés supo retratar al *anticuario*.

El cuento más repetido burlándose de los anticuarios es de Luis Bermúdez Belmonte, poeta del siglo XVII. Dice así:

Pleiteaban ciertos curas
de San Miguel y Santa Ana,
probando el uno y el otro
la antigüedad de su casa.
Y el de San Miguel un día,
que acaso se paseaba
por el corral de la iglesia,
descubrió mohosa y parda
una losa, y ciertas letras
que gastó tiempo en limpiarlas.
Dicen: »Por aquí selim.»
Partió como un rayo á casa
del Obispo, y dijo á voces:
—Mi justicia está muy llana,
ilustrísimo señor;
esta piedra era la entrada
de alguna cueva por donde
el moro Selim entraba
para guardar los despojos
en la pérdida de España.
Quedó confuso el Obispo;
pero el cura de Santa Ana,
que estaba presente, dijo:
—Vamos á ver dónde estaba
esa piedra tan morisca
que tan castellano habla.
Fuéronse los dos, y entrando
á la misma parte, hallan
rompida otra media losa,
y que juntándolas ambas

dicen:—»Por-aquí-se-lim-pian
las letrinas de esta casa.»

Siempre han tratado de poner en solfa á los que coleccionan antiguallas. D. Manuel Bretón de los Herreros satirizó también á los numismáticos diciendo:

»Que D. Blas el anticuario,
dado á sucias baratijas,
deje sin pan á sus hijas
por formar un monetario;
y que á su mujer, que es guapa,
prefiera el gesto de Druso
ó el reverso de algún Papa,
es otro abuso.»

CAPÍTULO II

EL RASTRO Y SUS PERSONAJES

Se llama el Rastro de Madrid, al mercado de chismes viejos, nuevos, alhajas y basura. Tomó el nombre del edificio construído para matadero de cerdos. Ya era famoso en el siglo XVII, y en él se vendía de todo, como lo prueba Don Francisco de Quevedo en su *Entremés de la Ropavejera*.

»*Rastrojo.* ¡Válgame Dios, qué extraordinaria [cosa!
¿qué oficio dice vuesarcé que tiene?
Ropavejera. Muy pronto se le olvida:
yo soy ropavejera de la vida.
....
....

yo vendo retacillos de personas,
yo vendo tarazones de mujeres,
yo trastejo cabezas y copetes,
yo guiso con almíbar los bigotes.
(*Sale D.ª Sancha tapada con manto.*)

D.ª Sancha. Una y tres muelas dexaré pagadas.

Ropavejera. Eso es descabalar una quixada.

Rastrojo. Quixada, ¡vive Dios! quixada dixo.

Ropavejera. Está la dentadura como nueva,
que no ha servido sino en una boda:
déxese gobernar, llévela toda.

. . . .

Más há de cuatro días
que calza usted en casa las encías.

. . . .

. . . .

(*Entra Godínez de Dueña con manto.*)

Godínez. Yo estoy un tris agora de casarme,
y tiénenme los disgustos arrugada.

Ropavejera. Los años no tendrán culpa de nada.

. . . .

Yo la daré niñez por ocho días;
mas ha de hervir la cara en dos le-
[jías.

Godínez. Herviré, por ser moza, un día entero
en la caldera de Pedro Botero.
(*Vase Godínez.*)

Rastrojo. ¡Y habrá parabieneros tan picaños
que digan que se gocen muchos años!
(*Sale Ortega arrebozado.*)

Ortega. Señora, ¿habrá recado?

Ropavejera. Ya conozco la voz sin criadillas.
Ortega. ¿Habrá un clavillo negro de melín-
y dos dedos de bozo, [dez,
con que mi cara rasa
pueda engañar de hombre en una
Ropavejera. Yo mandaré buscallos; [casa?
éntrese al vestuario de los gallos.»

Es el Rastro paraíso de cazadores de gangas, de pescadores en seco, de aficionados á las artes nobles ó villanas, de cesantes, de licenciados del ejército, que no vuelven á empuñar la azada, de ex-presidiarios incorregibles, de cursis que buscan los desechos de la moda, de tenderos quebrados, de inocentes que se hacen la ilusión de comprar barato lo nuevo que procede de comercios en liquidación, y sobre todo, es el vivero ó plantel de los ropavejeros de la corte de las Españas. También es el centro de contratación de lo que poco ó casi nada vale.

En artes lo antiguo tiene el mérito de haberse conservado. En todos los tiempos hubo mucho malo, algo regular, poco bueno y siempre se preferirán en pintura Rosales y Fortuny á las medianías de los

siglos anteriores. Porque las obras de arte tengan más ó menos años, ni pierden ni ganan de valor. Pensar lo contrario, prueba debilidad de cerebro, manía ó locura. Todo es nuevo, viejo ó antiguo. Se adquiere lo primero por necesidad, moda y ostentación; nadie quiere lo viejo, y se busca como rareza lo antiguo. A un apasionado por la arqueología le preguntaron si se casaría, y contestó:—Cuando encuentre una joven antigua. A las viejas ¿quién las desea?

Lo que se considera inútil acaba en el Rastro de Madrid ó en las prenderías. Si á tales sitios va algo bueno, lo compran los inteligentes. Como todo vale en lo que se aprecia, se han hallado margaritas en muladares y preciosidades en el Rastro. En él se ha visto vender la placa de Carlos III en brillantes, de un Duque; el látigo con puño de piedras preciosas de un Príncipe de Asturias; la plata del servicio de mesa del Palacio Real; el reloj con el retrato esmaltado de la actual Reina de Inglaterra, regalado al Sultán de Turquía; la bandera de un Regimiento; un

medallón antiguo con el busto de Fernando el Católico; las libreas de D. Amadeo de Saboya; miles de fusiles; un estandarte de la Inquisición; la carroza que condujo á una moza libre representando la libertad; un cañón de bronce de á 12, fundido en Sevilla, en el año 1796; una magnífica rodela que compraron por una peseta, sacaron de ella seis mil y ahora se halla en la Armería Real, etcétera, etc.

En el Rastro se reunen los esplendores de la fortuna que ha venido á menos y los restos asquerosos de la miseria. Lo que ha destruído el lujo y vicios de los magnates, y la necedad de la clase media que se empeña en imitarles, consiguiendo caer en la pobreza. El montón se dispersa, sirve á la necesidad, toman nueva forma los objetos, llegan algunos á adornar palacios y museos, vuelven á donde salieron ó desaparece como todo en polvo y humo. El 15 de Julio de 1885 se quemaron las Américas, suplemento del Rastro, en el cual no hubo cólera aquel año. Ó el incendio purificó la atmósfera,

ó la porquería evita la epidemia. Traslado á los médicos.

Los prenderos del Rastro y de todas partes, cuando ignoran el valor de los objetos, quieren atrocidades por ellos. Si el marchante se ríe y no ofrece, al que después se presenta le piden la mitad, y van bajando, hasta darlo con poca ganancia. Para comprarles se les propone lo justo, y nunca aceptan; se les envía á varias personas que disminuyan la cantidad ofrecida, y lo venden al que hizo la primera proposición.

Si se desea que conserven mucho tiempo lo que ellos creen una preciosidad, se les ofrece cantidades exageradas, y jamás le cogen á uno la palabra. A esto llaman en lenguaje *chamarilero* vincular los objetos.

Cuando acuerdan varios aficionados fastidiar á algún ropavejero que se la echa de sabio, elogian la obra de arte que posee, aseguran que es original, que vale miles, y ninguno la compra. De igual procedimiento se sirven los que buscan antigüedades por los pueblos, si se persua-

den que ellos no las han de adquirir. Las ponderan mucho y consiguen que otros del oficio no puedan tomarlas.

Los que reunen pinturas, con propensión á elegir las peores, que son los que más animan el Rastro, llenan de aquéllas la casa, creen son originales, y no sirven la mayor parte sino para tapar las paredes. Uno de ellos decía muy serio:—Tengo una acuarela del XV (era un grabado iluminado), un San Roque de Murillo (ni de Orbaneja) y cinco bobos de Velázquez. Sumando al aficionado se completaba la media docena.

Cuando por defunción, cansancio ó falta de recursos vuelven tales mamarrachos al Rastro, los venden uno á uno y se forman nuevas y malas colecciones. Otros lienzos sirven para imitar pinturas antiguas, ó para fregar los suelos, que es lo que merecen.

Si algún rebuscador listo encuentra un cuadro mediano, todos los que van á caza de gangas se dicen unos á otros, tirándose de los pelos, si los tienen: ¡Qué suerte Fulano! Compró el domingo en el

Rastro un Goya por dos pesetas.—Era Lucas, añade un envidioso que no lo ha visto.—Lo mismo es, replica el que da la noticia, echándola de entendido.

Un trapero, con más facha de oso que de hombre, se construyó en un corral, con esteras y maderas viejas, un albergue que no albergaba. El aire, la luz y el agua entraban por todas partes. Tenía mucho *carácter* tanta basura. La habitación servía de dormitorio, depósito de trastos, cocina y cuadra, que ocupaba un jacucho separado por un estante con libros, que le servían lo mismo que á sus humanos compañeros macho y hembra.

El trapero, después de varios encuentros felices, ascendió á prendero, y con sus malas ó buenas prendas se trasladó á la Rivera de Curtidores. Nuestro héroe ganó comprando y vendiendo ornamentos y alhajas de las iglesias, con ó sin los permisos necesarios, se enriqueció en tan sacrílego comercio, y creyéndose ya anticuario, tuvo una idea peregrina. Adquirió un carruaje, mandó pintar en la caja objetos del siglo XVI y

de la época de Luis XVI, que como la mayor parte de sus ilustrados colegas, creen contemporáneos, y se echó á buscar de pueblo en pueblo lo que era parecido á la muestra que llevaba en el vehículo. Se cansó de ir en coche. Los sabios, que le tenían por estúpido, le vieron trasladarse de un salto desde el Rastro al centro de Madrid y repartir tarjetas que decían: *Establecimiento de antigüedades de Fulano y Compañía.* Uno de aquéllos, admirado le preguntó:—¿Con quién está V. asociado?—Con la Mengana; hace años que vivo con ella, respondió el gorilla.

Así el genio, desde la más humilde esfera, por arte del diablo, sube los peldaños de la escala social.

Al protagonista de esta verídica historia, sólo un negocio le salió mal. Fué á París á vender unos tapices, llamó á un peluquero para que peinara los sucios cabellos de su asociada, pensó le llevaría una peseta, le exigió 25, armó con él una trifulca y exclamó desesperado:—Si sé lo que me iba á costar, antes la esquilo.

Un pastor abandonó el ganado, se tras-

ladó á la corte en 1868, se hizo patriota al contemplar entusiasmado saquear el Parque de Artillería, que pertenecía á la patria, y sin saber que dejó el monte por vivir en sociedad, se convirtió en socialista. Según su respetable opinión, la revolución se perdió porque no le dejaron asesinase, llegó á apuntarle, á un general sin hombreras que arengó en la Puerta del Sol. ¡Qué barbaridad! Desengañado, y con razón, por este fatal contratiempo, se dedicó en el Rastro al comercio de armas. Compraba á peseta los fusiles robados á la nación, que paga siempre los vidrios rotos, y los vendía á 80 á los absolutistas. Lo mismo hizo con las carabinas que el 23 de Abril del 73 abandonaron en la Plaza de Toros los Voluntarios de la Libertad, monárquicos sin Rey.

Contribuyendo noblemente á que nos matáramos los que peleábamos en la última guerra civil por deber ó necedad, reunió ocho mil duros, que como los dineros del sacristán, perdió en el incendio del Rastro de 1885; cuya desgracia y el creer que no hay ricos honrados, le ha-

cía exclamar:—¡Honrados, honrados! Si seré yo liberal, que me ganaba la vida sirviendo á republicanos y carlistas.

En el Rastro se ha perdido un tipo. El aguador, que antes de establecerse la moneda decimal, pregonaba su mercancía cantando:—Por dos maravedises, agua y anises.—Uno del Rastro se enteró que había barros saguntinos ó romanos y búcaros de Méjico. Creyó que éstos eran restos de buques; no conocía otros que los del Manzanares, y aseguraba, que un pedazo de porcelana era del barco donde fueron los romanos á Méjico. Otro vendía cuadros, y si le decían: ¿Cuánto vale esa pintura? contestaba:—Es de Murillo y no puedo darla menos de dos pesetas.

Si se pregunta en el Rastro por el valor de un objeto y no se ofrece, lo probable es recibir un chaparrón de improperios. A un coleccionista le pidieron en 1869 cinco pesetas por el retrato al óleo de un personaje odioso, porque la perfidia es más repulsiva que la violencia. Se empeñó en ser Rey y no lo consiguió. Persuadido aquél de que no se lo daría,

ofreció media.—Tómelo V., añadió el trapero; ni eso vale por lo que representa.—El aficionado, incapaz de destruir una obra de arte, la regalaba, nadie la quiso, hasta que se la quedó uno á quien convenía se atascase el carro de la revolución para que anduvieran sus negocios.

Para enriquecerse no hay como proveer ó administrar á los que tienen poco ó nada. Díganlo los contratistas de los ejércitos en campaña, hospitales, presidios y casas de beneficencia.

Comerciando con géneros de escaso valor, se dobla el capital. Los del Rastro compran los mendrugos de pan á 5 céntimos la libra y los venden á 15 á los pobres que ocultan su miseria, ó para hacer rosquillas que después saborean con placer los chicos y los grandes.

Entre los comercios notables del Rastro figuran el de suelas de zapatos viejos, que sirven para hacer botas nuevas, y el de colillas de cigarros que recogen en las calles y cafés. Hay fumador que habrá chupado cien veces el mismo tabaco.

Aunque parezca mentira, también hay filósofos en el Rastro.

Uno enseñaba en un plato varias monedas de oro, gritando:—Las de 5 duros á 20 reales.—El que más, después de examinarlas, ofrecía á 10. Eran buenas; nadie lo creyó, y el vendedor, si ponían precio, reía á carcajadas.

Otro decía:—A dos céntimos la pieza, y se salva la sociedad.—¿Cómo es eso? le preguntó un curioso.—Si vendo estas baratijas, podré comer y me salvo; el que las compre, por tan pequeña cantidad no se perderá, respondió el trapero.—En el Rastro se vende todo; para cada deseo hay un objeto.

Los domingos se ven en el suelo montones de porquerías, y anuncian su venta dando voces:—Cositas, cositas á 5 céntimos.—Un gallego eligió una de hueso hueca, metió el cigarrillo, chupó y quedó tan contento de comprar por un perro chico una boquilla. Era el pitón de una jeringa. ¡Cuántos habrán encontrado en el Rastro gangas por el estilo!

¿Sabe V. por qué está la veterinaria al

fin del Rastro? preguntó un trapero á un coleccionista.—No.—Para curar á los aficionados que compran antigüedades.

Uno de nuestros más conocidos prenderos, decía á gritos en el Rastro:—Los que compran antigüedades son muy burros. Sabemos mucho más que ellos en artes y en épocas. En épocas sobre todo. El que menos de nosotros deja atrás á tales bestias, á los catedráticos de la Universidad, empleados del Museo arqueológico y académicos de San Fernando. De ninguno necesitamos lecciones; podemos darlas. El noble auditorio, compuesto de ropavejeros embobados con la arenga y alegres con el mosto que apuraban, aplaudía á rabiar. Un coleccionista de sombrero de copa que presenciaba la escena sonreía y pensaba que el tomar los insultos por lo serio era repetir la aventura de D. Quijote con los botos de vino. Cuando el orador reparó en el de la chistera, señalándole hizo la salvedad de que el aficionado, en monedas entendía algo. Éste, para que á sus anchas le llamaran animal como á sus colegas, se

alejó, despreciando al mercachifle de baratijas y recitando los versos del sainete *El Rastro por la mañana*, de D. Ramón de la Cruz:

»Pues el sol placentero
ya nos anuncia el día,
para que cuantos lleguen
nuestros afanes sirvan,
comerciantes del Rastro,
muy buenos días.»

CAPÍTULO III

ROPAVEJEROS MACHOS Y HEMBRAS

EN las fiestas que se celebraron en Salamanca cuando la visitó Felipe III en 1600, los roperos ostentaban en un carro el siguiente rótulo:

»A nuestros desnudos padres
de ropa Dios proveyó;
ved si el oficio es de pró.»

No hay duda que los ropavejeros descienden de los roperos; es innegable por lo tanto lo ilustre y antiguo de su noble prosapia.

Durante el actual periodo histórico, lo que más produce á los que venden anti-

güedades son las telas y ropas viejas procedentes de las iglesias, que van quedando desnudas, y las colchas que fueron sayas de nuestras bisabuelas; luego deben llamarse ropavejeros.

Dijo no sé quién, que para enseñar, los ejemplos. En esta obrita no faltarán. Los que se decidan á leerla, si son ropavejeros, que según ellos es lo mismo que anticuarios, no los necesitan; los coleccionistas no se enmendarán. Tal vez alguno que no pertenezca á tan benemérita clase escarmiente en cabeza ajena, en cuyo caso nos damos por satisfechos de nuestro trabajo.

Puede ser que publiquemos demasiadas anécdotas; después de recogidas sentimos destruirlas, como hemos hecho con muchas más. El que se canse, que cierre el libro. El autor se contentará con que ojeen los ejemplares que dé gratis. Así como así, regaló otros de una obra suya, y hubo quien ni la abrió. En lugar de imprimir un tomo en folio, la materia se presta, lo ha reducido á la más mínima expresión. Cuanto más pequeño, más

pronto se leerá. Perogrullada de exactitud matemática.

La mayoría de los ropavejeros ó prenderos, como se llamaban antes de estar de moda las antigüedades, comenzaron en el Rastro. Con pocos cuartos y mucha astucia, inteligencia Dios la dé, fueron ascendiendo. Pusieron primero sus baratijas en el suelo al aire libre, después bajo un tinglado, en seguida en portal, luego subieron á un piso, y más tarde se trasladaron á la calle de los Estudios. No necesitaron dejar éstos, porque nunca los tomaron, sino la calle, y empujados por la fortuna, volaron al centro de la corte de España. Alquilaron casa ó tienda, colocaron generalmente por muestra una armadura falsa y un par de platos hispano-moriscos recién fabricados, como diciendo: »Aquí se da gato por liebre,» y el siguiente rótulo ú otro por el estilo: *Antigüedades. Compra y venta.* El secreto consiste en comprar barato y vender caro, loable si no es ayudado con malas artes.

Ya instalados, se titulan anticuarios,

se anuncian en los periódicos, reparten tarjetas, avisan á los corredores de ambos sexos y á los intérpretes de las fondas, que siempre pertenecen al masculino. Éstos reciben de los ropavejeros, cuando los tratos son lícitos, el 10 por 100 de comisión de lo que aquéllos venden á los extranjeros. Los titulados anticuarios ya en el apogeo, van á París, viajan con lujo, gastan, triunfan, juegan, se dan la importancia de los que de la nada llegan á tener algo, muestran la hilaza y algunos que pudieran arrastrar coche, aunque merecían tirar de él, dan un traspiés, caen, huyen de la justicia, vuelven á la oscuridad y mueren en la miseria.

Es tan grande la mala fe de algunos traficantes, que en combinación con sacristanes violan sepulturas, entierran en ellas espadas y armaduras, todas falsificadas, y las sacan en presencia de los que buscan antigüedades.

También cuelgan alhajas modernas á las imágenes, engañando á las pobres monjas, después que las arrebataron todo lo que tenían antiguo, y las encargan

guarden objetos modernos para que se los devuelvan delante de los que los compran. La imaginación puede más que la vista, y hay pocos que si la obra está bien imitada, duden de ella, merced al sitio donde se encuentra y las respetables personas que intervienen en la venta.

Se valen de curas para que vendan joyas que han pertenecido al culto. Todo es falso; hasta los que llevan tales objetos, porque son tunantes disfrazados de clérigos.

Así como hay corredores y corredoras que se enriquecen y suben á ropavejeros y ropavejeras, los que de esta clase degeneran ó van á menos, se dedican á correr antigüedades más ó menos auténticas, ó se meten á charlatanes.

En 1884 se presentaron en un tribunal varios *llamados* apóstoles acusados de ejercer sin título el arte de curar con agua magnetizada por medio de oraciones; les preguntaron por su oficio, y uno contestó había sido anticuario.

Si dos ropavejeros se asocian, son más temibles. Es más de doble su fuerza, como

sucede á las parejas de la Guardia civil. En cambio, se hacen entre ellos cuantas picardías pueden.

Uno convenció á su socio que había sacado la mitad de lo que le dieron por varias baratijas. El engañado se vengó por el mismo sistema, y lo robado se restituyó como Dios manda. Tales sociedades concluyen siempre mal. Riñendo.

Un comerciante en antigüedades, por no desacreditarse, propuso á un su colega se encargara de vender dos candelabros modernos. Después adquirió unos que creyó antiguos, de los cuales le dieron á presencia de su compañero doble de lo que le costaron. Al preguntar á éste por los imitados, oyó atónito:—Son los mismos que acaban de comprar á V.

Existen vendedores de lo antiguo que carecen de sentido moral, y si hay algún coleccionista que no les ayuda á engañar, le ponen como nuevo. La mujer de un mercader de tales baratijas decía:—»Hay quien piensa lo entiende, no sabe de nada y *mos* perjudica á *mosotros* los *antiguarios*.—A la misma le preguntó un novato:

—¿Supongo que no me engañarán ustedes?
—*Mosotros* no engañamos, dijo la *antiguaria*, yendo con él hasta la mampara; la cerró y añadió volviéndose á los aficionados que presenciaban la escena:
—Si no podemos.

A una ropavejera la dijo una señora enlutada y llorosa que habían matado á su marido, Coronel del ejército, en Somorrostro, y que por necesidad vendía en cuatro mil reales un juego de café de *Sevres*, que había costado doce mil. La ropavejera pagó en billetes, y la infeliz viuda preguntó:—¿Para qué sirven estos papelitos?—Son lo mismo que monedas.—¡Ah! temo me engañen; soy forastera, y de no darme el dinero en metálico, me llevo la porcelana. La prendera, con el cebo de la ganancia, cambió en oro los 200 duros á la desconsolada coronela. Ésta era la hembra de un ropavejero, que al poco tiempo de establecerse en Madrid, eclipsó á todos sus colegas. Los cacharros valdrían 25 duros.

Un francés, Barón sin título, todo lo que veía en las ropavejerías españolas

lo miraba con recelo. Uno del país, santo varón, cuando averiguaba los pueblos donde se dirigía el extranjero, iba poniendo en ellos objetos falsos, que presentaban sus corresponsales al Barón. Como éste creía imposible que en sitios tan extraviados existieran imitaciones, las compraba; en París le desengañaban, volvían á la Península, hasta que otro *extranjis* cargaba con ellas. Cachivache ha habido que atravesó cien veces el Pirineo. Los sabios de acá, de allá y de acullá no se llevan un pelo de conejo.

A un extranjero de los que nos suponen muy atrasados y se creen con la misión de civilizarnos, le enseñó un ropavejero marfiles del XV, telas del XVI y abanicos del XVIII. Todo lo rechazó en tono petulante diciendo: —Falso. Al presentarle 50 varas de terciopelo encarnado, exclamó:—Esto es bueno, y dió por la tela 500 duros. El ropavejero, de lo más fino en el gremio, acompañó al viajero á la estación del ferrocarril, y cuando iba á marchar el tren, dobló el brazo derecho con la mano cerrada, puso la iz-

quierda sobre él, y le gritó:—Señor Séneca; todo lo que vió es antiguo, menos el terciopelo, que fabrican en Valencia á 5 duros la vara.

Uno que pensaba hallar tontos en Madrid, dijo al intérprete de la fonda que le acompañara á buscar antigüedades, no á las casas de los comerciantes, sino á las de los aristócratas arruinados. Al día siguiente, el intérprete le entregó una tarjeta de *La Marquesa Andrónica*, y le llevó á verla, hallándola de rodillas ante una cruz de cristal de roca y oro esmaltado, en un gabinete alumbrado por dos velas. Al transpirenaico le cegó el resplandor que despedía la joya herida por las luces, habló en voz baja al intérprete, el cual dijo:—Perdone la señora Marquesa; este caballero desearía que le cediese V. esa cruz por poseer un recuerdo de España.—¡Ah! No señor. Era lo que más estimaba mi pobre marido, replicó llevándose el pañuelo á los ojos la acongojada viuda.—Consuélese la señora Marquesa; ya no tiene remedio; para rezar por el señor Marqués, lo mismo es otra

cruz de menos valor.—La infeliz, después de muchos ruegos, dió la alhaja por 5.000 pesetas. Cuando al comprador le convencieron sus paisanos de que era moderna y le ofrecieron 1.000 francos en lugar de los 25.000 que pensaba sacar, escribió á Madrid á un amigo suyo:— »Entre una española disfrazada de Marquesa y un italiano me han robado 4.000 francos.»

Un prendero de Barcelona decía señalando la bandera de un San Juan Bautista de talla:—Es obra maestra. Se halla firmada por el gran escultor *Ecce agnus Dei*.

El mismo *drapaire* (trapero) aseguraba que uno de los dos cuadrúpedos que se veían de relieve en una bandeja de plata, era el oso de las armas de Madrid.—¿Y el madroño? le preguntaron.—Éste, contestó, poniendo el dedo sobre el otro animal.

Otro sabio de la clase encarecía el mérito de una Virgen, diciendo que la habían pintado antes del cristianismo, y enseñaba un manuscrito aseverando muy serio que era hecho á mano.

Si á los ropavejeros estantes no hay por donde el diablo los deseche, los trashumantes les dan quince y falta. Publicó uno en los periódicos, que llegaría á tal fonda de Barcelona, el día tantos, un Barón alemán que pagaba á buen precio joyas esmaltadas del siglo XVI. Poco antes de la fecha indicada, se presentó á los que en la Ciudad condal comercian en antigüedades el anunciante anónimo y les vendió alhajas del referido siglo, recién fabricadas en Viena. El Barón no pareció.

El mismo ropavejero fué á Salamanca, preguntó á los prenderos por marfiles antiguos que deseaba comprar, ofreció volvería á los tres meses, mandó á otro con varios modernos, los salmantinos se apresuraron á adquirirlos y no vieron más á quien *para saber no necesitaba ir á Salamanca*.

El ropavejero que se puede vanagloriar de haber engañado á más aficionados, incluso al que esto escribe, vendió á otro prendero una rodela por 1.500 duros. Le exigieron recibo, era falsa, temió lo de-

mandasen por estafa y la volvió á tomar. Después la encajó por 1.000; se descubrió la bellaquería, le amenazaron con romperle la cabeza y deshizo el trato. La mandó por un corredor al sabio de los sabios, que escribía sobre antigüedades en varias lenguas, quien se la quedó en 400 duros. Entusiasmado fué á enseñar la ganga al mismo que se la había remitido. No lo encontró, y á pesar de que le dijo la mujer del ropavejero que su marido acababa de vender otra igual nuevecita, éste convenció al arqueólogo de que la rodela era auténtica y valía cien veces más que lo que costaba. Con tales mercachifles no pueden, ni los que escriben en más lenguas diferentes que se hablaron en la torre de Babel.

Otro de los medios de que se valen para burlar á los aficionados, es empeñar en el Monte de Piedad alhajas y medallones de plata, imitación de los antiguos. Cuando los sacan á subasta, los pujan sus dueños. Siempre hay algún cándido que al observar se los disputan, cree son preciosidades arqueológicas y

da por ellos mucho más que lo que valen. El referido establecimiento abona la diferencia entre la cantidad que se saca del objeto y la que dieron al empeñarlo. Los tontos pagan el pato.

Los ropavejeros se aprovechan de la necedad de los coleccionistas, que por ignorancia, rivalidad ó envidia no llegan á entenderse para hacer entre sí los cambios de lo que les sobra ó cansa, y lo dan á los anticuarios para que lo vendan. Éstos, si lo verifican, han de ganar lo menos el 50 por 100.

Para que los aficionados caigan en tentación, cuando se hallan en casa de los prenderos, éstos hacen que les lleven á vender objetos suyos; figuran que los compran y los ceden como gangas á los incautos que presencian la operación.

Los ropavejeros, para dar *camelos* á los poco listos, les ponen objetos falsos en las casas de préstamos, les avisan por los corredores misteriosamente, y siempre encuentran primos que caen en la red. Lo más chusco es que hay extranjero que ve la cosa, á veces fabricada en su país, y

la compra. Si un español le asegura ser moderna, como en comparación con éste cree es Salomón, carga con la obra del XIX, jurando que es del XV. Hasta en tontería hay siempre, más allá.

Cuando los coleccionistas al comprar una baratija se equivocan, que no se llamen á engaño. Los ropavejeros carecen de instrucción y la suplen con la malicia. No tienen obligación de saber; los hay que ni por el forro conocen la moral; el afán de lucrarse les ofusca, y su Dios es Mercurio, protector, según la Mitología, de ladrones y comerciantes.

Quien adquiere debe entender, y más los que se dedican á formar colecciones de objetos de arte. Si no saben ó la vanidad les impide asesorarse de otros, paguen la pena de su estúpido orgullo.

Una ropavejera que ignoraba el Cristus, vendió á un comerciante de metales preciosos un servicio de mesa que pertenecía á una empingoratada señora. Echaron al crisol las piezas, eran de metal blanco y el platero quedó estafado en miles de duros; acudió al Juez, y fundán-

dose éste en que quien ejerce un oficio debe conocerlo, sentenció en contra del demandante.

Porque un Duque propuso cambiar varios platos, que valdrían 5 duros, por un cuadro que un prendero estimaba en 500, exclamaba éste pateando de ira:—¡Si creerán que los anticuarios nacemos, como los escarabajos, de la *m*....?—Puede ser que los haya, replicó un coleccionista.

Un fondista compró á una prendera cuatro tapices. Los vió un experto transpirenaico, los examinó y declaró ex-cátedra que eran modernos. Enseñaron el mejor á un ropavejero, el cual y un aficionado al verlo exclamaron:—¡Robado en Palacio! —El corredor á todo correr lo llevó al fondista, que también corrió á devolver los tapices á la prendera, quien por fingirse enferma, no durmió en la cárcel, como le sucedió al fondista y al corredor, apesar de las corridas. La prendera restituyó seis tapices, dos más que los que buscaba la justicia, y se echó tierra al asunto, porque salía complicada en él una dama de alto co-

pete. Graciasá la experiencia del experto que juzgó falso el maravilloso tapiz de seda y oro de la Crucifixión, que heredó Carlos V, en 1524, de su tía la Infanta D.ª Margarita, no lo perdió con cinco más el Real Patrimonio.

Los ropavejeros, cuando no se la pegan á los aficionados, se engañan entre ellos. Riñen, parece que no van á quedar ni los rabos, y siempre los une el cebo de la ganancia.—Jura, le decía uno á su compañero, que no volverás á casa del judío Fulano.—Lo juro, añadió el otro, haciendo con los dedos la señal de la cruz.—Al cuarto de hora había faltado al Decálogo.

En las casas donde venden cachivaches antiguos, se sabe toda clase de escándalos modernos. Las damas que piden alhajas con el pretexto de verlas y las lucen en el Teatro Real; las que satisfacen las deudas de sus amantes; las viejas que tienen queridos, los cuales, como los anticuarios, escarban entre ruinas; los hijos viciosos que toman dinero á pagar cuando mueran sus padres;

los títulos sin blanca que firman pagarés á cobrar con los sueldos de los empleos que les darán; la Marquesa que debe al cocinero; la Condesa que empeña el collar para dar un convite, y el grande de España que queda chico por gastar más de lo que tiene. Esto aprenden los que acuden á los comercios de antigüedades; todo, menos no dejarse engañar. Si hay alguno que no lo haya sido nunca, que levante el dedo.

Existen ropavejeros muy descarados; un aficionado previno al socio de uno de ellos, que así como en los convoyes de pólvora se pone una bandera roja para que se separe la gente, colocase un trapo en el balcón cuando estuviese su compañero y evitaría la molestia de verle. El prendero era tan cínico y grotesco, que á un parroquiano, en pago de sacarle los cuartos, le llamaba »medio-cabrito.» Un día preguntó refiriéndose al mismo:—¿Le han visto Vds. después de las viruelas? Ha quedado más feo que Picio, y á éste su madre, por no verle la cara, le daba las sopas por..... detrás.—De un colega

afeminado aseguraba que para conservar el cutis se ponía por la noche carne cruda en las mejillas y al siguiente día se la daba frita á la familia.

Entre los ropavejeros hay tipos y hasta tipas.

Un vendedor de antigüedades entregó una alhaja para que una corredora la empeñara por 200 duros en casa de préstamos determinada, avisándole la hora que lo verificaría. Mientras la mujer iba á buscar la cédula de vecindad, el ropavejero, que se hallaba en observación, se presentó y dijo que por ser la joya del XVI, ofrecía 400 duros. Engolosinados con la ganancia, dieron á la corredora cuanto pidió. El dige valdría 100 pesetas.

Si los prenderos necesitan dinero, empeñan las baratijas, y cuando les dan más que costaron, no las recogen.

Los prestamistas chupan la sangre á los viciosos, necesitados y tontos; pero á su vez caen en las garras de tunantes que saben más que ellos. Cada mosca tiene su araña.

Como prueba de imparcialidad, y por

conclusión, manifestaremos que la historia habla de una ropavejera heroica. Entre las hazañasque se ejecutaron durante los sitios de Zaragoza, en la llamada batalla de las Eras, el 15 de Junio de 1808, jóvenes, ancianos, niños, sacerdotes y militares, todos en confuso tropel peleaban dentro y fuera de la ciudad, sin más guía que el valor de la raza, el amor á la independencia y el odio al extranjero. Las mrjeres recogían los heridos, retíraban los cadáveres, proveían de cartuchos, agua, víveres y hasta mataban á los dragones franceses en la plaza del Portillo. Faltaron tacos y metralla. Estefanía López, dedicada á la compra y venta de hierro y trapo viejo, llevó más de 10 arrobas de uno y otro. Todo cuanto la pobre poseía. Esta noble acción redime los infinitos pecados que después han cometido los ropavejeros.

Los hay honrados; pero según ellos mismos aseguran, no abundan mucho. Todas las fazañas narradas, las han contado unos de otros ó de sí mismos, haciendo gala de poca aprensión. Al verlas

en letras de molde se reirán de sus proezas, de las de sus colegas y sobre todo de sus víctimas. Éstas no llorarán. Cegadas por la vanidad, seguirán creyendo que nunca se han equivocado.

Más habilidad se necesita para tratar con los vendedores de antigüedades, que para distinguir las verdaderas de las falsas.

CAPÍTULO IV

CORREDORES DE AMBOS SEXOS

Casi todos los corredores y corredoras que en Madrid se dedican al comercio de ropas, alhajas más ó menos auténticas y demás baratijas modernas, son de Andalucía. Este país da á los que en él nacen la ciencia difusa y confusa á propósito para la política y para la trata de cachivaches, que es lo mismo. Cuantos se dedican á tales artes, sean diputados ó corredores, con su garrulería eterna y sempiterna, marean á los demás y llegan muchos, como no sean muy torpes, á Ministros de la corona, ó corredores ri-

cos, esto es, á usar unos y otros ropa nueva. La época presente es de los que hablan. Los que saben ejecutar, aunque escriban más que el Tostado y mejor que Cervantes, pierden el tiempo.

Las señoras, es decir, las corredoras, pasen delante. Las llaman así porque no cesan de correr. Si tienen mucha imaginación y charla, hacen, naturalmente, mejores negocios. Venden alhajas, ropas, telas antiguas y modernas y objetos artísticos verdaderos ó falsos. Ganan la vida yendo de casa en casa, metiendo y sacando objetos en el Monte de Piedad y en los establecimientos de préstamos; se ceden mutuamente las joyas, y hubo una de éstas que pasó por las manos de siete corredoras, la reclamó el dueño inútilmente, acudió al Juez, y aunque era listo, no pudo condenar á ninguna. Casi le vuelven loco.

Hay corredora que encarga al marido cuide de la comida y de los hijos mientras ella corre que se las pela; otra deja al suyo como trasto inútil en la prendería, y trota por Madrid para mantenerle.

Una del gremio daba alhajas para que las corrieran. Si en la época prefijada no se las devolvían ó entregaban su importe, no incomodaba á la justicia, se la tomaba cuchillo en mano. Era el terror de sus compañeras, aunque fueran..... que las hay, marimachos.

Otra tal, se empeñó en que un platero le prestase para venderla una magnífica pulsera, dejándole á su marido en prenda.—No me acomoda; tendré que darle de comer, echarle y perder la alhaja, replicó el comerciante en metales finos.

Las corredoras, en cuanto á inteligencia artística, se llevan poco con los corredores y ropavejeros; pero son mucho más modestas y confiesan su ignorancia. Nunca se las conoce por la mujer de tal ó de cual, sino por la Zutana y la Perengana. Sus consortes se titulan el marido de ésta ó de aquélla.

Las corredoras entran y salen en las casas de las señoras en que sobra dinero y falta discreción; donde no han de sacar, no meten las narices. Hay damas que lle-

van gran teje y maneje con estas mujeres, que se encargan de vender los objetos que las regalaron ó pasaron de moda, y de publicar los nombres de aquéllas desde el Rastro al Hipódromo, como también si las han prestado alhajas, y si las deben algún pico, aunque sea mayor que el de Tenerife, poniéndolas como hoja de peregil.

Recientemente han encontrado el filón de explotar á las vengadoras ó á los majaderos que las mantienen. Por doble de su valor las dan vestidos y joyas cuando están en alza y se las compran por la cuarta parte al ir de capa caída. Es gran negocio. A una corredora la mandó llamar una Marquesa. Como la recibió en camisa de raso azul, dudó fuera señora al verla tan fresca, y al salir preguntó á la portera, qué título tenía la del principal.
—Ninguno, respondió la cancervera guiñando el ojo; la llaman Marquesa porque la visitan muchos Marqueses.

Un excomerciante de cosas nuevas llegó á Madrid en busca de empleo. Su mujer al volver de empeñar la cadena de oro

del reloj, encontró en la puerta á una vieja que llevaba á vender á un anticuario que vivía en la misma casa tres cuadros, y ella, que ignoraba hubiese antigüedades en el mundo, con lo que le dieron por la joya los compró en cinco duros. Un comerciante de objetos de arte moderno la dijo que á él no le convenían, por ser pinturas antiguas, y la indicó la tienda de un prendero, que la dió veinte. Alentada por tan próspero suceso, se presentó á su vecino el ropavejero, ofreciendo encargarse de vender á sus muchas relaciones, no tenía ninguna, cuantos objetos la entregase. El mercader se encantó del trapío y labia de la andaluza su vecina, y la convirtió en corredora de antigüedades. La entregó unas vinajeras de plata, previniendo que á él, libres, le había de traer 500 pesetas; las llevó la corredora á un extranjero, pidió 1.000, tenía que gratificar al intérprete porque si no, calculó influiría en contra, y la dieron la cantidad expresada. Supo el traficante en cachivaches la ganancia enorme de la andaluza, y puesto en jarras, contoneándose y

salpimentando con palabrotas su perorata la dijo:—Oiga V., Doña novicia; de seguro será V. hija de prendero.—¡Qué inocente, y puede dar quince y falta al más pintado!

—Ahí está lo que tengo suyo, interrumpió ella, arrojando al suelo unas alhajas.—Esta escena, que creyó la novel corredora iba á causar su desgracia, fué origen de su fortuna. El ropavejero contó en el café á sus colegas lo que le pasaba con la andaluza, y uno que se hallaba entonces en el pináculo de la gloria *chamarilesca* ó comercial de baratijas, le dijo:—Si V. la encargó le llevase 500 pesetas, y lo hizo, ¿qué le importa sacara un millón? ¿Dónde vive esa mujer?—El otro no le dió las señas, por perjudicarla; pero ella á los pocos días leyó en una muestra: »Compra y venta de antigüedades;» subió á la casa, y el dueño, al oír su acento, preguntó:—¿Es V. la de las vinajeras? —Sí señor.—El anticuario, llamando á su digna esposa, añadió muy satisfecho:—Esta señora llevará cuanto tengo á sus relaciones y á las mías. Haremos negocio.

La sagaz corredora, cuando el ropavejero la advertía al darle un objeto:—»Enseñe V. esto á D. M. Si no lo toma en el acto, no se lo deje V.» Comprendía ella que se trataba de dar un timo, no presentaba á nadie el chisme y lo devolvía.—Habrá creído que es falso, pensaba el anticuario, y discurría el modo de encajárselo á otro de sus predilectos parroquianos. Si no prevenía nada á la andaluza ó la decía:—Que lo mire cuanto quiera el Marqués R, calculaba que la cosa era buena, pedía doble y ganaba el 50 por 100, lo menos. Así fué relacionándose, negociando por su cuenta, y á los pocos años tenía más dinero que su ex-vecino, el de las vinajeras, y que su nuevo protector.

¡Quién había de decir á la que comenzó con tan escasos medios, que al abrir su tienda años después, había de dar un thé á Duquesas y Marquesas, y que fuera cronista de la función el mismo que medio siglo antes llamó Celestinas á las prenderas!

Entre las corredoras las hay honradas

en todos conceptos. Es gran aliciente que sean guapas, para que las reciban los aficionados á las Bellas Artes. A un extranjero diplomático, grave y cumplido caballero, le tenía sorbido el seso una corredora morena y muy graciosa. Pagaba las baratijas al precio que fijaba la española. No en las ligas, sino en los ojos llevaba los puñales á pares. Le hizo sufrir el suplicio de Tántalo, y según respetables autores que han tratado de la materia, jamás al astuto Meternich le pasó el agua de los labios. El amor es un tirano que subyuga, hasta coleccionistas de antigüedades.

Los corredores machos y hembras, como los ropavejeros, compran joyas, plata y antigüedades en el Monte de Piedad, y lo revenden á los que se hacen la ilusión de que por su procedencia, los objetos son más baratos. En las subastas, los más tontos observan á los que pasan por discretos, van pujando poco á poco, y rara vez pierden. Si ven algún intruso, y es persona decente, se confabulan y hacen subir los lotes á precios imposibles, repar-

tiéndose las ganancias ó sufragando las pérdidas.

La moral de muchos que venden antigüedades, sean estantes ó trashumantes, con establecimiento ó sin él, es verde, y se la suele comer algún borrico de los que las compran. A la inmensa mayoría de los corredores no hay por dónde agarrarles. Uno decía:—Los pillos que nos dedicamos á este negocio, no entendemos sino el modo de engañar. A confesión de parte, relevo de prueba.

Toda la ciencia de los corredores se reduce á pedir á los aficionados doble de lo que les han encargado por los objetos, devolverlos si no ganan el 100 por 100, cobrar el 10 de ídem á los dueños, y evitar que los coleccionistas se relacionen entre sí.

Referiremos la verdadera historia de un corredor contada por él, advirtiendo que si á la hembra que nos ha servido de tipo para la corredora, le sobra talento, imaginación y desparpajo, el macho no tiene pizca de pesquis. Ambos han conseguido vivir á costa de los sabios ó que

por tal se tienen, nacionales y extranjeros, que al tratar con ellos habrán pensado que los dos eran unos estúpidos. Échense los lectores á filosofar sobre el contrasentido en que la humana debilidad cae á cada paso.

Nuestro héroe nació en Andalucía, fué á Méjico, ganó 20.000 duros según él (algo menos seria), volvió á su patria, comerció en pasas, adelantó dinero á los labradores y lo perdió. En 1868 quiso rehacer su hacienda administrando la del común; consiguió le nombrasen Concejal; la pícara restauración le echó del Ayuntamiento, y para que en su pueblo no le viesen con los tacones torcidos, ¡qué deshonra! se trasladó á la Corte de las Españas, con 62 reales en el bolsillo. Un domingo fué al Rastro, y aunque ni de oídas conocía la numismática (ahora la llama *minusmacia*) reparó en media arroba de ochavos, asquerosísimos, que se hallaban en un cajón, único resto de un mueble bargueño que los franceses destrozaron en Cordoba, días antes que con ellos hicieran lo mismo los españoles en Bailén.

—Compadre, ¿para qué sirve ese metal? preguntó al amo del puesto, que era paisano suyo.—Son monedas antiquísimas, y si hubiera un hombre de bien que las llevara á los *inficionaos* que no vienen aquí, se ganaría la vida.—Yo soy más hombre de bien que mi padre, que murió en olor de *santidá*.—A pesar de tanta beatitud, el compadre le dió las señas de algunos coleccionistas; pero no le entregó la calderilla sin dejar la capa en prenda. El andaluz, convertido en corredor, corrió á escape y muerto de frío, en busca de la fortuna, que encontró en figura, no de mono, sino de un polimaniático y casi paralítico, quien compraba cuanto le parecía antiguo. El malagueño explotó la mina, que ni de perlas. «El buen señor, decía, se habrá ido al cielo. No tenía mujer ni hijos, y ejecutaba obras de caridad manteniendo al *probe* que le proporcionaba el placer de llenarle la casa de porquerías. Más viajes hice que una hormiga.»

Fuera de pecadillos tan veniales, proceder ajustado á las circunstancias, el exconcejal, relativa y comparativamente

á la generalidad de sus colegas, podía pasar por honrado. Con la religiosidad que desempeñó la capa de las manos del compadre devolvía los objetos que recibía para vender, y lo que le encargaban sacase, no lo que cobraba. Eso jamás. Manejaba con primor el arma de la adulación que vence siempre á la vanidad, orgullo de los necios. Al inválido de alma y de cuerpo que le sirvió de pedestal á su gloria corredora, le decía:—No existe en este mundo quien conozca lo bueno mejor que V.—Y no añadía ni en el otro, porque ni en América ni en Europa se enteró hubiese viejo y nuevo mundo. Mentía sin temor de Dios, y siempre que hablaba de antigüedades, con acento de convicción y loable franqueza repetía: —El día que sepa algo de estas cosas, no venderé y me pierdo. Esos aficionados que se creen *amatores* (único francés que poseía), no sirven para aguadores, y lo entienden como yo, que soy un ignorantón. Tal es el concepto que tienen formado de los coleccionistas los tratantes en antigüedades, los cuales, por una abe-

rración inexplicable, cuanto más torpes, hacen mejores negocios con los sabios. Átenme esta mosca por el rabo.

Un hombre de pró, diplomático y *amator*, como decía el malagueño, vió en casa de éste unos hierros. Le preguntó qué eran, y el andaluz contestó:—*Podaderaz*. El extranjero, que se creía de grande inteligencia, las compró muy contento, suponiéndolas moharras de alabardas del siglo XV. El corredor dijo la verdad. Eran hoces de podar viñas, ó podaderas.

Concluiremos el capítulo con otra historia, tan cierta como la anterior, y que producirá el mismo efecto en el ánimo de los que se dedican á coleccionar antigüedades. Ninguno. Un gitano granadino llevó varias espadas á un pintor, que no las quiso tomar por malas.—Señorito, dijo el corredor, puedo traerle un vestido de hierro con gorro, chaleco, calzones y hasta medias; pero á V. no le conviene, porque lo han sacado de una sepultura y está *mu* sucio.—¿Tiene figuras? preguntó el artista.—Sí señor; en el pecho, en los brazos, en todas partes hay como pe-

rros con cabezas de mujer, angelot
caras muy feas; piden 80 duros. No c
pre su mercé esa porquería.—Callab
pintor, creyendo ya ver en su estu
una magnífica armadura del siglo X
con preciosos relieves. Para disimu
fué doblando las hojas de los asadores,
añadió que por el temple se las quedab
calculando que así podría adquirir la a
madura. Todavía espera.—El sagaz g
tano inventó el embuste para vender l
espadas.

CAPÍTULO V

FALSIFICADORES DEL REINO Y DEL EXTRANJERO

COMENZAREMOS tan escabroso asunto con una noticia histórica evidentemente falsa. »Numa, Rey de Roma, temiendo que le robasen un escudo llamado *ancile*, que creía había caído del Cielo y que los destinos de su naciente imperio dependían de su conservación, mandó hacer otros once escudos tan semejantes al primero, que era imposible distinguirlos del antiguo.» Esto probaría, si fuera exacto, que ya en las edades remotas ó en la noche de los tiempos hubo falsificadores, y que la historia antigua es tan

verídica como la moderna, si se escribe con lo que publican los periódicos y lo que decían los partes oficial es de las batallas que se dieron en nuestras guerras civiles.

La moral reprueba las falsificaciones, y como son mentiras, la ley de Dios las prohibe. Tan criminal es engañar con obras artísticas que por parecer antiguas, la moda, el capricho ó la curiosidad las da mayor valor, como falsificar monedas ó billetes de Banco. Es robar, y el Código penal debía castigarlo. A los que por ignorancia son víctimas de tales supercherías, les sucede como á los pobres maridos, que todos se burlan de ellos y nadie se atreve á decírselo.

Los romanos y nuestros dignos antepasados los celtíberos ya falsificaban las monedas de plata, y sólo se distinguen cuando desgastadas enseñan su alma, que es de cobre. En el siglo XVI, con el gusto por lo antiguo nació el interés en falsificarlo. Beker y el Paduano imitaron, sin llegar en belleza á las auténticas, las medallas romanas. Ahora se fal-

sifican joyas esmaltadas, marfiles, camafeos, y cuanto para museos y colecciones se busca. Todo se fabrica con gran perfección en Viena, París, Roma y otras ciudades. Las espadas y dagas antiguas recién hechas en la España moderna han adquirido justa y merecida fama. A los más expertos han engañado con ellas, y muchos sabios extranjeros las guardan como oro en paño, jurando que son construídas en Toledo, en los siglos XVI y XVII. Las forjan, liman, calan y templan como se hacía antiguamente, y para evitar conozcan son modernas, las oxidan. Sólo el muy ducho, observando las marcas de los espaderos y las hojas, que es lo más difícil de imitar, distingue las verdaderas de las falsas. Lo mismo sucede con los objetos de plata abultada ó relevada, que contrahacen perfectamente; pero jamás reproducen bien los punzones de los gremios de plateros.

Los engaños en antigüedades matan la ilusión al más terco coleccionista. El amor propio herido se siente más que la pérdida del dinero.

Así como no choca que los cambiantes y cajeros de banca, entre miles de monedas buenas, separen una mala, del mismo modo los inteligentes en antigüedades conocen las auténticas y las falsas. Para ello es necesario, vista de lince, instrucción, memoria y mucha práctica. Los falsificadores siempre olvidan algo, lo mismo en los grandes bronces de los emperadores romanos, que en los duros de Alfonso XIII. Por eso defectos que escapan á los que miran con indiferencia las piezas numismáticas, se encuentran con facilidad por los habituados á estudiarlas.

Si el que se dedica á adquirir objetos antiguos carece de las tres potencias del alma, pierde el dinero y se ríe el prójimo. Nada hay más divertido que el saber han engañado al amigo que se la echa de sabio ó al siempre enemigo ropavejero falsificado en anticuario. Que lo digan unos y otros.

Encajaron una bandeja falsa que costó un dineral, porque ignoraba el comprador la época en que los soldados co-

menzaron á marchar á compás, y otra á otro, porque tampoco sabía que usar el bigote y perilla no fué moda hasta el siglo XVII.

En cambio, á un rico numismático barcelonés le pidieron cinco mil pesetas por la onza de dos mundos que tanto desean los que equivocadamente creen se ha acuñado. El coleccionista les dijo:—Torpes han andado ustedes. Para la falsificación les ha servido de modelo un duro mejicano, sin reparar que éste tiene marcado su valor de 8 reales fuertes.

Un prendero manifestó á un coleccionista que le traían un magnífico reloj de Sevres, antiguo, y que el día que telegrafiasen llegaba, bajarían juntos á la estación. Así sucedió. Los dos esperaron, se hizo de noche, la oscuridad conviene en tales negocios, bajó del tren el comisionado del ropavejero, enseñaron el reloj al aficionado, ofreció por él 3.000 pesetas, se lo dieron y convino en entregarlas al día siguiente. Esto le salvó. Al desarmar y examinar la máquina, encontró en el interior un rótulo reciente, se

convenció trataban de estafarle y devolvió el reloj. Era una imitación.

X, reunió miles de cuadros, deseaba á todo trance uno de Rafael de Urbino y se lo proporcionaron á su gusto. Lo pintaron en España y la fotografía del mismo la mandaron desde Italia. Después *llegó* el cuadro, diciéndole lo habían desembarcado en Valencia. El coleccionista murió tan satisfecho de las joyas arqueológicas de su galería, y gozó como si lo fueran. Todo es ilusión, y más en artes. Muchos han adquirido pinturas tan auténticas como la de Rafael de...... Madrid.

El referido X pasaba horas enteras jugando al boliche en su galería, se paraba á contemplar los cuadros que más le gustaban y exclamaba:—¡Ese sí que Rafaelea, Rafaelea! El único del famoso pintor italiano que creía poseer, no lo era.

Para falsificar cuadros los pintan en tablas ó lienzos viejos, los meten en un horno, secan el aceite y les dan patina artificial.

Hace pocos años murió en Madrid un pintor que en fecundidad dejó muy atrás

á su tocayo Lucas Jordán. Como éste, merecía le llamaran Lucas *Fápresto*. Existen millares de sus obras. Tenía gran habilidad para imitar á Goya y al pintor de Felipe IV. Llevaron á París un Velázquez de su cosecha, que los expertos dieron por legítimo y verdadero de tan gran maestro. Los periódicos llamaron bárbaros á los españoles *que habían dejado escapar tal joya*.

Cuando les ofrecieron otro Velázquez de la misma fábrica, hubo escritor que se revolvió airado y llamó brutos á los sabios que habían dado el primer dictamen. Debió aconsejarles que en adelante firmasen como aquél que se equivocaba y ponía en lugar de Lucas—Laca, y en vez de Gómez—Gamos.

Tampoco debe hacerse mucho caso por que las obras de arte estén ó no firmadas. En una pintura puso un andaluz Golla por Goya, persuadido de que todos al leer el nombre del famoso aragonés se disputarían el cuadro. En una miniatura (nunca las hizo), dudaban si el referido apellido se escribía con *i* latina ó

griega, y firmaron con las dos, *Goyia.*

Los extranjeros aficionados, ó comerciantes de baratijas, en cuanto se enteran de que algún español lo entiende, por no perder el tiempo, no van á ver los objetos que posee. Sólo visitan á los fáciles de engañar. Traen malo y se llevan bueno. Siempre coincide la aparición de tales peces con otros de oro esmaltado, jarros y bandejas de plata del siglo XVI, sortijas, etc., etc., que ceden por la décima parte de lo que sacarían en Francia si las alhajas fueran auténticas. Van á pesca de los que ven el cebo y tragan el anzuelo.

Para coleccionar objetos de plata antigua se debe estudiar su forma en cuadros y grabados y en los reconocidos como auténticos de los museos, siendo indispensable el examen detenido de las marcas de los orfebres y sus gremios.

El esmalte de las joyas imitadas es siempre más brillante que el de las antiguas.

Si en las obras ó adornos de metal de objetos que venden como antiguos se ve

el granillo de la fundición, ó que el dorado no es á fuego, debe dudarse de su autenticidad. Si en los fabricados como de una época hay armas, trajes ó muebles de otra posterior, no cabe duda que son imitados.

Las pinturas son libros para los ignorantes y perezosos. Más vale un dibujo que la más prolija y exacta descripción. Las ideas que entrán por los ojos son las que más impresionan y duran; los libros ilustrados por buenos y entendidos artistas enseñan mucho con poco trabajo. Nó como en el grabado de una novela moderna cuya escena pasaba en un baile de máscaras dado en Constantinopla durante la expedición de aragoneses y catalanes á Oriente, los cuales aparecían con sombreros de tres picos.

Un parisién muy listo coleccionista de tapices, vió en la fábrica donde en Madrid se construyen uno recién hecho. Observó que el dibujo, tono y tejido eran iguales á otro que compró como antiguo en París á un español. Se alarmó, temió haber sido víctima de una picardía y dió

las señas de su tapiz, añadiendo que representaba á Sansón luchando con el rey de los animales. Se quedó patitieso, estupefacto y sin saber lo que le pasaba, al enseñarle el cartón original que había servido para tejerlo hacía seis meses. A su tapiz lo habían esquilado con espíritu de vino, como se hace con los caballos, lo mancharon con ceniza, oxidaron la trama de plata metiéndolo en barro, lo pisoteó la familia del ropavejero, arrancaron el pedazo que tenía la M coronada, marca de la fábrica, y después de echarlo bien á perder, lo vendieron por flamenco antiguo en 2.500 pesetas, más que había costado nuevo y flamante. Mejor se lucha con un león, como ejecutó el personaje bíblico, que con gentes que así falsifican tapices y engañan á coleccionistas que se creen el *non plus ultra* de la inteligencia.

Los tapices pintados, nunca tienen el tono suave de los tejidos, ni se confunden con ellos. Con lo que cuestan mandados hacer, se pueden comprar verdaderos. Toda imitación es cara y mala.

En 1866 compró el museo del Louvre,

un busto en *terra-cota* de Gerónimo Benivieni, el amigo de Savanarola, creyéndolo del siglo XV. Según certificación de la municipalidad de Florencia, lo ejecutó Bastianini, escultor contemporáneo, por encargo de Freppa, comerciante en falsificaciones, el cual y varios obreros de cigarros aseguraron que uno de éstos llamado el *Priore*, sirvió de modelo. Se fumaron á los expertos. Estos, para no desacreditarse, ofrecieron dar 15.000 francos si hacían una obra parecida. Freppa contestó que Bastianini había tocado la flauta por casualidad. Un escultor francés trató de probar que el Benivieni era auténtico, y llamó embusteros á Freppa, á Bastianini, á los obreros y al municipio florentino. Los periódicos se burlaron de los conocedores en antigüedades y sigue la duda de si el busto en *terra-cota* es el retrato del amigo del fraile Savanarola ó el del mencionado cigarrero.

Existen empleados en los museos arqueológicos que jamás llegan á saber cosa mayor de lo que llevan entre manos.

Recientemente han comprado en el de Madrid un relieve en plata que representa el busto del famoso Cardenal D. Fr. Francisco Ximenez de Cisneros tan moderno aquél, que si fuera un niño, aún se hallaría en el período de la dentición.

En el Rastro gritaba un andaluz.— Señores: no creo en milagros, ¡qué he de creer! pero este santo de madera se mueve solo. Era una estatuita de talla de San Francisco de Paula. De seguro algún tonto la compraría, aunque el vendedor al pregonar un hecho sobrenatural manifestaba no creerlo. Los farsantes viven á costa de los necios. El mismo granadino vendía cacharros moriscos antiguos acabados de hacer en la fábrica donde se construyó el famoso jarrón más falso que Judas que á un correligionario de éste costó muchos miles de francos. No se averiguó la supercherìa hasta que en la Exposición de París de 1878 los arabistas se quedaron en ayunas de las inscripciones del cacharro.

Los revisteros nada ignoran de lo que saben. Uno decía: »Entre los innumera-

bles objetos de arte que adornaban la aristocrática mansión de Z, sobresalía un magnífico sillón señorial de sus antepasados.» Hacía poco tiempo que lo habían comprado, y no mucho que estaba construído. Añadieron el escudo de armas de la familia, y bastaba para tener la ilusión de que era antiguo.

Los tallistas hacen los muebles del estilo, gusto y época que se les encarga. Para engañar, los construyen con maderas viejas ó imitan los efectos de la polilla en la nueva, pegándola un tiro con mostacilla, sin pensar que la talla moderna se conoce en la huella reciente de la gubia, en que se hallan poco gastadas las aristas y en que carecen del brillo inimitable que da el uso á los muebles.

En Valencia nacen los artistas con la misma abundancia que el arroz. Para falsificar se pintan solos. Con la mayor habilidad construyen bastones que los coleccionistas creen pertenecieron á Carlos I ó á otros personajes, y durante algún tiempo fabricaron *cincuentines* que valían 50 reales fuertes ó 125 de vellón, moneda

hermosa y de gran tamaño de los tres últimos Austrias, que vendían á cien pesetas: excitados por la codicia fueron bajando la ley de la plata, hasta que desacreditaron el género. Como fundían los cincuentines y los verdaderos en el siglo XVII se acuñaban, no era difícil conocer la mácula. Los coleccionistas, que capiscan poco, no se paran en tales menudencias.

Al más listo de los ropavejeros habidos y por haber le propusieron en Valencia la compra de un tríptico de marfil firmado por Damián Forment. Lo llevaron de Herodes á Pilatos para despistarle. En una habitación de escasa luz le mostraron la joya, y después como incentivo le enseñaron una carta de un corredor de antigüedades de París, quien ofrecía 14.000 pesetas. Regateando mucho, se la dieron en 15.000 al español. La ropavejera su mujer, que ignoraba la gramática castellana, pero no la parda, indicó se expresase en el recibo que el tríptico era antiguo. El marido entusiasmado dijo que sobraba manifestar pertenecía al siglo XV. De vuelta á Madrid,

sacó la obra valenciana en el tren para recrearse pensando en lo que ganaría, la examinó á la luz del sol y exclamó furioso:—¡Me han reventado!

Mostró el tríptico á un aficionado de la corte, que lo hubiera tomado como antiguo á no cometer aquél la torpeza de preguntarle si lo era. Convencido de no poder largar el mochuelo á nadie, regresó á la ciudad del Cid, dispuesto á poner pleito á todos sus habitantes. Para ello contaba con un curial de alta posición, el cual le acompañó á ver á los vendedores de la obra artística y *al que la había restaurado*. Todos se trasladaron á Sagunto, célebre por otra restauración más real que la del tríptico, donde debía vivir el que lo vendió al restaurador. Un tal Matamoros. Éste había muerto sin matar ninguno y hallaron sólo á una vieja que dijo recordaba la capillita que su difunto hermano vendió hacía muchos años á un señor de Valencia. La comedia estaba ensayada á perfección.

Calculando que gastaría el dinero sin que la justicia averiguase la autentici-

dad del tríptico, regresó su propietario á la corte, lo desarmó, lavó con espíritu de vino, le quitó la patina contemporánea, ó sea la porquería valenciana, encontró entre las chapas de marfil un papel recién impreso, se horrorizó más y más de la picardía, lo armó, lo ensució bien, lo dió á vender, y no tardó en comprarlo un neófito en antigüedades por 4.000 duros. Siempre hay un roto para un descosido.

Cuentan las crónicas, que los dignos compañeros del que había podido largar el tríptico, para indisponerle con el que lo adquirió, el cual tenía *mucho barro á mano*, y explotarle ellos, le mandaron un anónimo, diciéndole que se la habían dado con queso. El bisoño se aconsejó, supo quién era el verdadero amo del falso tríptico, le exigió recibo del valor de éste, le ajustó después varios objetos buenos y auténticos, y cuando los tuvo en su poder, le advirtió que los pagaría si cargaba otra vez con la obra del XV fabricada el XIX. Apencó nuevamente con ella y todavía puede hacer la felicidad de un tonto. Se vende.

Con haberse fijado en un detalle, se comprendía que el tríptico era moderno. Tenía el escudo de los Reyes Católicos. Las flechas de Isabel estaban metidas en un carcax, y en lugar del yugo de Fernando, se hallaba el haz de los lictores romanos. Era imposible que tales equivocaciones las hubiera cometido el famoso maestro valenciano Damián Forment, que construyó el altar mayor de la iglesia del Pilar de Zaragoza de 1509 á 1515 y que habría esculpido muchas veces la empresa de los referidos Reyes.

La moral que se deduce de tan verídicas historias es, que la gastan escasa los que venden antigüedades y que merecen comer alfalfa los que las compran sin entenderlas.

CAPÍTULO VI

ARTISTAS Y AFICIONADOS

Para ser buen pintor se necesita mucho talento, conocer la historia, saber indumentaria, perspectiva y anatomía; ver el color que se adivina (no se aprende) y copiar la naturaleza poetizándola. A los artistas modernos se les exige más que á los antiguos. Los de los siglos XV, XVI y XVII, pintaban los asuntos bíblicos sirviéndose de los trajes, armas y muebles contemporáneos del autor. Ha sido útil para que sepamos lo que se usaba en aquellos siglos. ¡Menuda grita darían ahora al que en un

cuadro de la Crucifixión pusiera á los soldados romanos con ros y carabina de retro-carga! Sólo á los mejores artistas de todas clases, y no á los medianos ó malos, como suele suceder, deben los Gobiernos y las corporaciones encargarles obras. Jamás por compadrazgo, lástima ó recomendación. Lo que se paga entre todos ha de honrar á todos. El dinero de la Nación si se emplea mal, se roba.

A los artistas que como los gusanos de seda se duermen, ó después de llegar á mediana altura comienzan á bajar (el genio no desciende nunca), les conviene refugiarse en las Academias, y dedicarse, como los oficiales retirados, á criticar á los que continúan en activo.

Generalmente, á los artistas corroe la envidia, y sólo hacen justicia á los que se dedican á diferente género. Se aborrecen, les ciega la pasión, y á seguir sus encontrados pareceres, no quedaría una obra artística contemporánea. Del pobre Rosales, autor del testamento de Isabel la Católica, decían cuando vivía que pin-

taba de *manera.* De manera que no ha dejado escuela, porque no han sabido ni imitarle. Hay muchos que sólo hacen justicia á los muertos. Por eso es tan difícil designar los que han de juzgar las obras de los vivos en las exposiciones de artes.

Los artistas que no sienten, jamás consiguen herir la imaginación ajena con sus obras.

Los caballeros como Velázquez, ennoblecen á quien retratan. La elegancia se trasmite; nadie da lo que no tiene ni puede expresar lo que ignora. Son escasos los adivinos. Lo mismo sucede en literatura. Calderón y Serra sirvieron en el éjercito, y sus tipos militares, como el Maestre de Campo D. Lope de Figueroa y la Capitana Canela son reales y verdaderos. Copiaron del natural. Si se carece de fe no se saben pintar santos. Los de Juanes y Murillo inspiran devoción. Las vírgenes de Goya son manolas y sus bienaventurados, chisperos. Á un aficionado encargaron buscara quien pintase bien un San Antonio. No se decidió á elegir hasta que volviendo del

Rastro con un artista, dijo éste:—Me voy á misa.—Yo también, añadió su acompañante. Entrar en la iglesia valió al pintor 500 duros que dieron por el cuadro.

Es muy difícil retratar niños ó mujeres hermosas y aumentar los encantos de la naturaleza. Preguntaron á la madre de una preciosa chica que servía de modelo si se la disputaban los artistas, y contestó:—No señor; como mi niña es bonita y fina, la mayoría se aburre, no atina, y prefiere chulas bastas y feas.

En escultura no hay término medio. De lo sublime á los muñecos. Es difícil generalizarla. Las estatuas son caras, y sólo los muy ricos, el Estado ó las corporaciones pueden adquirirlas. Las que no se destinan á parajes públicos deben colocarse en galerías ó palacios; poseerlas denota lujo y ostentación. Los cuadros se hallan bien en habitaciones modestas. Vale más comprar un buen grabado que una mala pintura. Mejor es tener la pared desnuda que *vestida* con estampas que pervierten el gusto. Pocos españoles saben, que en la Calcografía Nacional se

venden magníficos grabados por la cuarta parte de lo que cuestan los cromos.

Antiguamente no había Academias. Las nobles artes se aprendían en los talleres ó estudios de los maestros. Los que se dedicaban á la pintura, comenzaban moliendo los colores, que resultaban infinitamente mejores que los que ahora proporciona la industria. Cuentan que un pintor advirtió á su discípulo que no cesase de trabajar hasta que el color oliera á ajo. El aprendiz, cansado, restregó uno en la piedra y dijo:—Maestro; ya huele. El Apeles acercó las narices, se comió la partida y añadió:—Es verdad; ahora muele y trabaja sin cesar hasta que no huela. Hay quien cree que desde entonces, moler, fastidiar y jo.....robar significan lo mismo.

La pintura de sucesos políticos contemporáneos, rara vez tiene mérito. Hasta los que intervinieron en ellos se suelen avergonzar y tratan de olvidarlos. Pintaron un cuadro de la escuadra sublevada en Cádiz en 1868, no podían venderlo, lo regalaron al que trataba de cargar con

el santo y la limosna, aceptó, y dió al marinista unos gemelos de 30 duros. Se corrió.

En la segunda época constitucional construyóse una fuente en Santiago, y aunque la estatua representaba á Marte, los gallegos se empeñaron en que era Quiroga, uno de los cuatro *héroes* de la sublevación militar de 1820. Llegó el 23, los realistas cometieron la salvajada de descabezar al dios de la guerra, y al volver á mandar los liberales, le pusieron otra cabeza tan gorda, que resulta raquítico el cuerpo de Marte, Quiroga, ó el que fuere.

Antes de elevar estatuas á los que se han distinguido en nuestras discordias políticas, deben levantarlas á Hernán Cortés, cuyos hechos, por lo grandes, llegarán á parecer fabulosos, á D. Juan de Austria, Palafox, Castaños, Alvarez y otros. Para las comisiones encargadas de aprobar los modelos, deben elegirse personas entendidas. Se puede ser buen General y no saber tocar el redoblante. En los monumentos erigidos recientemente en

Madrid, se ha puesto poco cuidado en las inscripciones. En el de Isabel la Católica se lee que llevó á cabo la unidad nacional. Tan magnánima Reina murió en 1504. Fernando el Católico conquistó á Navarra en 1512, y para la unidad ibérica, que es la nacional, falta y faltaba Portugal. Apropósito. Si antes de medio siglo no se unen españoles y portugueses, *el cómo no importa,* nada serán unos y otros.

Si en las acciones de guerra que se pintan se desconoce el terreno, las armas y trajes de los combatientes ó se ponen otros que los que en ellas estuvieron, se falta á la exactitud. Vió un niño á su abuelo vestido de moro en un cuadro de la batalla de Tetuán y preguntó:—¿Quiénes ganaron?—Los españoles, le dijeron.—¡Vaya! añadió el chico en tono de incredulidad, ¡iba á perder mi abuelito! Esa *estampa* no vale nada. No se debe falsificar la verdad ni en pintura.

Para hacer un retrato, pidió un pintor unas botas de montar á un General de genio endemoniado. Como éste previniera que nadie se las calzase, al verificarlo el

muy bruto mozo de cuerda que servía de modelo, rompió una. Por poco le mata el pintor. Al no encontrar quien la compusiera sin conocerse, ni le hiciera otra igual, para salir del apuro mandó que la cosieran, cubrió los puntos con cera y la restauró como si fuera un cuadro. El General no conoció el engaño, porque murió sin volver á usarlas. De lo contrario, el que se pone las botas hubiera sido el pintor.

Restaurar es dificilísimo. Quien no sabe no puede añadir lo que falta. La habilidad consiste en dejar el objeto como salió de manos del artista que lo hizo y efectuarlo sin quitarle la patina que imprimió el tiempo. Muchos que no sirven para pintores se meten á restauradores. Así va ello.

Quien vaya á adquirir una obra artística en mal estado, debe calcular si llegará á valer lo que costó, mas el importe de la restauración.

Las obras de arte se resienten, con frecuencia, del mal gusto ó necedad del que las encarga, y de la falta de carácter

lel que las ejecuta. Ignoramos á quién se debe la construcción del panteón de Infantes del Escorial. Parece el interior le una casa de baños. Si por él juzgan los venideros las artes del siglo actual, nos lucimos.

Encargó uno el retrato de su difunto padre, advirtiendo al pintor se le parecía mucho; pero que era más calvo, más cano, y tenía el cutis más arrugado. Cuando el hijo vió la pintura concluída no pudo contener las lágrimas.—¿Por qué llora usted? preguntó el artista.—Por lo mucho que se ha aviejado mi pobre padre desde que murió.

Hay *inteligentes* en artes como el que en un catálogo de pinturas decía: »Retrato en cueros de un hombre viejo con una piedra en la mano, sombrero colorado y perro de aguas.» Era un San Gerónimo. Ó el que escribió en un periódico: »En el cuadro que representa la muerte del General A..., se ve á un monje que suministra al cadáver los últimos sacramentos.»

Es muy difícil juzgar las obras de arte.

Todos se consideran con derecho y pocos dan pie con bola. Muchos, para que los crean sabios, son capaces de negar los sacramentos á los que confiesan no entenderlo.

En un baile se colocó un aficionado junto á un retrato que acababan de pintar, y oyó:—Está bien; pero no se parece.—Tiene mejor color que el suyo.—Un mamarracho.—La han hecho favor.—Es mejor ella.—¡Qué frío de color!—Por el tono caliente parece veneciano.—Hay más vida en el original.—Vale más que el modelo.—Los ojos son más tristes.—Á mí me parecen más alegres.—Una obra maestra.—¡Psch!—El aficionado se alejó pensando: Ate Vd. cabos.

—¿Qué le parece á Vd. ese retrato pintado por Goya?—preguntaron á un aficionado que se la echaba de inteligente. —No es de Goya; y exclamó riéndose:—¡Qué feísimo era el original!—Pase lo de feo, me tiene sin cuidado; pero Vd. es un tonto. Si sabré que lo hizo Goya siendo mi retrato, añadió el interrogante.

—Ese crucifijo es del siglo XVIII;

dijo un aficionado.—Otros lo creen del XVI, le replicaron.—No habrán reparado en el INRI.—Si el INRI lo acaban de hacer.—El *perito* no se dió por vencido ni aun así.

Hay aficionados *contemplativos* que se contentan con mirar los museos, gabinetes particulares, estamperías, periódicos ilustrados y de caricaturas y hasta se paran en los portales de los fotógrafos. También hay aficionados á mirar las antigüedades de las tiendas donde las venden, desde la calle. En el escaparate de una de ellas había un grupo de *La Caridad Romana*. Al verlo gritaban los chicos:—Tan viejo y mama. Un joven llamó la atención de su novia, la cual, ignorando el asunto sublime que representaba la escultura, se puso colorada y le llamó cochino. Una gitana, no sabiendo que hubo una hija que amamantó largo tiempo á su padre, condenado á morir de hambre, por cuya acción fué perdonado, exclamó al ver el grupo:—Á ese le pondrían cadenas para que no mordiera. Tales gentes, como muchos aficiona-

dos de todas clases, hablaban de lo que no entendían, y disparataban.

Pueden incluirse entre los aficionados los que, más ó menos inteligentes, escriben de artes como los revisteros y críticos de los periódicos, *espectros ensangrentados* que en sueños se aparecen á los artistas. Estos temen sus apasionamientos. De miedo, por tener propicios á los que se titulan cuarto poder del Estado, retratan gratis, regalan bocetos y..... les pegarían un trabucazo.

Existe otra clase de aficionados; la más perjudicial. Los *inficionados* que se hacen la ilusión de haber nacido artistas, sus padres los juzgan un portento, y si se encuentran en buena posición social, la ignorancia y la bajeza los adula. Ellos, harto estúpidos, no se desengañan, aunque, como sucedió en la Exposición de 1887, releguen sus pinturas á la sala sobre cuya puerta se leía: »Sin catalogar,» peor que *Lasciate ogni speranza*, que el Dante pone en la del Infierno.

El vulgo de los aficionados y de los

que no lo son al contemplar una pintura, se extasían con los accesorios. Viendo Pablo de Céspedes que en su gran cuadro de la Cena llamaban mucho la atención los platos y jarras, gritó á su criado:—Andrés; borra eso luego, ya que no reparan en las cabezas y manos. Tenía razón.

Para conocer si una obra es buena, y más en escultura, repárense bien en ella los pies, manos y orejas. Un observador decía que hay mujeres cuyas orejas son como rositas de cien hojas, en las que pocos se fijan y son dificilísimas de copiar.

En artes es casi insuperable representar bien la figura humana. Llegó á noticia de Velázquez decían sus envidiosos que únicamente pintaba bien cabezas.—Muchas gracias por el favor, exclamó D. Diego, yo creía que no tenía habilidad para tanto.

Se encuentran aficionados á quienes lo pasado encanta y hasta el punto que á uno si los pobres pedían á la moderna, no les daba.—»Señorito, para mi padre

ciego.—¿Tiene V. la bondad de socorrerme?—Un centimito para un panecillo.» Tales frases no le hacían efecto alguno. En cuanto oía:—»Hermano: una limosna por el amor de Dios,»—metía el pulgar y el índice en el bolsillo del chaleco y entregaba su óbolo...

Quien tiene afición á la numismática, se acerca involuntariamente á los que usan alfileres de corbata con monedas. Si son raras, lo siente; si falsas, se sonríe, y si comunes, piensa; nada valen.

También hay *inficionados* en literatura. Un académico y crítico decía, que las poesías de Bécquer *eran pamplinas de mujer ética.* Las de éste se han hecho populares, y las de aquél, ¿quién las lee?

Presentaron un cuadro tan malo en la Exposición, que lo colocaron al revés. El aprendiz de pintor se puso furioso. Para consolarle uno de los jurados le dijo:—Lo volveremos; quince días hemos estado discurriendo sin acertar cuál de los dos lados era la cara.

Un capitalista aficionado y borrico encargó un cuadro, lo vió pintar en el estu-

dio del artista y no lo quiso porque no era original, sino copia de una preciosa muchacha que servía de modelo.

Otro decía que para conocer si las pinturas eran buenas, sólo necesitaba tocarlas. Si estaban en tabla, inmejorables. Los grandes artistas, según él, no habían pintado sino en madera.

A un *inficionado* que se creía artista le preguntaron:—¿Qué presenta V. en la Exposición?—Una marina. —¿De dónde ha tomado la idea?—La he sacado de aquí, es original, y se daba palmadas en la frente. Esto recuerda lo que dicen de un marinista de Madrid, que para pintar el oleaje del natural, hacía que su criada, con una caña moviese el agua de la jofaina.

Uno de los placeres de los aficionados es visitar los estudios de los artistas. Les ayudan á no trabajar. A uno de aquéllos le preguntó un escultor señalando á la mujer que le servía de modelo:—¿La conoce V.?—Yo no.—Si me ha visto V. cien veces, dijo la muchacha incomodada.—¡Ah! sí; pero nunca con el uni-

forme tan fresco que ahora usas. Estaba desnuda.

También hay aficionadas.... á pintarse.

Producen efecto contrario de lo que ellas se proponen. Si son jóvenes pierden, y de las casadas se forma mala idea. De las viejas pintadas ó sin pintar no existen aficionados.

CAPÍTULO VII

COLECCIONISTAS DE VARIAS CLASES

«Eso no vale nada, no vale nada, dice todo hombre que compra; pero de vuelta á su casa se jacta de la compra que ha hecho.» Esto se lee en la Biblia, proverbio XX. No debe referirse sólo á los coleccionistas de aquellos tiempos. Los actuales, desprecian también la mercancía, y cuando la han adquirido, creen que han encontrado un Potosí.

En las postrimerías de la república romana, hubo dos famosos coleccionistas. El procónsul Verres, cruel y disoluto, que robaba cuantos objetos de arte veía, cuya

afición le costó la cabeza, y el dictador Sila, que ganó á buen sujeto al anterior. Aunque besaba con gran devoción una estatuita de oro de Apolo que encontró en Delfos, sin que la perdiera su dueño, era tan humano, que después de una matanza general en Roma, degolló á 8.000 rendidos de la facción de Mario. ¡Vaya un par de pejes que nos precedieron en la afición á coleccionar! Consolémonos. Como vivieron antes de Jesucristo y hace tanto tiempo, puede que sea mentira lo que de ellos cuentan.

El soldado viejo sólo se ocupará de los coleccionistas que ha tratado de cerca, y Dios le libre de calumniarles en lo más mínimo. No faltaba más. Para no cansar al pío ó impío lector, presenta al correr de la pluma unos cuantos tipos como muestra.

Con la manía de coleccionar se nace, y el virus de la enfermedad se desarrolla en cuanto se ven objetos que otro ha reunido. Los que lo hacen por vanidad, capricho, desear una cosa menos ó pasar por entendidos, no son aficionados. Los

hay discretos que gastan lo que pueden, estudian, observan, preguntan lo que no saben, y necios á quienes el amor propio impide confesar su ignorancia, arruinándose comprando lo que nada vale.

El ave fénix del coleccionista, es el que á fuerza de inteligencia, constancia y actividad, llega á formar un gabinete ó galería de obras artísticas, invirtiendo mucho menos dinero de lo que por ellas darían. Que le llamen *cuco* le debe tener sin cuidado. Es envidia pura.

El tipo *envidioso* abunda entre los coleccionistas. Se entera que venden ejemplares de los que él posee ó no desea, y para que nadie se aproveche, lo oculta cuidadosamente. Todos los días veían dos coleccionistas á un numismático y pasaron años sin decirle que enajenaban un monetario. Lo supo el medallista, según los llama el padre Feijóo, se calló, y al enterarse vendían una galería de pinturas, avisó á todo bicho viviente menos á ellos. En paz.

A un coleccionista de retratos le enseñó otro unos muy hermosos que había

adquirido, y le dijo, considerándole maestro en el género, si creía como él que eran de los Reyes Católicos.—¡Qué suerte! ¡qué suerte! exclamó aquél; pero se murió muchos años después sin haber contestado á la pregunta.

Convencido de tales miserias un coleccionista de varias especies de cachivaches, ocho días antes de morir dijo á un colega:—Vamos reventando los aficionados, y yo estiraré pronto la pata. Avise Vd. á los de la clase que he tasado las baratijas por poco dinero, que las largarán de casa en cuanto espire, acudirán aquéllos á galope, creyendo comprarlas casi de balde, y al enterarse que vivo ó que no las venden, los fastidiamos dándoles un mal rato.

El que halla lo bueno y le conviene, justo es se quede con ello; pero si tiene ya otro ejemplar igual, impedir que los demás lo adquieran, denota falta de generosidad y sobra de mala intención.—Vd. no cede á los amigos sino lo que no quiere, le dijo una señora á un coleccionista.—Si hiciera lo contrario, me

quedaría sin nada, replicó el aficionado.

Los que aparentan coleccionar objetos de arte antiguo ó moderno con la esperanza de lucro, nada conservan si se lo pagan bien, compran por cálculo, venden por interés y gratifican á los intérpretes de las fondas para que les lleven los que buscan curiosidades, son *pseudos-coleccionistas*, aficionados-falsificados, ó ropavejeros que no pagan contribución.

Entre los referidos *pseudos-coleccionistas*, los hay que estudian y no aprenden, miran y no ven, piden consejos y no los siguen, los engañan como á chinos los cochinos que trafican en antigüedades imitadas y pierden con ellas lo que ganan con las auténticas. Pasan la vida como Penélope, tejiendo y destejiendo, trabajan como azacanes gratis, y los del oficio con tienda abierta, les arrancan á tiras la piel si por casualidad hacen un buen negocio, ó se ríen de ellos á carcajadas, si toman por antiguo lo acabado de fabricar.

El *pseudo-coleccionista* acierta por ignorancia ó casualidad. Le suele suceder

lo que al bilbaíno que comerciaba en cacao; quiso pedir veinte sacos á Guayaquil, puso al 2 tres ceros, se duplicó el valor del género mientras lo traían, y por burro se enriqueció, pero en general les ocurre lo siguiente: A uno de ellos proporcionó un inglés como ganga, *precioso* reloj del siglo XVI que no había más que pedir. Volvió el británico pocos días después á ver á su víctima con unos paisanos suyos, que preguntaron en francés al dueño del reloj cuánto quería por él. —No lo compren ustedes, es moderno, se lo vendí yo, les interrumpió el acompañante en su lengua, creyendo que el español no la entendía; pero se equivocó, y el engañado echó á la calle con cajas destempladas al digno hijo de la *pérfida Albión*.

Lo ridículo del *pseudo-coleccionista* es aparentar lo contrario de lo que practica, como les acontece á los que se pintan. Sólo ellos creen que los demás no lo conocen.

Entre los coleccionistas hay un tipo que inspira lástima. El que sin enten-

derlo invierte grandes sumas en antigüedades, las vende para comprar otras y consigue arruinarse. Los ropavejeros, como vampiros, se alimentan con su sangre. Si hace cambios, le acontece como al del cuento. »Quiso uno igualar el color de las cabras de su ganado; daba dos negras por una blanca, y lo consiguió; pero varió de opinión, trocó dos blancas por una negra, y se quedó sin ninguna.»

El *imbécil* adquiere antigüedades sin dinero, firma pagarés, vencen, los renueva aumentando enormes intereses, crece la deuda, le amenazan, y asustado paga con los mismos objetos y con las preciosidades artísticas que posee. No se enmienda, empeña fincas, malbarata su hacienda y deja en la miseria á su familia. El colmo de la estupidez.

Uno de ellos compró un tríptico por 5.000 duros; hipotecó una magnífica casa á los vendedores, y éstos, para que continuase el rédito usurario, le enviaron varios supuestos compradores de la antigualla, ofreciendo por ella cuatro veces más de lo que le exigieron, convencidos

que no la daría. Quedó á la intemperie
Al mismo le sacaron millón y medio p
varias obras artísticas de plata y crist
de roca, haciéndole creer eran de la époc
del renacimiento y que valían muchísim
más. Una de ellas representaba á Júpite
robando Europa, alusión á lo que con é
ejecutaban. Cuando se persuadió que era
malas y modernas, puso pleito por lesió
enormísima á los ropavejeros, que tran
sigieron devolviendo solo la décima part
que le costaron tales cachivaches imi-
tados.

Los coleccionistas avaros no enseña
á nadie lo que llegan á reunir. Así evi
tan que al ver los objetos que poseen
aprendan los compañeros de afición, pre
tarlos, les propongan cambios, ó que s
los *quiten* con la vista. No permiten ni
las criadas entren donde tienen sus teso
ros, llenos de polvo y telarañas. Por s
los sorprenden, colocan los libros con e
corte para fuera, temiendo se los robe
quienes sean tan raros como ellos. Tip
poco común, pero le hay.

Para tener propicios á los coleccioni

políticos, les mandan los caciques de
rincias, por ejemplo; el trabuco de
ges (que nunca usó), carlista valiente
uien fusilaron los italianos, por entro-
erse en lo que á España nada importa-
ó el puñal de Jaime el Barbudo, arma
auténtica como la otra. Los clérigos
envían monedas celtíberas ó romanas,
recogen en los cepillos de las ánimas,
emnizando á éstas con misas ó res-
isos.

Deben llamarse *coleccionistas económi-*
los que sólo reunen lo que les rega-
Generalmente, no saben, no estudian,
entienden, y se dedican por moda ó va-
ad, expresando en su innecesario ca-
go los personajes que les han dado los
etos, nunca á los que suponen de infe-
raza ó jerarquía. Se creerían rebaja-
pero no en admitir el obsequio. Ve-
s y Sila, que se apropiaban lo ajeno,
ron, como los contemporáneos que pi-
prestados objetos y no los devuelven,
ccionistas económicos. Pertenecen á
nisma clase los que van á caza de li-
s gratis, con ó sin dedicatoria, como

si al autor nada costasen.—»Mándeme la obrita con autógrafo afectuoso.—Recibiría V. el libro, dijo aquél al que se lo pidió.—Sí, respondió en tono despreciativo; pero sin encuadernar. Se parecía al que iba sin camisa, y no aceptó una por hallarse sin planchar. Un restaurador, inventó fácil medio de coleccionar. Á las obras de arte que tasaba en las testamentarías, ponía precios elevadísimos para que subieran mucho sus derechos. Los herederos, que creían hacerse ricos, no podían vender tanta preciosidad, y se arreglaban con el perito pagándole una parte en dinero y otra en los objetos mejores que él había justipreciado como pésimos. Después los vendía á los ingleses, que entienden poco y pagan mucho. Á los del país decía, que no podía cederlos, por haber pertenecido á su abuela, á la cual no se lo podían contar sin hacer un viaje al otro mundo.

Al coleccionista *encantado*, todo le entusiasma. En cuanto los comerciantes de antigüedades, vamos al decir, le huelen ó conocen su flaco, como buenos perdi-

gueros, le proporcionan cuanto desea. Armas recién hechas, marcos acabados de construir, y hermosísimas mujeres para su recreo, por supuesto miniaturas, que al encantado le hacen creer son del siglo pasado, y las concluyen de pintar á últimos del presente.

Todo reluce, brilla y hiere la vista en la colección del encantado. Este no conoce la *patina* ni de nombre, ni comprende el tinte suave y agradable que el tiempo da á los objetos de arte. Amable hasta empalagar con los que visitan sus chucherías, pasa horas contemplándolas en éxtasis. Del burro cae si por desgracias de familia, consejos de su mujer ó cansancio, desea venderlas y sólo encuentra quien le dé algo de lo mucho que por ellas satisfizo.

Hay coleccionistas *chiflados* que *ven* lo que sólo existe en su imaginación. Se hacen la ilusión de que una pintura representa la escena que se figuran, convierten los machos en hembras, la gente vulgar en personajes, los santos en diablos y en ángeles á mujeres feas de formas

abultadísimas, donde sobra materia y falta espíritu. No les convence la razón. Lo mejor es, para no reñir con ellos, callarse, reír y dejarles con sus manías. Este género de coleccionistas, son rica mina que explotan los vendedores de mala fe. No se persuaden jamás han podido estafarles, y se incomodan con los que se lo advierten. Se encariñan con la ropavejería, donde les han dado ceniza por harina, y vuelven mil veces. Los extranjeros les sacan el dinero y los objetos antiguos por imitaciones burdas sin valor que los *chiflados* juzgan maravillas estupendas. Hasta sucede que los vendedores fingen dudar de la autenticidad de las *camamas*, y los muy simples, por echarla de entendidos, les *convencen* con gran facilidad de lo contrario y se las quedan. Así los ropavejeros eluden la responsabilidad. Al tal género perteneció un buen señor que imaginaba comprar gangas, y le engañaban siempre. Adquirió una armadura por 200 duros, pagó 100, supo que era falsa, y por no armar cuestión, ni dar más, la devolvió

quedándose sin la cantidad ya entregada. Compró un cuadro que representaba á Lot y sus hijas; le advirtieron se vería apurado si las suyas exigían explicase el asunto; no se atrevió á llevar á casa la pintura, no pudo venderla y la regaló. Con el gusto al revés ni por casualidad acertaba.

Pocas mujeres gustan de hombres y de cosas viejas ó antiguas. Están por lo útil, moderno y práctico. Las desespera que sus maridos gasten dinero inútilmente, y las discretas se acostumbran á todo menos á vivir con un tonto. Uno que lo era en grado superlativo, y además *chiflado*, mandó á la estación del ferrocarril un cajón con medallas, no lo quisieron facturar, volvió el mozo de cuerda con él, al llamar á la puerta abrió por casualidad el dueño, y para evitar una reyerta con su mujer, que se hallaba presente, negó le perteneciera tal cajón. El bestia de carga, sin entender las señas que le hacía el coleccionista, supuso que no quería pagarle y le llamó pillo. La esposa del aficionado, adivinando el enig-

ma, puso al marido de vuelta y media.

No es pequeña chifladura *tapizar* salones con bacías de barbero de todas épocas, materias y países, tengan ó no pinturas pornográficas, y adquirir *desbebedores* de mujeres célebres. El coleccionista consigue con tanta bacía que á todos sus colegas, aunque los haya formales, hagan la barba, creyéndoles vacíos de mollera.

Son *chiflados* los que creen poseer el cepillo de carpintero de San José, los dientes de Juana la Loca y miles de firmas de escribanos, sufriendo con la idea de que alguna sea falsa; el que acompañaba siempre al viático, para ver si en las habitaciones del enfermo había antigüedades y tratar de comprarlas en cuanto el infeliz sacramentado espirase, y por último, el coleccionista de escarabajos, muy dormilón, que sólo se despierta pronto cuando su mujer le dice: —Chico, aquí te traigo un coleóptero. También hay *chifladas*. Dos señoritas bordaron en doce docenas de cáscaras de huevos de pava, las banderas y escudos

de todas las naciones del mundo, cuyo inútil y penoso trabajo las costó ocho años. Puestos en dos óvalos dorados con cristal, se vendían en una prendería de Madrid por 30.000 reales, y hubo uno, ¡si sería pavo! que ofreció 8.000. Tales señoritas morirían solteras. Si las hubieran enamorado, de seguro no se habrían entretenido 2.922 días en bordar 144 huevos.

El *coleccionista vulgar,* es el tipo del anticuario que aparece en comedias, sainetes y artículos de costumbres. Uno de éstos vive en Madrid, cerca del Rastro, en casa vieja, y con zapatero remendón en el portal. Recibe en un cuarto adornado con una tabla pintada del siglo XVI, agrietada y esquebrajada para que conserve más carácter, un mal retrato de un peor tenor de zarzuela, el boceto de la cabeza de San Elías, la copia de una Virgen, que supone original de San Lucas, y varias panoplias de fusiles inútiles, armas salvajes y pipas de diferentes formas. En dos cuadros, se ven unos trapos, que según los rótulos, per-

tenecieron á los pendones que plantaron Alfonso IX en Cáceres, y los Reyes Católicos en Almería, y en otro, la siguiente inscripción: »Si no grande, haz algo mediano.—Virgilio.» »El que pueda, que lo haga. Me contento con lo que se ve.—El coleccionista.» Aunque es demócrata, ocupa su escudo de armas sitio preferente, entre dos grandes tubos de cristal llenos de víboras en espíritu de vino.

Hasta el aguador puede ver la habitación referida; pero lo que hay en otra, *Santa santorum* del coleccionista, cuya llave guarda, sólo la enseña á los aficionados sabios ó tontos. En ella se hallan amontonados sin orden ni concierto toda clase de chismes enteros, rotos, viejos, nuevos, agradables y repugnantes, cubiertos de polvo espeso y negro. Jamás se quita ni se barre el suelo. Allí se encuentran estampas piadosas del siglo XVII junto á periódicos denunciados por irreligiosos del XIX (el anticuario es librepensador), y entre dos momias egipcias botes de hoja de lata que contienen garbanzos, judías, fideos y otros comes-

tibles que compra por mayor y entrega á su criada al por menor. El baño, avíos de tocador, caza, pesca y escritorio, ropa sucia (limpio no hay nada), está todo revuelto con azulejos mudéjares, capiteles góticos, ánforas romanas, petrificaciones, conchas colosales, caracoles de mar y tierra, frascos con láudano que el coleccionista fabrica y otros con vino que ofrece á los amigos y no deben aceptar, porque si trueca los frenos, puede mandarles á acompañar á los Faraones, cuyas momias guarda en su gabinete de curiosidades poco curiosas.

Grandes armarios contienen ejemplares de mineralogía, maderas de todos los países, reptiles en conserva, cuadrúpedos y pájaros disecados, sal de Cardona, carbón de piedra, hachas prehistóricas, un cangrejo que supone langosta enana, *ejemplar único*, tormentos de la Inquisición, fotografías de bailarinas, libros desencuadernados, monetario, y, ahora entra lo mejor; manzanas del paraíso que él mismo cogió cuando estuvo en Jerusalén. De las paredes cuelgan cabezas de pesca-

dos, pieles de culebras boas y de cascabel, banderas de percalina, guiñapos de telas antiguas, cuernos de búfalo, disciplinas con púas de hierro, las plantillas en seda de los pies de Jesús y de la Virgen, y los retratos al óleo, detestables, de Espartero, Mariana Pineda, con la fecha que la ahorcaron, Fernando VII y Murat.

Como en toda colección, por mala que sea, hay algo bueno, posee un hermoso busto en mármol de la amabilísima mujer "*Uxor dulcísima*" de un liberto de Augusto, escribano de la Lusitania.

El tipo que describimos, sabe y disparata, habla con juicio y parece ido, da importancia á sus baratijas, dice que valen millones, se burla de ellas, y cree que volverán al Rastro. Fué militar bizarro y pundonoroso, no quiso ascender á General por no aumentar el número de los que sobran; de la primera guerra civil conserva la gola; de la última, la gorra con la visera rota y los galones descosidos, y ha colocado sobre la carpeta de sus despachos y diplomas la escarapela nacional atravesada con un alfiler de cor-

bata, en forma de espada de taza. Cuando desea enseñar algún objeto nunca lo consigue (es tan fácil como buscar una aguja en un pajar...), se mancha, y no se atreve á dar la mano al despedir á los que le visitan. En él es viejo traje, traza y trastos; todo menos las ideas políticas. Lleva un chaleco abrochado y otro abierto, es despreocupado, y se tapa la calva. La basura que abunda, contribuye á que las aguas que le sirven para bañarse diariamente, hasta en invierno, y que aprovecha para regar las macetas del balcón de su *museo-tocador-despensa*, adquieran la propiedad, como las del Nilo y Jalón, de *abonar* las tierras.

CAPÍTULO VIII

MÁS COLECCIONISTAS

Con pluma ni bien ni mal cortada, ya no se usan para escribir las de ganso, hemos bosquejado, desde el punto de vista moral, varios tipos de coleccionistas. Proseguiremos ocupándonos de aquellos que reunen objetos determinados. Haciéndolo de todos llegaría á ser este cuento el de nunca acabar.

Según la Mitología, Saturno, que debió ser andaluz (se comía los chicos crudos), ya usaba reloj de arena. Con éste simbolizan el tiempo poetas, pintores y escultores. Siempre representan al padre

de los dioses sin casaca, chaleco ni calzones, y como no puede llevar el cronómetro en los bolsillos, colócanlo al lado.

Después del reloj de arena, se inventó el de agua ó *clepsidra*; pero antes que aquél se utilizãba el cuadrante solar ó reloj de sol, luego este planeta es el más antiguo de los relojes, de cuya clase no hay quien sea capaz de formar colección. Durante la guerra de África en 1860, quiso el *soldado viejo* reunir armas moriscas. Entre el Guad-el-jelú y el campamento de Tetuán, preguntó á un árabe por señas si le proporcionaría una espingarda. El musulmán contestó mímicamente que al otro día. Para manifestar la hora, señaló con el dedo al Oriente, trazó el curso del astro luminoso, como describiendo un arco en el cielo, y lo terminó expresando que se hallaría en el sitio de la cita cuando el sol llegase al punto que marcó varias veces con el índice de la mano derecha. Mahometano y cristiano fueron puntuales.

Los coleccionistas de relojes de bolsillo reunen de todas épocas, metales y

formas. Son felices si consiguen algunos del siglo XVI, que por su figura y sitio donde se fabricaban, llaman *huevos de Nuremberg*. Del siglo XVII los hay magníficamente esmaltados. También se estiman los legítimos de Breguet y los del español Manuel Gutiérrez, relojero de Carlos III. Los que utilizaban viajando en coche en el siglo pasado, son notables por su tamaño. Algunos al verlos suelen exclamar: ¡Qué bolsillos tendrían los que usaban tales relojes!

Los coleccionistas colocan los relojes de bolsillo en escaparates, luciendo sobre terciopelo el primor de los esmaltes ó cincelados y las riquezas de las cajas. Como las máquinas no andan nunca y la mayor parte se hallan descompuestas, se burlan de los expresados coleccionistas, diciendo reunen cáscaras más ó menos artísticas de reloj.

Son una calamidad los que poseen un número considerable de relojes. Los tienen de pared, caja, sobremesa, con gran sonería, péndolas astronómicas, que marcan las fases de la luna, siglos, meses,

días y hasta el del juicio final inclusive. Antes que el sol faltaría el reloj de cuco, encanto de chicos propios y ajenos. En cada habitación de la casa hay por lo menos media docena de relojes, y todos van tan acordes como los de Carlos V en Yuste.

La mayor parte de los coleccionistas encargan á un inteligente dé cuerda á las máquinas; pero otros lo encomiendan á su mujer. Si hay reunión en la casa, parece que todos los relojes se confabulan para tocar las horas uno tras de otro ó dos á la par, y los más nerviosos tertulios salen como alma que lleva el diablo, exponiéndose á rodar por la escalera huyendo del interminable y maldito tin, tin, chiriviriviri, cucú, cucú.

Relojes modernos de bolsillo es fácil y económico coleccionar. Cuando se descomponen, venden las cajas al peso si son de oro ó plata y las máquinas á peseta. Los vuelven á comprar, *arreglan* (tente mientras cobro), empeñan en las casas de préstamos, y como los tontos son innumerables, muchos de éstos ad-

quieren tales cascajos como gangas. Los relojes repiten cien veces el mismo viaje, hásta que las cajas acaban en el crisol.

La iconografía ayuda á la historia y á la indumentaria. Es útil formar una galería de retratos auténticos, más si están bien pintados, y necia la manía de los que reunen mamarrachos con figura humana, bautizándolos con nombres históricos, como creer que si llevan golilla son obra de Velázquez, y si tienen peluca con coleta, de Goya.

Hay coleccionistas linajudos ó que quieren aparecerlo, que buscan retratos de *sus ascendientes* en las prenderías y en el Rastro. Les ponen rótulos y se hacen la ilusión de engañar á los demás. También los mandan pintar.—Yo desearía, dicen al artista, me hiciera V. el retrato de uno de mis antepasados que fué Virrèy del Perú.—¿Tiene V. busto, estampa ó medalla del personaje?—No señor.—¿De qué época lo quiere?—Del reinado de Felipe III.—El pintor pone una armadura falsa, una golilla de linón

del tamaño de la rueda de un carro al modelo, y en un periquete fabrica un *Visorrey* del Perú, sin que éste, ni su descendiente ó sucesor, se quejen del parecido. Otro encarga le hagan un beato fraile capuchino que hubo en su familia. El artista no necesita antecedentes; siempre han usado barba y hábitos pardos, previene á dicho modelo que en lugar de adoptar actitud arrogante como para el Virrey, baje la cabeza, cruce los brazos y mire al suelo. De esta suerte un mismo individuo llega á ser ascendiente de toda clase de celebridades civiles, militares y eclesiásticas.

La mayoría de los que se retratan se visten con trajes que no acostumbran á llevar. Ellas se ponen de baile y ellos con cadenas y cintajos. Un militar se retrataba de perfil para enseñar la quincalla del pecho izquierdo. Otro con grado de Coronel cruzaba los brazos para que creyesen lo era efectivo. Un grande de España, para mortificar á los Generales, se hizo pintar la banda de Carlos III encima de una pontificia que tiene los mismos

colores de la de San Fernando, y la equivocaran con ésta.

—¿De quién es? preguntó un pintor á un aficionado enseñándole un retrato.—No sé. Era parecido, buena la pintura; pero no pudiendo suponer tuviera el original la Gran Cruz que ostentaba, le desconoció. Le sucedió al revés que al hijo de un músico; vió un retrato y exclamó:—¡Mi papá!—¿En qué lo has conocido? le dijo muy satisfecho el autor.—En el violín, contestó el muchacho.

Un Don Nadie invitó á sus relaciones para dos bailes, fijando los días. Dió uno, inesperadamente aplazó el otro, sin que los convidados se explicaran la causa, hasta que al verificarse la segunda función observaron que los varios retratos del dueño de la casa ostentaban la banda de la Gran Cruz que le habían concedido. Necesitaban tiempo para pintarla.

Los retratos de ultratumba son la desesperación de los artistas. Éstos no pintan bien sino lo que ven. Les entregan, por ejemplo, la fotografía de una difunta, al ampliarla resulta de facciones borrosas,

planas y no pueden darlas relieve. En cuanto al color, échese V. á discurrir. Concluído el retrato, aparece en el estudic del pintor la familia y amigos de la que no dejan descansar en paz, menos el viudo que se excusa por exceso de cariño ó por no saber disimular la alegría que experimenta viéndose libre de su mujer. Todos se colocan dando frente á la pintura y observan. El más descarado dice moviendo la cabeza á izquierda y derecha:—Los ojos eran más alegres y tenían más vida.—No podemos, aunque queramos, animar á un muerto, replica el artista.—Sí, añade otro, no está del todo mal; pero *movía* la boca con más gracia y el pelo era más claro.—Por las canas, interrumpe la cuñada de la muerta, que la querría como á un dolor de tripas.—Señores, exclama el más sabio de la comitiva *hasta entonces*, porque callaba; si al retrato lo cambian de color, el de la difunta parecía nácar, si afilan la nariz, la dan el *aire* que le falta..... ¡ah! me olvidaba lo mejor; ella tenía las dos orejas iguales, y ahí es una mayor que la otra.—

Consiste en que la cabeza se halla un poco vuelta, dice el artista, pensando que las del crítico debían ser de pollino.

Hay pintor que en tales casos se sube á la parra y manifiesta al que le ha encargado la obra que como dista de ser adivino, no quiere continuar perdiendo tiempo, dinero y paciencia. Otros recuerdan con envidia que Goya cuando retrataba, ponía un par de pistolas detrás del caballete.

Los retratos al óleo, tomados de fotografía, por lo regular son malos. Se conoce en ellos la máquina, y pasando por el Rastro formarán parte de las colecciones de mamarrachos del porvenir. La fotografía mató á los miniaturistas de portal, y la fototipia á los grabadores medianos. Las obras de los grandes artistas, jamás se confundirán con las que la mecánica ayuda á producir.

Como la humanidad siempre ha tenido los mismos defectos, caprichos y manías, es probable que muchos retratos que pasan por auténticos, lo sean tanto como los contemporáneos, pintados no como

desea el artista, sino á gusto del que paga.

Es difícil reunir miniaturas de personajes conocidos. Las hay preciosas de mujeres y niños.

Abundan los coleccionistas de retratos fotográficos. Los de personas queridas se conservan; pero los de bailarinas, cantantes y personajes de relumbrón concluyen estorbando. Por los retratos se conoce el carácter y pesquis del original. La necedad en los hombres está en relación con el número de los que se hacen. Los fatuos se colocan en facha presuntuosa y se cargan de cruces, si las tienen. Un médico militar llevaba 16; una por cada mil de sus víctimas. Hacen el caldo gordo á los fotógrafos los enamorados de sí mismos (Narciso fué el primer majadero de que hay memoria), y los vanidosos que la suerte ciega ha elevado. Sus fotografías se venden más tarde en el Rastro por lo que valen los originales de carne y hueso. A perro chico.

Lo malo abunda. De los grandes monarcas Carlos I y Felipe II se encuentran pocos retratos. De los imbéciles Carlos II

y IV, muchos. Nadie quiere los de Fernando VII. En la numerosa y rica colección de D. Valentín Carderera no había ninguno. Hasta los realistas perdieron el cariño idólatra que le profesaban.

En 1884 había en el Rastro el retrato al óleo de un General muy joven, con uniforme de 1840 y el letrero »López Baños,» recién pintado.—Cambie V. el rótulo por el de Riego, es más popular, lo venderá mejor; le aconsejó en broma al prendero un coleccionista. Verificado se lo compraron por verdadera efigie del que al sublevarse dijo á los soldados:—»Si proclamáis la Constitución no iréis á morir á América.» A la libertad no se llega faltando á la ley y destruyendo la patria. La insurrección de 1820 trajo la humillación de 1823.

Uno, y no es cuento, hizo que le retrataran con la medalla de académico por encima del embozo de la capa. A guisa de cencerro.

Otro *despesquisado* exigió le retratasen con todas sus condecoraciones debajo del gabán.—Si no se verán, advirtió el pin-

tor.—No importa, por si me lo quito.

Un coleccionista dijo muy satisfecho á un comerciante en antigüedades después de pagarle un retrato:—Ignoraba V. que es Robespierre. El vendedor se encogió de hombros. Acababa de comprarlo á una vieja que por necesidad se deshacía de la miniatura de su abuelo, antiguo familiar de la Inquisición.

Adquirió otro el retrato de un niño. En la carta que llevaba en la mano se leía: »El Príncipe D. Carlos, hijo de Felipe II.» Limpiaron después la pintura, el espíritu de vino se llevó el rótulo y en el que apareció debajo decía:—Sra. Doña María Echevarría, mi señora y abuela.—Lucena.» Habían convertido al nietecito del siglo XVII, para venderlo mejor, en personaje del XVI.

La exigencia más disparatada fué la del que se empeñó en que retrataran á su difunta esposa (anciana, morena, gorda y fea) con los brazos desnudos, túnica y alas blancas. Resultaba una espantosa visión. Se comprende que imaginaciones calenturientas inventen bru-

jas, trasgos y vampiros; pero no que haya quien trate de convertir las viejas en querubines.

Concluiremos de hablar de este asunto con una catástrofe. Cuando más rabioso estaba un pintor, terminando por mala fotografía un retrato al óleo, como al aplicar el color se veía por detrás de la tela moverse la sombra del pincel, quiso cogerla un gato y rasgando el lienzo con estrépito, metió la pata. Dios haga no lo imitemos.

Hay coleccionistas de cajas de rapé desde que ha cesado el vicio asqueroso de tomarlo. A uno de ellos le costó 16 años adquirir una en cuya tapa se hallan incrustados en oro tres pedacitos de madera y grabada la siguiente inscripción:—*Testimonio de hispánico valor.—Carlos III.—De la estacada de Gibraltar en 30 de Septiembre de 1780.* El poseedor de la caja, si recuerda la ignominia que cayó sobre España en 1704, repite: «En Gibraltar oí silbar la jota al mirlo de un zapatero. Hasta los pájaros protestan con aires españoles de que los ingleses ocupen el maldito Peñón.»

A un coleccionista de esquelas fúnebres le preguntaron:—¿De qué sirven?—Para tener *el gusto* de saber cuándo han muerto los amigos, contestó.

Es ridículo invitar á los entierros suplicando el coche. Quien no lo tiene ni interesa el muerto, tras de cuernos penitencia. Los más de los convidados van al cementerio rabiando, los menos por cariño, pocos por caridad. Debía imitarse á un Coronel retirado que se propuso no mortificar á nadie, después de muerto. Ocultó se hallara enfermo, y los amigos supieron la defunción cuando uno, por encargo del finado, les dijo:—Vengo de parte de D. N. á manifestarles que ayer le enterraron.

Algunos sólo leen en *La Correspondencia* las esquelas mortuorias y si ocupan mucho espacio exclaman:—¡Este sí que es pez gordo! Buen R. I. P.

Hace mucho tiempo que los charlatanes se anuncian repartiendo prospectos ó tarjetas. Un dentista en 1807 mandó grabar su retrato en una con la siguiente inscripción:—»Salud.—Beldad.—Canto.

Locución.—Sociedad.—Más vale un diente que un diamante.»

También se encuentran coleccionistas de tarjetas de visita. Las usaban ya en el siglo pasado y en éste se abusa. Muchos se las mandan años seguidos sin conocerse ni de vista. Los carteros combaten, por no trabajar, tan ridícula moda, arrojándolas á las alcantarillas. Casi hacen bien. En el pasado siglo los elegantes ó *petimetres* estampaban en las tarjetas sus retratos y debajo: «He estado aquí.» En otras, además del nombre, los atributos de su profesión. Las había de señora con un Cupido ó una Venus en actitud de entregar una manzana. Los cursis modernos hacen grabar un escudo de armas cualquiera, y para darse importancia, suprimen las señas, como si vivieran en grandes palacios. Por los referidos pedazos de cartulina se conoce el cacumen del que los utiliza. Un necio adulador ponía en las tarjetas dos nombres, tres apellidos con la partícula *de*, el empleo, la comisión que desempeñaba, y además el tratamiento, nombre, apellidos, título y

cargo de la persona á cuyas órdenes servía..... de estorbo.

Los que para pasar por nobles añaden sin tenerla, la partícula *de* al apellido, pueden ver en la *Guía* que muchas familias linajudas de España no la usan.

Para cumplir con los amigos fácil y económicamente en tiempo y dinero, lo mejor sería imprimir papeletas como la siguiente, que repartió un vecino de Bilbao:

»Félix María de Zurbano

»desea á V. todas las satisfacciones que »apetezca el día del santo de su nombre. »Felices Pascuas. Enhorabuena si se ca- »sase, y que el hijo ó hija que produzca »el matrimonio sea un santo ó santa. »Acompaño á V. en el sentimiento, si »ocurriese motivo de que lo tenga, y que »logre todas las satisfacciones que pueda »desear.

»Valga para todo el año de 1823.»

D. Gregorio Mayans dice que Juan Estrañ, uno de los más eruditos del si-

glo XVI, reunió miles de medallas, y que su hermano Andrés las convirtió en mortero para su apoteca (botica). Con otras monedas hicieron en el siglo pasado lámparas para la parroquia de San Andrés, de Madrid. El aragonés Jerónimo Zurita tenía por empleo indigno de su paisano, el Arzobispo D. Antonio Agustín, el tiempo que perdió en explicar medallas, y D. Diego Saavedra Fajardo, en su República, puso á los medallistas en la casa de locos.

La democracia de los coleccionistas son los de monedas. Los hay extravagantes. Uno invertía mucho oro en ellas y economizaba aprovechando los sobres escritos de las cartas, volviéndolos del revés.

A otro de Vich le servían las monedas para hacer ovillos de hilo, porque así las conservaba mejor. Un valenciano reunía medallas y cantos rodados, suponiendo que éstos habían servido para planchar las camisas de los celtíberos, que jamás las usaron. A un académico que se creía numismático, enseñaron una moneda de oro macuquina. De la inscripción sólo po-

día leerse: *632 rum*. Para que no dudasen de su omnisciencia la clasificó de visigoda. Creyó que el número indicaba el año que se acuñó. Era una onza de 1632. Ignoraba que ésta pesa 18 veces más que una visigoda, que los godos no usaron la numeración árabe y que hasta el siglo XVI no se puso la fecha en las monedas españolas.

Murió un coleccionista de monedas en Zaragoza. Casi se alegraron sus colegas con la idea de comprarlas. ¡Buen chasco llevaron! El difunto legó sus bienes á un sobrino, á condición de conservar el monetario, pero dejando escoger una docena de piezas al sacerdote que le auxilió en sus últimos momentos, aficionado tan entendido, que tuvo la habilidad de elegirlas todas falsas.

En Roma, el metal acuñado para auxiliar al comercio se llamaba *pecunia*, porque en las piezas representaban un buey ó carnero (pecus) y *moneta* por fabricarse en el templo de Juno Moneta, para advertir (monere) no debía haber fraude en el peso ni en la materia.

De *moneta* se deriva el nombre genérico de moneda, y dinero del *denario*, que era la más común de plata.

Nadie ha llegado á los griegos en representar la belleza ideal; sus monedas son las más artísticas. Con las romanas de los Emperadores y Emperatrices de los primeros siglos de la era cristiana, se pueden conocer las estatuas y bustos que de aquéllos existen en los museos. Las fabricaban, según se ve en algunos reversos de monedas, en un yunque, sirviéndose de troquel y martillo. Enrojecerían al fuego el metal para los grandes bronces y medallones, porque en frío á golpe no podrían hacerlos. Era inmensa la riqueza de los romanos, cuando un numismático después de 18 siglos reunió 1.169 reversos diferentes de monedas de Adriano, que reinó 21 años. En 35 que ocupó el trono Isabel II, no llegan á 20. La clase de moneda que en mayor cantidad traerían los romanos á España, sería el mediano bronce del Emperador Claudio. Un aficionado valenciano poseía en 1860, 700 en buena conservación.

Otro vendió el mismo año 6.000 monedas imperiales á ochavo, sin que el comprador aprovechase una sola para su colección y con arrobas de ellas fundieron en Tortosa una campana á mediados del siglo.

Por la moneda se conoce la cultura de los pueblos y su riqueza.

Las visigodas, que no se acuñaron sino de oro, son muy groseras.

Durante los primeros tiempos de la reconquista, los cristianos no acuñaron oro, y la plata era de baja ley ó vellón. Los Reyes Católicos mandaron fabricar el duro y la pieza de 20 excelentes, que pesa dos onzas de oro, por la que se paga hoy 1.500 pesetas, y los Felipes III y IV y Carlos II, el tejo ó cincuentín. Del centén, magnífica moneda, que tiene 200 duros de oro, sólo quedan, que se sepa, una en el Museo Arqueológico y otra en Barcelona, ambas de Felipe IV.

Después del cuño y martillo, la pieza se sellaba entre dos cilindros que giraban en sentido inverso. A esto sustituyó el volante á fines del siglo XVII, y aquél

fué reemplazado por la máquina de vapor el XIX.

Las medallas de Alfonso V de Aragón, de Fernando el Católico, Carlos V, Felipe II y otros, hechas por el Pisano, Reix, Pompeyo Leoni, Trezzo, etc., son obras de arte que impresionan incluso á los que con trabajo distinguen lo bueno de lo malo. Fundían la primera medalla á ceras perdidas, la cincelaban con primor, y con ella reproducían las demás. Desde el siglo XVII se acuñaron. El mejor grabador en hueco que hubo en España en el siglo pasado fué Prieto, y en el actual Sepúlveda.

Según la *Guía numismática universal* publicada en Milán en 1889, existen 3.124 colecciones de monedas. Dice que hay en España 228, cita algunos que no tienen, otros que murieron y omite á varios muy conocidos, cuyos nombres se hallan en las obras de Heiss. Es *guía* poco seguro.

Entre los numismáticos se encuentran desde los que van recogiendo ochavos en las tiendas y cepillos de ánimas, hasta los que se gastan 8.000 duros por adquirir

una pieza única; desde el ignorante que disparata de temporal hasta el que conoce la época de las monedas al tacto ó las dibuja de memoria; desde el que compra aspirando á pasar por sabio, hasta el aficionado furioso que se indigna y horripila al ver convertidas preciosas y raras monedas en alfileres, gemelos ó diges de reloj. Vamos, como el que murió de pena á causa de llevar su vecino anchos los calzones. A uno le vendieron muy cara una onza de 1789, haciéndole creer que dicha cifra expresaba el número de años que tenía la moneda. Un tunante del Rastro decía: Las monedas malas son las que mejor se despachan; los que las buscan se dirigen á las peores; pocos lo entienden; de lo contrario, no podríamos comer. Al mismo prendero le compró un andaluz varias medallas imitadas, lo vió acercarse al puesto, temió se las devolviese, y le oyó admirado:—Estoy muy contento; sólo una me ha salido falsa.

El coleccionista que estudia y llega á saber, que no es lo mismo, cuando adquiere muchas monedas, generalmente de-

secha las extranjeras, se dedica á una serie, por lo regular la de su país, á medallas artísticas ó á proclamaciones.

Pocos ropavejeros comercian con monedas. No les cabe en el magín que una moderna, v. gr., la de 20 céntimos de 1869, valga más que la celtíbera de Osca, que tiene 2.000 años y de plata cuatro veces más que la otra, sin comprender que el precio numismático está en relación con la dificultad de hallarlas.

Cuando en 1868 se trató de variar el tipo de la moneda, al encargado de hacer el dibujo para representar á España, le prestó un coleccionista el *áureo* de Adriano con el reverso *Hispania*. De él copió la matrona recostada sobre montañas con el ramo de olivo en la mano y el conejo á los pies. Olvidaron grabar el nombre de la nación á que pertenecía la moneda; después *lo enmendaron* y añadieron el peñón de Gibraltar. Por indicación del aficionado pusieron en el escudo las barras de Aragón y las cadenas de Navarra. Continúa el mismo, aumentado con las lises de los Borbones. En la confección

de las nuevas armas de la Patria, al numismático que intervino, reaccionario por quijotismo, corresponde una partícula de la gloria de la *gloriosa*.

Los celtíberos fabricaron monedas de cobre y de plata copiando el tipo de las griegas de Sicilia. Los romanos permitieron la acuñación de las de cobre, en España, hasta que Calígula nos fastidió prohibiéndola, porque en César Augusta (Zaragoza) habían hecho una medalla en honor de Agripa. La envidia del tirano es causa de que las colecciones de las monedas de colonias y municipios no sean más numerosas. Cuando el feroz Tiberio (de éste son las espintrias ó contraseñas pornográficas para entrar en sus lupanares) destruyó la familia de Seyano, mandó que borrasen el nombre del procónsul en las monedas de Bilbilis (Calatayud). Rara es la que escapó del decreto. Lo mismo hizo el pueblo español por odio á la dominación extranjera, con las monedas de cobre de José Napoleón, que no era ni feroz ni tirano. Se ha encontrado la medalla del rey intruso creando la Orden

del Mérito en 1808; pero ninguna condecoración de dicha Orden, que los españoles llamaban *La Berengena*.

De Calígula á los godos no se fabricó moneda en España. Eran las de éstos tan artísticas, que los bustos se parecen á las caras que chicos y soldados dibujan en las paredes. Los moros batieron de los tres metales. En Aragón comenzó á acuñar moneda Sancho Ramírez, en Castilla Alfonso VI, en el condado de Barcelona, ya independiente, Berenguer Ramón I, en Valencia y Mallorca Jaime I y en Navarra española Fernando el Católico. Con las monedas acuñadas en Italia y Países Bajos durante la dominación española, se pueden formar magníficas colecciones, interesantes por la riqueza y belleza artística de las piezas.

Para echarla de sabio basta aprender lo dicho y conocer las marcas de las cecas ó casas de moneda; que por el gran bronce de la Emperatriz Tranquilina se pagan 2.000 pesetas; que los del Emperador Otón son falsos, porque el Senado romano encargado de la acu-

ñación de la moneda de cobre no lo reconoció como tal; que de los duros el de Carlos I, fabricado en España, y el de Luis I son los más apreciados; que la peseta más rara es la del pretendiente don Carlos batida en Segovia en 1837, y que la pieza de oro de 20 duros de D. Amadeo I no circuló.

Un aprendiz de numismática se daba gran importancia en una tertulia porque tenía una peseta de cordoncillo notabilísima, según él, y otro le interrumpió:—Ya sé; de Fernando VII de 1831.—Es verdad, dijo turulato el de la peseta. El aficionado se acreditó casi de adivino, por recordar era muy pronunciado el cordoncillo de las del referido año y monarca.

En Madrid hay un coleccionista de medallas que elige las falsas porque son más baratas *y mejor conservadas*. Las cree auténticas. El corredor que se las proporciona, para que no dude le dice:—V. es el que más sabe; qué ojo le ha dado á V. Dios. Cuando habla de él, se burla y exclama: ¡Si será avispado!

Hay alguno que no enseña su colección para que crean es mejor que las de los colegas. A uno de ellos le preguntó un aficionado:—¿Tiene V. el gran bronce de Pertinax? (*Publius-Helvius* Pertinax, año 193 de J. C.)—Sí, contestó hinchándose á lo pavo. Como es una moneda rara, dudó el interpelante, que la equivocara con la de Septimio Severo (*Lucius Septimius Severus* Pertinax, 193 á 211 de J. C.), diferenciándose mucho en que éste tiene la barba corta y aquél muy larga, y volvió á preguntar:—¿Lleva la barba larga ó corta?—Tengo de los dos, respondió. Ignoraba que los pretorianos asesinaron á Pertinax á los tres meses escasos de elegirle Emperador, sin darle tiempo á que le creciesen los pelos de la cara.

Había un gaditano en Valencia que sólo dejaba ver sus monedas á los que sabía las tenían en menor número y calidad. Se negó á recibir á un aficionado de la población, y como no le conocía personalmente, se lo presentó un amigo de ambos diciendo era *numísmata* ambulante. Ya acababan de examinar la colección,

cuando el inventor de la broma preguntó al andaluz, por qué no se la enseñaba al valenciano.—Imposible; ese señor puede venir á esta casa cuando guste; pero mis monedas no las verá.—Acabo de examinarlas; soy Fulano, amigo de V. desde este momento, le interrumpió el desconocido. Al andaluz que se enorgullecía con su serie de monedas fenicias lenticulares de Gades, y que tenía en la mano, se le cayeron al suelo; las buscó inútilmente; la criada las barrería, y adiós colección.

Refería un coleccionista que dió ocho duros por uno de Felipe II.—¡Qué barbaridad! exclamó un oyente. Este, en el curso de la conversación, dijo que compró un ruiseñor por una onza.—¡Qué salvajada! prorrumpió el primero.—¿Por qué me llama V. salvaje? preguntó el del pájaro.—¿Y V. á mí bárbaro? ¿Qué hizo V. del ruiseñor?—Se murió.—Yo conservo el duro. Pocos están libres de debilidades, y muchos creen que las tienen los demás. La paja en el ojo ajeno y la tranca en el propio.

Cuando un numismático, cajero de un batallón, quería comprar monedas antiguas, si su mujer, á quien éstas no gustaban, se hallaba de mal humor, en lugar de pedirla modernas (era la cajera doméstica), se dirigía á la cantidad de un fallecido, depositada en la caja oficial, y preguntaba:—Señor difunto capitán Lluch, ¿tiene la bondad de prestarme *tanto*..... hasta que vea alegre á mi mujer? Quien calla otorga. El vivo dejaba recibo firmado al finado y le pagaba en seguida que podía, rompiendo dicho documento. Pocos muertos habrán hecho tantos favores. El referido militar, que no hubiera adquirido deudas para comer, tomaba á broma tenerlas con un difunto. ¡Lo que puede una manía!

Las monedas y medallas son los documentos históricos que mejor se conservan. Las hay muy curiosas, que prueban lo contrario de lo que sucedió y la necedad del que las mandó acuñar. En 1739, el Almirante inglés, Sir Edward Vernon atacó á Cartagena de Indias con poderosa escuadra y 9.000 hombres de desem-

barco. Después de dos meses de sitio, D. Blas de Lezo, con escasa guarnición, rechazó y derrotó al enemigo. Tan seguro estaba el inglés de triunfar, que de antemano hizo batir medallas de varios tamaños y cuños, donde se ve al Gobernador español arrodillado, entregando la espada al marino británico. Sobre la figura de Lezo se lee: »D. Blass,» y al rededor, en inglés, »El orgullo español abatido por el almirante Vernon.» Al enseñar tan ridículas medallas decía un coleccionista: »Este no debía llamarse Vernon, sino bribón.» La decantada seriedad inglesa no queda á gran altura.

En una calle de Madrid se burlaban dos aficionados de sí mismos y de las antigüedades. Refirió uno de ellos, que en el museo de Kesington vió una piedra cuadrilonga cóncava, inclinada, y un rodillo de igual materia, clasificados ambos objetos de »Molino azteca, anterior á la conquista de Méjico,» y que colocó encima escrito en una tarjeta: »¡Mentira! Piedra para hacer chocolate en España.» Cuando el otro colega se regocijaba pensando que

en todas partes cuecen habas, se le acercó una muchacha y dijo:—Caballero, ¿entiende V. de moneda?—Como era numismático, imaginó iba á adquirir una preciosidad, y muy satisfecho de que hasta á las chulas llegara su fama, contestó:—¡Vaya! La jóven abrió la mano y preguntó:—¿Son buenas estas dos pesetas?—Apunte V., añadió riendo su compañero. Efectivamente, la chula es colaboradora en este libro.

CAPÍTULO IX

ECHA COLECCIONISTAS

El R. P. Feijóo, dice: »Todo lo viejo fastidia. Aun las cosas insensibles tienen, como las mujeres, vinculada su hermosura á la primera edad, y todo donaire pierde al salir de la juventud.» Según el sabio fraile gallego, los que las prefieren á las cosas modernas, siendo natural que fastidie lo viejo hasta en las mujeres, deben clasificarse en el número de los mentecatos ó mentecautos, como llamaban á los locos en el siglo XVI. Pero sigamos hablando de ellos, ya que por nuestros pecados pertenecemos á tan asendereada cofradía.

Los objetos artísticos de cerámica son muy agradables á la vista. De porcelana del Retiro, Capo di Monte, Sevres, Saxonia, Alcora, China, Japón, etc., hay piezas bellísimas. Tienen el inconveniente de la fragilidad, y por eso las antiguas intactas aumentan cada día de valor y son muy buscadas. Lo mismo sucede á los vidrios de Cataluña, Mallorca y Venecia. Hará próximamente un cuarto de siglo se vendió en Madrid un plato por 100 duros; á poco tiempo dieron por él 4.000, y no hace mucho que lo adquirió un coleccionista extranjero en 32.000. Si cae de las manos se pierde una fortuna. Antes de llevárselo de España hubo quien impresionado al contemplar tan preciosa obra artística, no se atrevió á tocarla por temor de romperla. El plato es veneciano, pequeño, de vidrio muy verde y con una orla blanca. En el centro, finísimamente esmaltado, hay una calle por la que pasa una procesión de vírgenes con palmas en la mano, que llevan en andas á una Santa. Mucha gente está asomada á las ventanas para verla. Como

dibujo, color y composición, es una maravilla.

Los cacharros de Puente del Arzobispo, Talavera y Alcora, son muy estimados. Los platos hispano-árabes, cuyos reflejos extasían á los coleccionistas y son una de las causas de que se paguen aquéllos á gran precio, hacen pensar á los que no se dedican al género *plateresco*: ¡Cuántos moriscos al comer judías y arroz en ellos se hubieran considerado ricos y felices con lo que dan ahora por uno sólo! Con platos se adornan comedores, galerías y salones. Cuando pase la moda sólo se guardarán los artísticos.

Un aficionado compró un plato, á su parecer magnífico, y encargó lo entregasen con mucho cuidado á su portero. Éste, que era aragonés, considerándolo peor que los de Muel, lo llevó á la cuadra, persuadido lo destinaban para que en él comieran los perros. Todo en el mundo tiene el valor que se le da.

Cierto chamarilero compró en Valencia por 32 duros precioso azulejo acabado de hacer, y lo vendió por 400 en Madrid,

como antiguo. Engolosinado con tan buen negocio, y vista la manía cacharrera que se desarrollaba al mismo tiempo que la guerra civil última, arrendó la fábrica de Alcora, fundada por el célebre Conde de Aranda. Con los buenos moldes que existían y los malos obreros del pueblo, construyó y vendió á buen precio bustos del referido prócer, grupos mitológicos, macerinas para tomar chocolate y otros cachivaches. Cuando, gracias á varios incautos nacionales y extranjeros, la tal industria, antigua en la forma y moderna en la materia, se hallaba en el apogeo, desapareció para siempre silbada por los aficionados. Uno de éstos observó que en un gran jarrón estilo del siglo XVIII, que llevaron á Madrid, y que enseñaban con mucho misterio, habían pintado, copiando de no sabemos dónde á un General moderno con boina. Para que el más torpe de los anticuarios no lo equivocara con algún personaje de la época de Carlos III, el operario, que sería soldado de las huestes de Cucala, puso debajo del militar en letras como garbanzos: ¡Viva Carlos VII!

La luz fué hecha por el partidario del oscurantismo, partiendo al falsificador, que quebró, porque no pudo vender más loza de Alcora.

Para *llamarse* bibliófilo ó coleccionista de libros, sobra con aprender los títulos de los más raros, tener dinero, saber, v. gr., que en Maguncia se imprimió la *Biblia* por Gutenberg á mediados del siglo XV y en Valencia y Barcelona *Tirant lo Blanch* en 1490 y 1497 respectivamente, y que del cual, sólo quedan tres ejemplares.

Un millonario que por ostentación reunía de todo, mandó á un sabio que le comprara los mejores libros de una biblioteca que vendían en Lisboa. Éste separaba los que le gustaban y ponía precio inútilmente, porque un inglés daba siempre más por ellos. No adquirió aquél ninguno. En Madrid, el que le había comisionado le dijo:—Encargué que á toda costa tomasen por mi cuenta las obras raras que te gustaran, aunque no creía te quedaras con ellas. Por si acaso.

Un bibliómano vió un libro que le fal-

taba en su colección, se lo guardó, lo notó el dueño, y como él en igual caso hubiera hecho lo mismo, le dijo:—Cuando te enteres devuélvelo.

Existen coleccionistas de libros que de éstos no conocen sino las portadas.

Como la importancia de las colecciones está en relación del número de objetos poco comunes que se poseen, el bibliófilo que muestra mayor cantidad de ediciones raras y de libros incunables ó sin pie de imprenta, se considera más dichoso.

Los coleccionistas de armas examinan un asador minuciosamente. Si encuentran alguna marca, lo consideran hoja de espada, calculan la empuñadura que corresponde, y pasan la vida en reconstruir lo que otros han destruído. Uno halló convertido en hornillo de estañador un morrión de arcabucero que tal vez se habría hallado en San Quintín y Lepanto. El mismo aficionado compró en Tortosa á un herrero una hermosa hoja de espada.—¿Y el puño? preguntó:—Sería de oro; á mí me vendió la hoja por 2

reales un soldado de cazadores de Oporto cuando en la primera guerra civil quemaron el monasterio de Poblet, contestó el artesano. Como en el Catálogo de la Armería Real había leído el aficionado que en el incendio de Poblet, enterramiento de los Reyes de Aragón, desapareció la espada de D. Jaime el Conquistador, muchos años tuvo la ilusión de que la poseía. La manía de atribuir historias á los objetos puede causar extravíos mentales. Los tontos no se curan de ella. Por eso el vulgo cree que los coleccionistas han perdido la brújula. Si éstos tienen muchas piezas sueltas de armaduras, cuelgan en las paredes brazales, espaldares, quijotes, golas, coderas, viseras, musleras, y hasta un consonante que la decencia impide nombrar. Con ayuda de un armero, que hace de sastre, van completando armaduras que ponen á los maniquís, diciendo con entusiasmo:—La del toisón, fué del Penitenciario, ésta de fulano, y la otra, sin género de duda, de mengano.

Hay quien no ignora que entre sus chismes de matar los tiene imitados, y

los guarda para si algún borrico se empeña en cambiárselos por antiguos, al cual no desengañará por no ofender su amor propio.

En 1884 compraron dos ropavejeros hermosa rodela por 7 pesetas; le pidieron á uno de los más sabihondos arqueólogos de Madrid, 7.500; la examinó, consultó libros, miró estampas y ofreció por ella 3.000. La vieron varios inteligentes, que la declararon tan falsa como el que vendió á Cristo, y al llevarla segunda vez al primero, como sabía que otros la habían rechazado, la clasificó de japonesa moderna. Por fortuna, en la Armería Real la adquirieron por 1.250 pesetas. De ésta debieron robarla en la guerra de la Independencia, porque no se menciona en el primer catálogo impreso. La rodela es dorada y tiene grabados el collar del Toisón y la cruz de San Andrés. En el álbum que se conserva, de la Armería del Emperador Carlos V se encuentra pintada dicha rodela, formando parte de una de sus armaduras. Fué recuperada tan preciosa alhája porque equivo-

caron los eslabones del Toisón con adornos japoneses. Hasta la estatua de la Arqueología, aunque sea de piedra, llorará de vergüenza al considerar lo duros de mollera que somos, por lo regular, los que la rendimos culto.

Como en la época actual todos hablan de antigüedades, al oír á un pintor que una alabarda era del siglo XV, dijo el portero de su casa:—En mi pueblo ví una más antigua; del siglo LX.

El hijo de un coleccionista observó que en un grabado formaban panoplia el arco, flechas y escudo de un indio. Señalando á éste, preguntó quién era, y le contestaron que un salvaje.—Pues mi papá, añadió el niño, también es salvaje; lo mismo pone las armas.

—En qué tonterías gastas el dinero, dijeron á un coleccionista que acababa de comprar un acicate.—¿Cuánto vale ese cigarro que estás fumando? preguntó el criticado.—Media peseta.—Pues conviertes en humo dos acicates. Este me cuesta un real.

De París trajeron á Madrid una arma-

dura. Se persuadió el comprador era moderna, y la cambió por una estatuita recién fundida, creyéndola antigua, á un ropavejero. Éste dió aquélla á dos hermanos corredores por un cuadro de Goya.... pintado por Lucas. Pasó bastante tiempo y el mencionado prendero trocó á los mismos por una armadura grabada, un mueble del XVII fabricado el XIX y un tapiz imitado. Cuando los hermanos corredores se convencieron de que los habían engañado con el mueble y el tapiz y no consiguieron deshacer el cambio, pregonaron *Urbi et Orbe* que la armadura, era la falsa acabada de grabar por otro par de hermanos, y no de los piadosos »Obregones.» Según respetables autores que trataron de la materia, estos artistas solían *anticuar* los hierros, aliviándose sobre ellos de una necesidad menor. Se recomienda tan limpia, fácil y barata operación, á los falsificadores de armas. El marchante en cuestión, llevó la armadura al coleccionista, que pasaba por más entendido en la materia, el cual se quedó peto y espaldar por 4.000

reales, despreciando el resto, por no corresponder á la magnificencia de las referidas piezas, sin conocer que todas pertenecían á la misma casta. Cuantos objetos se mencionan en esta verdadera historia eran falsos, menos el dinero que aprontó el coleccionista. Éste siguió mucho tiempo burlándose de la armadura traída del otro lado de los Pirineos, y murió ignorando que poseía parte de la misma; pero grabada.

Si los peritos en hierros yerran de tal suerte, no nos admiremos que los profanos juzguen deben herrarnos sin excepción á cuantos nos dedicamos á coleccionar.

Los aficionados á reunir espadas se quedan cariacontecidos si leen en la *Pragmática de tasas de 1680*: »Cada hoja de espada de Toledo, marcada, acicalada, con contera y vaina no puede pasar de 30 reales,» y de seguro exclaman:—¡Una vaina cuesta ahora esa cantidad!

. Para probar la antigüedad del uso de los escudos ó rodelas, asegura Fernán Mexía que antes de la creación del mun-

do, San Miguel y los ángeles, en la guerra con Lucifer, los llevaban blancos con *cruces rojas*. Que Adán traía en el suyo pintado el árbol del Paraíso con la serpiente enroscada. Es decir, el retrato de su suegra. Quien pudiera atrapar tales escudos, echaba la pata encima á todos los coleccionistas habidos y por haber.

Hay estampas admirablemente grabadas. Para coleccionarlas es necesario inteligencia y gusto, saber quiénes se han distinguido en el arte, y clasificarlas por épocas, países y escuelas. D. Valentín Carderera vendió al Gobierno 66 estampas por 18.000 duros, y con ellas se formó el gabinete de la Biblioteca Nacional. Algunas valían 8.000 reales y otras ni dos cuartos. Después reunió estampas de vírgenes, llamadas de alcuza por la forma del manto. Muchas son curiosas por el dibujo de sus retablos, en especial los que pertenecen al género churrigueresco.

Según D. Vicente de la Fuente, á principios de este siglo comenzaron los extranjeros á inundar á España de litografías, pervirtiendo el gusto artístico y

la lengua castellana con rótulos como los siguientes: »Barcelona desde la funda (fonda) de Vista-alegre.—Sevilla desde la tuerta (puerta) de Triana.»

A tales mamarrachos sustituyeron los cromos, que aún son más antipáticos.

La manía de coleccionar llega hasta reunir las estampitas que ponen en las cajas de fósforos, gastandodinero y tiempo en formar álbums de tonterías que no es probable se conserven. En cambio, los buenos grabados de Selma, Carmona, Esteve (de éste es la primorosa estampa »Las aguas de Moisés» que costó 14 años de grabar), las aguas fuertes de Goya y de otros, serán siempre muy apreciados.

En el Rastro murió hace pocos años un buen hombre, los ha habido y hay aunque no para formar numerosa colección, que vendía estampas. De sus carteras, y no es filfa, copiamos las siguientes inscripciones: »Asuntos del Señor, la Virgen y otros personajes.--Trajes de países militares.—Místico reunido, lineal y varias de astronomía.—Del 2 de Mayo

y cafrería.—De Cervantes y toros.—Ángeles y santos alados.—Ferrocarriles, clero y zoología.—Láminas de novelas y comunión.—Reyes, metamorfosis y botánica.—Papas, musas y otros.» Al pobre le faltaba instrucción; pero un coleccionista que la echaba de entendido, colocó en un cuadro el retrato del P. Cirilo Alameda, Cardenal y Arzobispo de Toledo, famoso absolutista, entre los dos sargentos republicanos que se hicieron célebres en París durante la revolución de 1848.

En el Rastro encontraron á Godoy y á Espartero montados en el mismo caballo. Enguidános grabó en 1807 el retrato ecuestre del Príncipe de la Paz, y en 1840 otro artista sólo borró de la plancha el ginete y puso en su lugar al Duque de la Victoria. Tiraron estampas de los dos personajes, y ambos *van* en el mismo caballo.

Existen coleccionistas de caricaturas. Goya introdujo el género, y con los caprichos satirizó á sus contemporáneos.

Las caricaturas políticas de 1820 al 23 y las pocas que se publicaron durante

la primera guerra civil, tienen poca gracia. Más notables son las del periódico *La Posdata* del año 1843. Durante la revolución de 1868, aparecieron á millares contra todo bicho viviente, sobresaliendo Ortego, por lo bien que caracterizaba los personajes. Llegó el abuso hasta poner en caricatura á señoras y niños, lo cual es una infamia. La autoridad sólo denunció y secuestró una caricatura malísima como arte. La parodia del cuadro »El suplicio de los comuneros.» Los principales autores de la revolución hacen de frailes, víctimas y verdugos.

El ridículo causa gran daño. La poesía popular y la caricatura ayudaron mucho á los españoles en la guerra de la Independencia. De José Bonaparte no se ha visto ningún retrato al óleo, y no es común el grabado que hizo de perfil un español, para que el vulgo siguiera creyendo que el intruso era tuerto.

Hay una caricatura en que el hermano de Napoleón predica desde un púlpito formado con botellas á una pobre y un chico desarrapado. Como aparecen dos

soldados en una puerta, se lee debajo:— »Entran franceses corriendo—A decir al rey de copas—Que se deje de sermones—Que el huir es lo que importa.»

Las caricaturas y cantares de la expresada época deben recogerse, aunque sean más desatinados que el siguiente:

»Napoleón en Arapiles
mira el águila y patea,
al ver que el león de España
alza la pata y la mea.»

Hay estampas ó caricaturas que caracterizan una época, y deben guardarse. En una cuyo epígrafe es »Bonaparte moribundo,» se halla Napoleón I agonizando, rodeado de las naciones de Europa, que le traen por medicinas, víboras, pistolas, puñales, granadas, y por lavativa un cañón. El diablo lo espera armado de tridente, leyéndose debajo:

»Furioso dixo Luzbel
á la corte del averno:
—Mucho perderá el infierno
si muere mi amigo fiel.»

En otra estampa, Fernando VII arrodillado, entrega un memorial á S. José,

y el niño Jesús lleva en la mano un papel, en el que está escrito: »Concedido» (antes de leer la petición).

Se ve en otro grabado á los valencianos de 1808 rechazando al ejército del Mariscal Moncey. A la vez que el Padre Eterno arroja rayos á José Napoleón, caballero en un águila, ayuda á los españoles el ángel exterminador, dirige la batalla S. José, con la vara florida, y la Virgen de los Desamparados corona á Fernando VII. Disparates artísticos que producían efecto en el pueblo. En un retrato de José Bonaparte, grabado por Morghen, y que guardaría algún coleccionista, de lo contrario lo hubieran roto, escribieron: »Verdadero retrato del intruso *Pepino*, hermano del monstruo Napoleón.»

En muchas caricaturas aparece el diablo. Es gran recurso. El periódico *La Posdata* publicó una, donde el rey de las tinieblas, sentado en un ángulo de la mesa en que escribe el Ministro de Gracia y Justicia del regente Espartero, dicta:

»¡Guerra! ¡guerra! ¡guerra á Roma!
Nadie le pague tributo.
Si la Iglesia se desploma.....
¡Muera el clero! (punto y coma)
Pon lo que te digo, bruto.»

Hace poco vendieron una caricatura en la cual el demonio corre al infierno, llevando un cesto lleno de políticos de todos los partidos, con el epígrafe: »Así será España feliz.»

Conformes con Satanás.

Hay varios coleccionistas de Guías de forasteros. La más antigua se remonta al año de 1727, en dozavo. Se titula: »Kalendario particular y guía de forasteros en la corte de Madrid.»

No se encuentran las Guías de José Napoleón, aunque se imprimieron. Las destruirían. En Cádiz, durante la guerra de la Independencia, se publicaron las de Fernando VII. La de 1749 tiene 108 páginas. Crece en 1811, al comenzar á perderse la América española, y más en 1821, cuando nos quedamos sin ella. En 1838, que absolutistas y liberales se empeñaban en destruir la patria, aumen-

ta de tamaño; y la de 1889 es un tomo voluminoso de 1.016 páginas. Su principal utilidad es halagar á los tontos que se recrean viéndose en letras de molde. Las Guías han crecido á proporción de lo que menguaba la patria. A ese paso, llegarán á ser de igual tamaño.

Un coleccionista tiene 1.500 tapas de libros diferentes, desde las del siglo XIV al XIX. Sirven para considerar al libro como cosa. También posee los colmillos de los 60 jabalíes que mataron Carlos IV, María Luisa y el Infante D. Antonio, desde 1789 á 1803, con expresión del sitio, día, mes y año en que fueron cazados los referidos animales. Tan útil colección, que se encontró en el Rastro, era digna del Infante que en 1808 se despidió ¡Hasta el valle de Josafat!

Los coleccionistas de sellos de correos abundan. Es apropósito tal afición para que los chicos aprendan geografía. Los grandes deben saberla.

Existe quien posee todos los números de *La Correspondencia de España,* hasta el que hoy se ha publicado. Es útil para

saber el viento que ha corrido desde el

> »Vital aliento de la madre Venus,
> Céfiro blando,»

hasta el más apestoso huracán.

Otra colección se formó con documentos y cartas interesantes referentes á la revolución de 1868 y última guerra civil, que el Gobierno compró para impedir se publicara, de cuyos papeles »era preciso retirar la vista con horror y el estómago con asco.»

Los coleccionistas que más se enorgullecen de lo que tienen, son los que llevan el pecho lleno de condecoraciones españolas y extranjeras.

Alguien dijo con razón que: »Los títulos nobiliarios y las condecoraciones son letras á la vista, giradas contra la opinión pública, cuya cotización depende del crédito que merecen el librador y los endosantes.

Ercilla había escrito siglos antes:

> »Que las honras consisten no en tenerlas,
> sino en haber sabido merecerlas.»

El número de encomiendas, placas,

cruces y bandas nada significa. Con llevar la más difícil de obtener y mejor ganada, las demás están de más. Lo contrario es antiestético y cursi; vanidad sólo tolerable á los cabos de cornetas ó guardias de orden público. Quienes *cargan* con gran cantidad de tales baratijas, se convierten en exposición permanente ó coleccionistas ambulantes.

Durante la guerra los coleccionistas no prescinden de serlo, ni se curan de la pasión ó enfermedad que les aqueja. En la campaña de Africa de 1860, dos aficionados se conocieron la tarde de la corrida de toros que se celebró en Tetuán cuando se firmó la paz entre España y Marruecos. Se burlaban de la indumentaria torera de los soldados que lidiaron, llevando en vez de chaquetillas con lentejuelas los galoneados jubones de las hebreas, y se riéron á carcajadas de la facha que hacían los picadores, montados en camellos.

Los mencionados coleccionistas se volvieron á encontrar en la puerta del barrio de la judería á los pocos días.—Vengo, dijo el que entraba, á buscar un magnífico

candil que hace media hora he visto y ajustado; pero como estos judíos son iguales á nuestros prenderos, temo que si le han ofrecido más..... —¿Es éste? le interrumpió el que salía, enseñando un candil colosal que ocultaba con un pañuelo. A pesar de las súplicas de su compañero, no se lo cedió.

El furor por adquirir invadió á muchos oficiales. Uno que por su instituto debía perseguir ladrones, obsequiaba con lo ajeno al *arco-iris* que le protegía. Otros se valían de los hebreos, que con la toma de Tetuán por los españoles, encontraron la tierra de promisión saqueando á moros y á cristianos. Hubo sabio (lo mismo que actualmente) que tomó por morisca la porcelana inglesa.

Regalaron en la ciudad marroquí unos zuecos de los usados por las moras cuando hay lodo, y después de 25 años los vendieron en el Rastro de Madrid. No podían confundirse con otros, porque conservaban el rótulo que puso el que los había poseído.

Un numismático compró en dichas épo-

ca y población al rabino Ben-Dajan una moneda de Juba, rey de Mauritania, á quien los romanos destronaron y arrojaron á una cloaca. Se necesitaba afición para entrar en la que servía de albergue al judío. Su mujer y sus cinco hijos padecían tiña, la basura llegaba á las rodillas, y el hebreo, sucias las barbas del rapé que le caía de las narices y arropado en seboso caftán, cubría su cabeza con un pañuelo de algodón azul anudado por debajo de la barba. ¡Buen modelo para pintar la avaricia! Hablaba, como todos los judíos berberiscos, el castellano del siglo XV con los españoles, el árabe con los marroquíes, y para que sólo lo entendiesen sus correligionarios, la algarabía mezcla de las dos lenguas. Ponderaba sus baratijas lo mismo que nuestros ropavejeros. Por lo sucio, debió permanecer en los albañales de Roma con Juba desde antes de Jesucristo hasta 1860. Á pesar de tanta porquería, el aficionado guardó la moneda con un placer que sólo comprenden los que tienen la pasión de coleccionar. Los mahometanos consideran

santos á los faltos de juicio y los creen dichosos, en cuyo número debían incluir á los coleccionistas verdaderos.

Murió hace poco en Madrid un ingeniero, sabio de veras y coleccionista de toda clase de objetos más ó menos raros y curiosos. Después de enseñarlos á sus amigos, fueran ó no aficionados, dejaba para lo último un cuadro cubierto misteriosamente con varias telas, que iba quitando una á una, apareciendo al fin la cabeza de un asno pintada al óleo.—Éste, decía á los que le visitaban, es el amo de la casa y colección.

CAPÍTULO X

¡MÍSEROS COLECCIONISTAS!

Por lo expuesto en los precedentes capítulos, se deducirá no ser muy fácil hinchar un perro ó meterse á coleccionista. Queda el rabo por desollar ó sea referir unos pocos de los muchos percances del *oficio*, que *ad majorem gloriam* de la ciencia chamarilera y edificación de los presentes y venideros da á la estampa quien se ha impuesto este trabajo para remisión de sus pecados. No responde ni responderá á las quejas de los que por él se crean agraviados, ni le importará un ardite se juzgue bueno ó malo. En el

prólogo se cura en salud..... y Cristo con todos.

Es natural en el hombre criticar lo que al prójimo se le ocurre. Como de gustos nadie ha escrito, sólo el propio parece bueno. Colecciona uno campanillas de plata, aunque no sea sino para divertir á los chicos que van á verle y exclaman los grandes:—Lo hace para que le tengan por *Señor de muchas campanillas.* Adquiere, lo cual es difícil, gran cantidad de veneras de la Inquisición, y le dice irónicamente un demócrata teórico, aunque el coleccionista lo sea práctico:—Cuando restablezcan el Santo Oficio, usted nos protegerá.—Entonces, debe replicar, buscaré gorros frigios.

Al aficionado que sentiría supiera la gente, se compra los calcetines, nada importa lo vean por la calle con antigüedades en la mano. A uno que llevaba una espada de taza, le preguntaron: —¿Es usted cómico?—Sí; pero no salgo á las tablas. En la comedia ó farsa del mundo represento el papel de militar, respondió sonriéndose.

Cuando el coleccionista se halla más ocupado, le anuncian véndese una antigüedad morrocotuda. Duda si irá, recuerda que por no atender á otro aviso, dejó de adquirir unas magníficas tijeras que dieron por una bicoca, y que después tuvo que pagar por ellas 50 duros, corre desalado, le enseñan un pedazo de estuco y se queda de ídem.

A los coleccionistas, todo el mundo se considera autorizado á encargarles, por ejemplo; busque armazones viejos de madera para construir biombos nuevos, *desbebedores* de plata precisamente al peso, y hasta utensilios usados de cocina de los que venden en el Rastro.

Si un *sabelotodo* se enorgullece con objetos imitados y pregunta su opinión al coleccionista respecto á ellos, debe hacerse el tonto, aunque no lo sea. La malicia acompaña á la ignorancia, y el dueño de las preciosidades despreciables, supondrá rebaja su mérito por desearlas, ó de envidia, si dice la verdad. Mentir es faltar á Dios.

Como se han encontrado en las pren-

derías cosas buenas, bonitas y baratas, los egoístas que las desean sin molestia, dicen al coleccionista:—Si adquiere V. alguna ganga, guárdemela.—Para mí la quisiera; exclama el infeliz que ha ido de la Zeca á la Meca sin cazar ninguna.

Propone el coleccionista á un amigo cederle algún objeto, porque lo tiene doble ó por amabilidad, aunque valga mucho más de lo que pide y le costó; al segundo entra la desconfianza, lo rehusa, y piensa: Aquí hay trampa. Cuando lo larga..... por algo será.

Otro de los sinsabores del coleccionista, es acompañar á algunas damas á tiendas de antigüedades. Las hay que todo lo revuelven, ponen al amigo en prensa, preguntan á voces si valen ó no los objetos, los ajustan y..... no los compran. A veces por hacerse de miel, se lo comen entre tan pesadas moscas y el moscardón del ropavejero, con el cual queda, por lo regular, reñido.

El coleccionista siempre sale perdiendo. Le preguntaron á uno:—¿Qué vale esta pintura?—*No soy inteligente.* Como

los asuntos religiosos no están de moda, dudo den por ella 50 duros.—¿Y esos retratos de Carlos II y su mujer, originales de Carreño?—Creo que son copias. Sacará V. por las dos 25 duros. El dueño de los cuadros dijo al coleccionista:—Tiene V. razón; *no es V. inteligente.* Si el aficionado hubiera, contra su opinión, encarecido el mérito de las pinturas, como deseaban venderlas y no podrían, también pasara por pollino.

Hay en el ejército quien no tolera á un inferior en graduación sepa más, aunque sea en materias no relacionadas con la milicia. Un coleccionista quiso convencer á otro de empleo superior, que el retrato que éste suponía del Empecinado, era del cura Tapia. Le enseñó una estampa del último y varios retratos de aquel famoso guerrillero. En lugar de confesarse vencido, replicó:—Lo he dicho yo, y basta. Sobraba para conocer su finura.

No place á los que ejercen una carrera ú oficio, que los extraños, por afición se dediquen á ella, como sucedía á los ofi-

ciales del ejército con los de la Milicia ciudadana. Un veterano apasionado por lo antiguo, exclamó al ver en el Museo arqueológico la cabeza de Budha:—Esa la teníamos en la Biblioteca nacional.—La teníamos, la teníamos; ¿qué era V. en la Biblioteca? le preguntó bruscamente un empleado del referido Museo.—Visitante, contestó en igual tono, añadiendo á su vez:—Cuando la guerra de Africa, aunque no saliera V. de Madrid, pudo repetir mil veces con razón:—Hemos tomado á Tetuán. Yo digo con la misma, que teníamos esa cabeza en la Biblioteca. Como ésta es de la Nación, me pertenece por ser español una diecisietemillonésima parte.

Durante el cólera de 1885, un *sablacista* detuvo en la calle á un numismático con el pretexto de enseñarle un ochavo roñoso. Después, para probar al coleccionista que estaba enfermo, se empeñó en que le mirase su asquerosa lengua.—No entiendo de eso, dijo el aficionado á lo antiguo y echó á correr; pero como el otro le seguía con la boca abierta, se pa-

ró y soltó los cuartos por no llamar la atención.

También el coleccionista recibe sablazos en su propia casa. Le ofrecen una alhaja arqueológica *superferolítica*, que se halla á mil leguas de distancia, en un pueblo que no pueden nombrar, y que le traerán si anticipa, nada en comparación de lo que vale: un par de miles de reales. Si el aficionado á vejeces abre la bolsa..... no vuelve á echar la vista encima al esgrimidor, tomador ó burlador y mucho menos al dinero.

El que reune á fuerza de paciencia, estudio y dinero un monetario, sufre al saber que goza fama de estrambótico porque convierte el oro en cobre. Lo mismo sucede al coleccionista de armas. Le cuestan un caudal, y además de que los amigos rompen alguna hoja de espada probando el temple, al ausentarse exclaman: —¡Qué bárbaro! gasta el dinero en asadores. Su casa es una caldererería.

Otro de los inconvenientes de los coleccionistas es que las gentes crean que todo lo adquieren por poco más de nada.

Si se dice que han vendido un cachivache, aunque sea para comprar otro mejor, murmuran y les llaman mercachifles más ó menos decentes, según la envidia que el no saber ó poder hacerlo inspira. El verdadero coleccionista necesita comprar, vender y cambiar. Un numismático, v. gr., paga una peseta por un gran bronce de Nerón tan mal conservado, como de condición era el tal Emperador de carne y hueso. Se pone aquél más alegre que unas pascuas. Adquiere después por 5, otra moneda romana igual, mejor conservada, y pasado algún tiempo, una tercera del feroz hijo de Agripina, con el mismo reverso que las anteriores, pero que es flor de cuño, y de patina verde, por la que suelta 25 pesetas. Debe vender ó cambiar los dos primeros Nerones. ¿Los ha de tirar? Pues lo mismo sucede á todo coleccionista, según el género á que se dedica.

A un coleccionista que rebuscaba por los puestos de hierro viejo del Rastro, hallándose parado junto á uno de ellos, le preguntó una vieja:—Maestro: ¿tiene

V. escarpias?—Sí, contestó mal humorado, para que V. se ahorque.—Vaya un genio que tiene el *maestro*, refunfuñó la bruja.

Las más veces es trabajo inútil enseñar las colecciones. Si son de monedas, para dar pruebas de sabiduría exclama algún zángano:—¡Ah! este duro es de Alfonso XII,—ó coge una medalla artística y la hace saltar sobre la mesa. Bárbara acción que hace también saltar las lágrimas al coleccionista. Si éste posee pinturas, alhajas y otras curiosidades, observa con dolor que no se fijan en tales *maravillas*, sino que hojean un álbum de retratos.—Pero señor, dice entre dientes el coleccionista mirando al cielo..... de su gabinete: ¡por qué no habrán ido estos majaderos ó majaderas al portal de una fotografía!

A un aficionado entusiasta por los objetos históricos le avisaron se vendían muchos y buenos. No había tiempo que perder ni menos dudar de su autenticidad. Al coleccionista se le hacía la boca agua y se le escapaban los pies en direc-

ción de tantas preciosidades. Repitiendo los versos de Fray Luis de León

»Acude, corre, vuela,
Traspasa el alta sierra, ocupa el llano,»

fué á ver tan ponderadas joyas históricas y se quedó hecho una estatua. Le enseñaron, entre otras cosas, un retrato de Cervantes del siglo XVII, copia moderna del que inventaron el XVIII; el de Carlos V, que se parecía al invicto Emperador como un huevo á una castaña; los de los hijos de Hernán-Cortés, con trages del siglo pasado, y las siguientes armas del conquistador de Méjico: un par de pistolas de chispa y un casco hecho de chapa de hierro con el escudo de los Borbones. En semejantes casos, el mísero coleccionista si calla revienta y si habla se expone á un lance desagradable.

Una prendera dijo tenía un retrato pintado por Rafael.—¿De qué personaje? preguntó un coleccionista pensando encontrar una ganga.—De Fernando VII, contestó. ¡Adiós esperanzas! El aficionado por poco se cae de espaldas.

Los coleccionistas toman grandes dis-

gustos por pequeñísimas cosas. Había uno que se enorgullecía de poseer la única espada de taza de pico, del siglo XVII. Vió otra igual en casa de un acicalador y se desesperó.—¡Ya existían dos tazas de pico en el mundo! Se informó, y le dijeron la había llevado allí el armero, á quien la dió para limpiar el coleccionista, y..... respiró. Era la suya.

Preguntaron á un coleccionista: ¿De qué época cree V. estos retratos?—Por los trages, de 1830, respondió.—Los pintaron el 29.—No saben nada; exclamó al oirlo uno de los que tienen manía á los maniáticos.

Si algún coleccionista, en lugar de otros vicios tiene el de las antigüedades, los maldicientes murmuran:—X no es rico y gasta.... ¡Oh! pues entónces.... A uno que callaba si poseía ó no bienes además de su sueldo, le preguntaron: ¿De dónde saca V. el dinero?—Lo robo; ¿no ha echado V. algo de menos? replicó.

Adquiera fama, sea ó no merecida, un coleccionista y le cayó la lotería. Le consultan gratis hasta los del Rastro. Si

acierta, no se lo agradecen, y si yerra, le ponen.... que ni con pinzas.

Un prendero de Barcelona enseñó varias medallas, cada una envuelta en un papel, y encima escrito su precio numismático, á un coleccionista forastero. Éste exclamó riéndose:—Conozco la letra, las medallas son imitadas, y mi antiguo colega, no recuerdo su nombre, se ha metido á falsificador. Uno que presenciaba la escena permaneció mudo. Al siguiente día preguntó el aficionado al ropavejero: —¿Quién era el de ayer?—El dueño de las medallas. Conoció V. la letra, pero no á él; ha engordado mucho. A no ser un ciudadano pacífico *pudo llegar la sangre al río.*

A un coleccionista abultaba mucho el bolsillo del gabán.—¿Qué lleva V. ahí? preguntó una señora.—Un gallo.—¿Vivo? —No, de plata.—A ver; ¡qué bonito *bibelot!* Lo necesito. Lo habrá V. comprado para...., es claro, á ella todo; á los demás nada. ¿Cuánto cuesta? Cédamelo V.

El aficionado pensó: »Adiós gallo, emblema de la vigilancia, me quedé sin él.

¡Yo que no lo cambiaría por el de la pasión, ni por un ejemplar de las insignias militares de los galos! Antes bebo la cicuta. Ella me indica el modo de salir del apuro.»—En efecto, replicó el del *quiquiriquí*; lo ha adivinado V. Es para la que supone.—Diga V. que no lo encontró. Soy capaz por él.... no le faltará á V. recompensa. Como era muy guapa, al coleccionista asaltó un mal pensamiento, sin que esto sea ofenderla. Luchó, dudó entre una mujer y un chisme inútil, y.... no soltó el maldito *bibelot*, como en gabacho llamaba la dama á su última adquisición. Además, temía con fundamento, tratándose de un gallo, quedar como el de Morón, sin plumas y cacareando.

Después de tan gran victoria, el pobre coleccionista sufrió nuevo ataque de otra señora; pero se valió de las armas que le suministró la primera, y echó por fin al gallo sano y salvo en el corral de su colección, donde ni canta ni come ni bebe, mas luce su argentífero plumaje.

Dudaba un aficionado á las antiguallas si comprar ó no dos cabezadas con borlas

de seda que habrían servido á los cuadrúpedos de un coche de colleras en tiempo de Carlos IV, cuando la ropavejera le dijo:—Llévelas V.; *le vendrán muy bien.* Muchos coleccionistas se pueden aplicar el epigrama.

CAPÍTULO XI

COLECCIONISTAS VIVOS Y DIFUNTOS

EL soldado viejo (nos carga nombrarle tanto) fué muchos años en
az y en guerra Capitán de blanquillos,
omo llamaban á los soldados de infan-
ría por el color del uniforme en el siglo
asado, y según previene la Ordenanza,
levaba el Alta y Baja de los de su com-
añia. Desde que ingresó en la *Orden* de
ficionados á las antigüedades, verifica lo
ismo con los coleccionistas vivos, to-
ando nota de los difuntos. Para que los
rimeros figuren á continuación han de
r españoles (no hay más que una ex-

cepción), amigos del referido soldado, y que éste conozca sus colecciones, haciendo también gracia de la última circunstancia á otro que no quiere enseñar la suya á nadie.

Exigencias del epígrafe obligan á relacionar antes los vivos que los muertos, por lo cual rogamos á éstos nos perdonen.

COLECCIONISTAS VIVOS

Infanta de España, Doña Paz de Borbón. —Medallas artísticas y monedas antiguas. (Munich.)

Duquesa de Fernán Núñez.—Abanicos. Su palacio encierra preciosos objetos de arte.

Duquesa de Alba.— Interesantes autógrafos y abanicos. El palacio de Liria es un museo de pinturas y tapices.

Duquesa viuda de Bailén.—Abanicos. Posee la mejor galería de cuadros españoles contemporáneos.

Condesa de Valencia de D. Juan.— Abanicos.

Condesa de Santiago.—Retratos al óleo.

Doña Emilia Gayangos de Riaño.—Porcelana antigua.

Marqués de Viana.—Armas, muebles y pinturas.

Marqués de la Puente.—Obras artísticas antiguas y modernas.

Conde de Valencia de D. Juan.—Porcelanas, vidrios, espadas, muebles, etc., etc.

D. Isidoro de Urzai.—Cuadros, esmaltes, etc.

D. Guillermo Osma.—Cerámica española.

Conde de Superunda.—Loza de Talavera.

Marqués de Arcicollar.—Relojes antiguos de bolsillo, plata holandesa, porcelanas, etcétera, etc.

D. Rafael Ferraz.—Relojes de pared y sobremesa, antiguos y modernos.

D. Emilio Castelar.—Libros y obras de arte.

D. Antonio Cánovas.—Objetos artísticos y libros.

Marqués de la Coquilla.—Azulejos con escudos de armas.

Marqués de Casa-Mena.—Lo mismo.

D. Mariano Díaz.—Obras artísticas, antiguas y modernas.

Marqués de Flores Dávila.—Cuadros y porcelana.

Marqués de Heredia.—Cuadros y armas.

D. Isidoro Fernández y Flórez.—Obras de arte.

Marqués de San Carlos.—Pinturas, muebles antiguos y tapices.

D. Manuel Rico y Sinovas.—Tijeras de escritorio, tapas de libros, mapas, planos, etc.

Marqués de Castrillo.—Objetos antiguos de plata, armas, etc.

General D. José de Arteche.—Libros y documentos que se refieren á la guerra de la Independencia.

Marqués de Cerralbo.—Pinturas, grabados, armas, medallas, sellos, etc.

D. Francisco de Uhagón.—Libros, folletos y papeles publicados en España acerca de la caza, gineta y toros.

D. Francisco Codera.—Monedas árabes.

Dr. D. Rafael Cervera.—Monedas visigodas y antiguas españolas.

D. Pablo Bosch y Barrau.—Medallas artísticas.

Vizconde de Aliatar.—Retratos.

Capitán de navío D. Cesáreo Fernández Duro.—Estampas de asuntos marítimos.

D. Antonio Rodríguez Villa.—Retratos grabados, litografiados, etc.

D. José Esperanza.—Literatura musical y villancicos.

Maestro Barbieri.—Libros de música y baile.

D. Cristóbal Férriz.—Estampas.

Contador de navío D. Adolfo Herrera.—Libros de numismática.

D. Luis García Martín.—Todos los números del periódico *La Correspondencia de España.*

D. Celestino Pujol.—Monedas ibéricas.

Coronel de Caballería D. Luis de Ezpeleta.—Objetos de arte antiguo y moderno.

D. Miguel Tenorio, Coronel retirado.— Colecciona monedas antiguas, armas, estampas, ejemplares de historia natural, etc., etc.

D. Enrique de Leguina.—Libros de esgrima.

Capitán de Infantería de Marina D. Teodoro Nogues.—Armas, enseñas militares y modelos de artillería.

(Madrid.)

Mr. Aloïss Heiss.—Monedas, medallas, libros y objetos de arte.

(París.) (1)

---

(1) Aunque extranjero, á Mr. Aloïss Heiss sobran méritos para ser incluído entre los coleccionistas españoles. En castellano ha publicado *Descripción general de las monedas hispano-cristianas desde la invasión de los árabes*. Tres tomos en 4.° con 206 láminas y 25 retratos grabados en acero, y varios artículos sobre numismática española, en el mismo idioma. En francés, *Descripción general de las monedas antiguas de España*. Un tomo en 4.° con 68 láminas y numerosos grabados en el texto. *Descripción general de las monedas de los reyes visigodos españoles,* con 13 láminas, etc., etc.

Actualmente tiene en prensa *Monedas de los suevos*, y otra obra monumental, titulada *Carlos V y su tiempo,* que constará de dos tomos en folio, con más de 1.200 grabados.

La excepción se justifica. Mr. Heiss es de los pocos franceses que saben juzgar á España. Su clarísimo talento, vasta instrucción y gran laboriosidad, los ha consagrado en su mayor parte á la numismática, historia y artes españolas. Además, contribuyó poderosamente á desarrollar la afición á la Arqueología, dedica-

D. Manuel Vidal Ramón.—Posee la más rica y numerosa colección numismática que hay en España.

(Barcelona.)

D. Francisco Zapater y Gómez.—Libros y documentos referentes á la historia de Aragón, y á las islas Filipinas.

D. Pablo Gil.—Monedas antiguas.

D. José Barril.—Monedas ibéricas.

D. Sebastián Monserrat.—Monedas, libros y objetos de arte.

(Zaragoza.)

Canónigo D. Francisco Albericio.—Monedas antiguas.

(Tarazona de Aragón.)

D. José de Llano.—Monedas y medallas.

D. Francisco Caballero Infante.—Monedas hispano-arábigas.

(Valencia.)

---

do á la cual y al oficio de soldado, se consume la **existencia** del que da á luz este librejo.

Refería dicho señor con mucha gracia en 1859: «Cuando atravesé el Pirineo, tenía la convicción de que todas las españolas fumaban. Llevaba un año en Tortosa y aún no había visto á ninguna que lo hiciera. Calculé se ocultarían de los extranjeros. Por fin divisé á lo lejos un día en la calle á una mujer con el cigarro en la boca. Corrí tras ella, la alcancé y..... era francesa.»

R. P. Fr. Francisco María Saco, provincial de franciscanos.—Libros en varios idiomas, acerca del imperio de Marruecos.

Arcediano D. Manuel Sánchez Arteaga.—Libros y monedas.

(Orense.)

Los coleccionistas vivos que no son amigos del soldado viejo y éste, quedan en la presente ocasión sin ver sus nombres en letras de molde. Les tendrá sin cuidado. También á él.

COLECCIONISTAS DIFUNTOS

D. Alfonso V de Aragón † 1450.—Protegió artes y letras; hay con su busto magníficas medallas; en sus campañas de Italia llevaba el monetario, y decía: «Que todo era burla, sino leña seca para quemar, caballo viejo para cabalgar, vino añejo para beber, amigos ancianos para conversar y libros viejos para leer.»

D. Íñigo López de Mendoza, Marqués de Santillana † 1458.—Militar y poeta; reunió una gran biblioteca, que se quemó en el palacio del Infantado de Guadalajara.

D. Fernando Colón, hijo del descubridor † 1539.—Legó á su sobrino D. Luis más de 20.000 volúmenes de impresos y manuscritos,

que éste cedió á la catedral de Sevilla. Existen en la Biblioteca Colombina.

Carlos I † 1558.—Su magnífica armería y el no dejarse retratar sino de Ticiano, prueban el buen gusto del Emperador. El Obispo D. Antonio de Guevara escribió: Que el gran Carlos V coleccionaba medallas.

D. Fernando de Aragón, Duque de Calabria † 1559.—Poseía armas, joyas y otros objetos de arte. En 1550 legó su biblioteca al monasterio de San Miguel de los Reyes de Valencia. Estuvo casado con Doña Germana, viuda de Fernando el Católico.

D. Beltrán de la Cueva, Duque de Alburquerque † 1559.—Poseía en Cuéllar, según inventario, entre otras cosas: Una *antepuerta* (á la francesa *portier*) de estofa rica, una *alhombra* (alfombra) de Alcaráz, 12 paños de lampazos ó follajes, 10 *guardamecíes* (cueros), 8 *bernegales* (jarros), 48 *cuchares*, etc. La mayor parte de la plata estaba dorada y relevada (repujada, como llaman en mal español). Tenía una espada ancha de puño de cuerno, con la que dieron la cuchillada al Rey Católico. Tasóse en un ducado.

D. Felipe de Guevara, gentilhombre del Emperador † 1563.—Militar, coleccionista de antigüedades y autor de los *Comentarios de la pintura*.

Diego Hurtado de Mendoza † 1575.—Militar, Embajador, Consejero, autor de *El lazari-*

llo de Tormes y de la *Guerra y sublevación de los moriscos*. Reunió códices griegos, muchos árabes y monedas, que regaló á Felipe II.

Juan Ginés de Sepúlveda † 1579.—Gran escritor y anticuario. Opinaba era justa la conquista de los indios, porque la materia se sujeta á la forma, el cuerpo al alma, el apetito á la razón y lo peor á lo mejor. Le impugnó Las Casas por despecho, no por caridad.

Jerónimo de Zurita † 1580.—Autor de los *Anales de Aragón* desde García Jiménez á Fernando el Católico. Los escribió en treinta años. Legó al monasterio de Aula Dei su rica colección de manuscritos, libros, medallas y objetos preciosos; parte se trasladó á Madrid y algo queda en el Escorial.

D. Martín de Aragón, Duque de Villahermosa † 1581.—Fué militar, escritor, poeta, arqueólogo; tenía un museo de medallas y preciosidades artísticas.

D. Antonio Agustín † 1586.—Aragonés, Vicecanciller de Carlos V, Arzobispo de Tarragona. Julio II lo envió de Legado á Inglaterra; brilló en el Concilio de Trento y es el primer español que escribió de numismática.

El maestro Ambrosio de Morales † 1591.—Reunió códices, escribió de arqueología y concluyó la *Crónica general de España*.

Felipe II † 1598.—Calumniado por sus envidiosos enemigos, ninguno le igualó en el oficio

de rey. Al mismo tiempo que escribía por sí instrucciones á sus embajadores, ordenaba los más pequeños detalles de la fábrica del Escorial, y prohibía que los jóvenes rondasen á las meninas de las Infantas. Tesoros artísticos dejó en sus palacios; fué gran coleccionista.

El P. Josef de Sigüenza † 1606.—Músico, dibujante, poeta, predicador, militar, historiador de la Orden de San Gerónimo, organizó la Biblioteca del Escorial, dirigió á pintores, escultores y fué consultor de Felipe II. Se completaban el Rey y el fraile para coleccionar preciosidades en el monasterio de San Lorenzo.

Doña Catalina Vélez Ladrón de Guevara, Condesa de Oñate † 1607.—Adquirió la numerosa colección de búcaros de Méjico que la última Condesa legó en 1884 al Museo arqueológico.

Pablo de Céspedes † 1608.—Escultor, pintor, poeta y coleccionista.

D. Diego Sarmiento de Acuña, Conde de Gondomar † 1626.—Formó en Valladolid una escogida biblioteca. De él dice un historiador inglés: »Su política era tanto más profunda y peligrosa, cuanto más encubierta iba siempre con la máscara de la jovialidad y de la burla.»

D. Fernando Afán de Ribera y Enríquez, Duque de Alcalá † 1637.—Reunió 40 to-

mos de escrituras y privilegios, formó en Sevilla una gran biblioteca, coleccionó antigüedades, fué pintor, Capitán general, Virrey y Embajador. En el siglo XVIII trajeron á Madrid la colección al palacio de Medinaceli.

Francisco Pacheco † 1654.—Pintor, escultor y poeta. Retrató á las celebridades de su época al lápiz, cuyas imágenes há poco se han reproducido.

Felipe IV † 1665.—Aumentó las joyas artísticas de sus palacios, protegió al gran Velázquez, se metió á coplero, y perdió á Portugal.

El licenciado Bernardo de Cabrera † 1676. —Clérigo, literato, arqueólogo; coleccionó lápidas, monedas y libros.

D. Nicolás Antonio † 1684.—Clérigo y Caballero de Santiago. La *Biblioteca de autores españoles* desde Augusto á 1670 se debe á tan sabio coleccionista.

Marqués de Leganes †   .—Entre los 1.333 cuadros que poseía en 1655, eran 5 de Rafael, 24 de Ticiano, 7 de Velázquez, 35 de Rubens, 14 de Vandik, 4 de Durero, 1 de Holbein, 67 de Sneider y 16 de Ribera.

D. Vicentio Juan de Lastanosa † 1684.—Autor del *Tratado de la moneda jaquesa y de otras de oro y plata del reino de Aragón*, y coleccionista de antigüedades. Parte de ellas y muchos códices regaló á la Diputación del reino de Aragón. Su casa en Huesca era un museo.

Duque de Medina de Rioseco, Almirante de Castilla † 1705.—Dejó al convento de San Pascual de Madrid, que fundó, sus cuadros. De ellos 3 Vandik, 1 Ticiano, 3 Verones, 1 Guido, 1 Vinci y 14 de Ribera.

D. Melchor de Macanaz † 1760.—Ministro, Embajador, de asombrosa memoria, dejó á la Biblioteca Real más de 200 volúmenes de sus escritos; de sus libros, los que no tuviera ésta.

El P. Andrés Marcos Burriel, jesuita † 1762.—Recogió documentos de historia civil, eclesiástica y de liturgia. En 1752 habia reunido más de 2.000.

Doña Isabel Farnesio, segunda mujer de Felipe V † 1766.—Formó una rica galería de pinturas y coleccionó 1.633 abanicos.

D. Joseph Luis Velázquez, Marqués de Valdeflores † 1772.—Reunió monedas y es autor del *Ensayo sobre los alphabetos de las letras desconocidas que se encuentran en las más antiguas medallas y monumentos de España.*

El P. M. Fr. Martín Sarmiento, benedictino † 1772.—Coleccionó monedas y escribió sobre arqueologia.

El R. P. M. Fr. Henrique Flórez, agustiniano † 1773.—Historiador y arqueólogo. En su obra *Medallas de las colonias, municipios y pueblos antiguos de España*, cita á treinta y seis coleccionistas de monedas (entre ellos una señora), que se las prestaron

para su obra. Vinculó su museo en San Felipe el Real de Madrid.

D. Zenón Somodevilla, Marqués de la Ensenada † 1781.—Reorganizó la Marina en el reinado de Fernando VI, coleccionó pinturas, porcelanas, alhajas, etc.

D. Gabriel de Borbón, Infante de España † 1788.—Tradujo á Salustio, cuya edición es una joya tipográfica. Su gabinete de Medallas pasó á la Biblioteca Real.

El canónigo Turmo † 1788.—Reunió en Zaragoza gran cantidad de preciosos manuscritos.

D. Francisco Pérez Bayer, arcediano de Valencia † 1794.—Coleccionó toda clase de antigüedades, y publicó con gran lujo *Numarum hebræ samaritanorum vindiciæ.*

D. José Cornide † 1803.—Secretario de la Academia de la Historia, arqueólogo, escritor; cedió á la referida Academia monedas y medallas.

D. Nicolás de Azara, Marqués de Niviano † 1804.—Diplomático, arqueólogo, tan aragonés, que al apellido añadía *Celtiver*. Regaló al Rey su colección de bustos antiguos, que se hallan en el Museo del Prado.

El Cardenal Lorenzana, Arzobispo de Toledo † 1804.—Protegió las artes y reunió códices hebreos, caldeos, latinos, chinos y árabes.

Dr. D. Félix de Latasa, racionero de Men-

sa † 1805.—Coleccionó códices y libros, y publicó *Biblioteca de escritores aragoneses desde J. C. hasta el año* 1800.

D. Ignacio Pérez de Sarrio, Marqués de Algorfa † 1806.—Reunió en Alicante gran cantidad de medallas y otras antigüedades.

D. Antonio Valcárcel, Príncipe Pío de Saboya † 1808.—Siendo Conde de Lumiares, publicó varias obras sobre antigüedades; su monetario constaba de 12.000 piezas; coleccionó estampas y barros saguntinos.

D. Juan Bautista de Erro †   .—Publicó en 1806 *Alfabeto de la lengua primitiva de España*; coleccionó lápidas, monedas y otras antigüedades.

P. Fray Liciniano Sáez, benedictino † 1809. —Fué coleccionista de antigüedades, y escribió sobre el valor de las monedas de los Enriques III y IV de Castilla.

D. Melchor Gaspar de Jovellanos † 1811. —Su colección de obras de arte la dejó al Instituto de Gijón.

D. Juan Agustín Ceán Bermúdez † 1829.— Poseía más de 12.000 estampas. En su *Diccionario de profesores de bellas artes en España* cita 37 coleccionistas de pinturas, esculturas, dibujos, estampas, monedas, etc.

D. José García de la Torre †   .—Para la venta de sus 30.000 monedas antiguas, se imprimió un catálogo en 1852.

D. Manuel López Cepero, Deán de Sevi-

lla † 1851.—Formó una buena colección de pinturas.

D. Bartolomé José Gallardo † 1851.—Adquirió libros, odiaba á los afrancesados, y decía que de la lengua española á la francesa, había la diferencia que de un órgano á un chiflo de castrador. Escribía en los dos idiomas admirablemente.

D. Carlos Taranco † 1851.—Coleccionó retratos al óleo.

General D. Santiago Piñeiro † 1865.—Monedas. Siendo Director del Museo de Artillería, aumentó los objetos de 1.930 á más de 5.000.

D. Felipe Fourrat † .—Coleccionó en Valencia monedas y medallas.

D. Juan Falcó, Príncipe Pío de Saboya † 1873.—Pinturas, porcelanas y esmaltes.

Doña Ana d'Ada, Princesa Pío † 1874.—Coleccionó abanicos.

D. Sebastián de Borbón y Braganza, Infante de España † 1875.—Formó una hermosa galería de pinturas.

Contralmirante D. Miguel Lobo † 1876.—Monedas antiguas y ejemplares de historia natural.

D. Francisco Otín y Duaso † 1876.—Monedas antiguas.

D. Francisco Martorell y Peña † 1878.—Dejó sus colecciones de historia natural, arqueología, biblioteca y 125.000 pesetas para

fundar en Barcelona el museo que lleva su nombre. Fué un buen ciudadano.

D. Francisco Peris, Canónigo de Valencia † 1878.—Coleccionó, libros y obras artísticas.

D. Antonio Delgado † 1879.—Monedas antiguas y publicó *Nuevo método de clasificación de las medallas autónomas de España.*

D. Valentín Carderera † 1880.—Coleccionó millares de estampas, dibujos y libros; dispuso que vendiesen á bajo precio su magnífica galería de retratos, para que quedasen en España, y publicó la *Iconografía española.*

D. Alejandro Rivadeneyra † 1882.—Medallas y armas.

Conde de Adanero † 1882.—Formó una gran galería de pinturas.

D. Antonio Romero Ortiz † 1882.—Reunió toda clase de curiosidades.

D. Francisco Arroyo † 1882.—Comandante retirado. Coleccionista de estampas.

Marqués de Salamanca † 1883.—Sus colecciones de pinturas, esculturas, monedas, medallas, armas, muebles, etc., eran numerosas y ricas.

D. Fernando Alvarez † 1883. — Fué Ministro de la Corona, presidente del Congreso de Diputados, consecuente en política y con sus amigos y coleccionista de monedas antiguas.

Condesa de Campo Alange † 1883.—Coleccionó abanicos.

Conde de Santiago † 1883.—Armas y libros.

General D. Eduardo Fernández San Román † 1887.—Dejó á la Academia de la Historia su escogida biblioteca de libros y escritos militares.

D. José Argaiz † 1888.—Su colección de armas antiguas era la mejor y más numerosa que se ha formado en Madrid hasta ahora, en el presente siglo.

Marqués de Molins † 1889.—Caballero del Toisón, grande de España, escritor, diputado, senador, de las Academias Española, San Fernando, de la Historia y de la de Ciencias morales y políticas; fué varias veces Embajador y Ministro de la Corona; fomentó la marina de guerra en el reinado de Isabel II; tenía gran memoria, vasta instrucción, y coleccionaba libros, monedas antiguas y *Guías de Forasteros*.

CAPÍTULO XII

¿HUELGA?

Si los que han tenido calma para encajarse lo emborronado hasta aquí, opinan afirmativamente después de leído el presente capítulo, somos de su opinión. Si alguien encuentra analogía entre lo que en él exponemos y el descaro de meterse á retratista de traperos, ochaveros, cacharreros y otros entes parecidos, se lo agradecemos mucho, aunque en la materia nos hallemos á la altura del *gran* Orbaneja, »*al cual preguntándole lo que pintaba, respondió: lo que saliere.*» Para aumentar un capítulo al presente libro exis-

14

ten, no una, sino dos razones.... de pie de banco. Después de pasar la vida tomando apuntes con paciencia de pescador de caña y terquedad aragonesa, era muy duro arrojarlo todo sin ton ni son por la ventana. Además, al trazar el plan de esta portentosa obra, que por su influencia social y literaria *superará al Quijote* (1), bastaban XII capítulos, mas para que fueran XIII, número de nuestra predilección, por llevar la contraria á los que lo creen fatal, aumentamos uno. Al que no guste, lo salta, sin desear por ello le suceda lo que al ciego de *El lazarillo de Tormes*, que en otro salto se rompió la crisma contra un poste.

(1) Cervantes no puede competir en gloria militar con el autor. Al primero lo dejó manco un turco en la batalla de Lepanto (1571), de la cual dice Herrera

»Con profundo murmurio la victoria
Mayor celebra que jamás vió el cielo,»

y al segundo en la calle de la Libertad de Madrid (1854) dejó también manco un barricadero que se ocultaba *noblemente* detrás de una cortina; hazaña de asesino, que no ha cantado ningún poeta. Es lástima.

Otrosí: Tampoco queremos se nos pudra en el cuerpo lo que pensamos, sobre las Exposiciones de antigüedades, el timo que dió inconscientemente el cobarde Gobierno español de 1808 á S. A. I. el gran Duque de Berg y de Cleves (Murat), el placer de llamar salvajes á los que lo merecen, y otras lindezas que nos cuesta trabajo dejar en el buche.

Prosigamos el cuento.

Las Exposiciones de arte retrospectivo son útiles para conocer los tesoros que todavía se conservan, darles la importancia merecida, evitar su pérdida, satisfacer el amor propio de los poseedores y generalizar el buen gusto. En ellas no se deben presentar sólo las riquezas de una clase social, como en la celebrada en Madrid en 1881 para conmemorar el segundo centenario del poeta D. Pedro Calderón. Por exigir que cuanto se exhibiese perteneciera á los grandes de España, y no desechar lo que carecía de verdadero mérito artístico y arqueológico, resultó que se hallaban revueltos objetos magníficos, con chismes recién comprados en

prenderías, espadas de empuñadura de hierro fundido, cuya falsedad adivinaba el herrero más lerdo, vinagreras de plata troquelada y hasta unos llamadores modernos, de los cuales se burlaban diciendo que recientemente los habían arrancado de la *Puerta Otomana*.

Para tales Exposiciones debe servir de modelo la que en 1867 celebró la Academia de Bellas Artes de Barcelona. A ella contribuyeron todas las clases. En mes y medio la visitaron más de 30.000 personas, fueron 181 los expositores, 2.524 los objetos y 112 los que merecieron se reprodujeran en un álbum que servirá siempre de enseñanza á los amantes de la ciencia arqueológica. De la Exposición barcelonesa quedó memoria. De la madrileña ni catálogo.

A las Exposiciones extranjeras sólo deben llevarse primeras materias, productos de la agricultura, de la industria y de las artes contemporáneas. Nunca joyas que por su importancia histórica y mérito artístico halagan el orgullo nacional. Pueden perderse y siempre se de-

terioran. Jamás lo que existe en los museos ó pertenece á la corona. El Gobierno no tiene facultad para disponer de lo que es de todos. Que se celebre una Exposición universal en España (ya se ha visto en la de Barcelona); ¿á que no remiten nada del Louvre ó Kesington? Verificarlo nosotros es necedad, vanidad, ó peor, servil adulación. Es indispensable que una ley lo prohiba en absoluto. Quien desee conocer las riquezas de nuestros museos, que venga á visitarlos. A la Exposición de París en 1878 se remitió una armadura que el catálogo de la Armería Real de 1849 atribuye infundadamente á Cristóbal Colón. Nuestros vecinos transpirenaicos se rieron como si en la materia no les pudieran coger gazapos. Fué la única ventaja que obtuvimos.

Para los amantes de las glorias patrias que se enorgullecen recordándolas, para los artistas, coleccionistas y aficionados á lo bueno y antiguo, el 10 de Julio de 1884 fué un día nefasto. La noche anterior se quemó la Real Armería. Se atajó el fuego por los esfuerzos que hi-

cieron, desde Alfonso XII hasta el último soldado de la guardia de Palacio. Pena causaba ver destruído el más rico Museo militar de Europa. En cuanto los ropavejeros extranjeros lo supieron, recordando lo que sucedió en las Tullerías en 1830, 48 y 70, telegrafiaron preguntando si se vendía lo mucho que habrían sustraído. Ni una hilacha se robó. Turbas desarrapadas, en 1868, custodiaron varios meses las preciosidades que encierra el palacio Real, y en 1873 entraron á buscar armas en el Museo Arqueológico. En ninguna de las tres ocasiones faltó un clavo. Al contrario; con el incendio de la citada Armería se aumentaron los objetos y mejoró uno. Aparecieron en un hueco del edificio, varias piezas, cuya existencia se ignoraba, y ganó la armadura portuguesa de Felipe II, al derretirse la pintura que cegaba su artística labor.

Un periódico parisién dió noticias de la catástrofe mencionada, diciendo, entre otros desatinos, que la Armería se halla custodiada por el clero, que hay *Chanoi-*

nes encargados de *velar las armas*, que todas las semanas el Rey y *los infantes* celebran un torneo, calzándose los grandes de España la *loriga* del *Empechinado*, y que se deploraba la desaparición *del estoque que perteneció al gran Spada Cucharravias.* Lo que ignoraría seguramente el que escribió tan estúpidas bufonadas, es que existe en la Armería el estoque que Francisco I rindió á los españoles en la batalla de Pavía.

Napoleón I engañó al imbécil Carlos IV y al torpe valido Godoy; las tropas francesas, con el solapado pretexto de ir á Portugal, ocuparon á Madrid y las principales plazas de España. El sanguinario Murat que las mandaba, manifestó deseos de que le dieran la espada del rey de Francia. Serviles aduladores se la entregaron con bochornosa ostentación el 31 de Marzo de 1808. Sin quererlo ni saberlo, llevaron al procónsul de Bonaparte la espada que los españoles cogieron en el equipaje de Francisco I, no el estoque con que peleó en Pavía. En la *Floresta de*

varios romances, describiendo dicha batalla, se lee:

»El triste rey, que se vió
roto y tan desamparado
intentaba de salvarse;
mas su intento fué excusado,
que luego fué conocido,
los soldados le rodean
del *estoque* se ha ayudado.»

Se halla en el Archivo de Simancas con el núm. 380 el privilegio de nobleza concedido á Diego de Avila en 1526, donde se expresa que en Toledo en 1525 (el mismo año de la batalla de Pavía), entregó á Carlos V el *estoque* y manopla que le dió Francisco I al rendirse, *é quedaron en mi cámara*, dice el citado privilegio. En el álbum del siglo XVI que se conserva en el palacio Real, como ya manifestamos, figuran pintados los objetos que formaban la armería del Emperador, y entre ellos, el *estoque*, manopla y puñal que fueron del Rey Francisco, según se lee en el álbum mencionado. Las tres piezas históricas existen actualmente en la Real Armería. Luego la es-

pada que se llevó Murat era la que los españoles cogieron en el equipaje del rey de Francia, ó sea la que le hubiera servido para solemnizar el triunfo si lo alcanzara, no el *estoque*, con el que no pudo conseguirlo. Preguntó un francés en París desdeñosamente á un español:—¿Qué se puede ver en Madrid?—La Armería Real, el Museo del Prado, las mujeres, los soldados y la Torre de los Lujanes—contestó.

Como el móvil principal de la inmensa mayoría de los que se meten á revolucionarios, es ocupar los empleos que otros desempeñan, en 1868 colocaron en la Real Armería á uno por el mérito de haberlo sido. Éste robó unos estribos moriscos de plata y la única espada falsa que había en el referido Museo. Vendió el *asador* á un aficionado por 40 duros. ¡Hizo gran negocio el comprador! Perdió el dinero y el *serrucho*, que el Juez reclamó después de meter al ladrón en la cárcel. Fueron las únicas piezas que sustrajeron, lo cual, con lo antes relatado, prueba la honradez del pueblo español.

La aristocracia antigua camina á desaparecer. Los que á ella pertenecen, en lugar de influir en la gobernación del Estado, consagrándose á la milicia, la diplomacia y la política, ó bien á crear establecimientos agrícolas é industriales, ni siquera visitan sus fincas, cuando una parte del año debían vivir en ellas. Por rivalizar en lujo, gastan más que tienen, se arruinan, y sus propiedades pasan á manos de administradores ó logreros. No hay Don sin din, y hacen triste papel en sociedad los títulos pobres.

Los que exclaman:—En España no se sabe hacer nada, estamos atrasadísimos, se equivocan completamente; pero si todo se envía á buscar en el extranjero, los artistas españoles desaparecerán y nadie querrá serlo. Los que disfrutan las rentas de un país, en él deben invertirlas. De lo contrario, lo empobrecen y son sus peores enemigos.

Se dirá que cada cual tiene derecho á hacer lo que quiera de su dinero. También de su vida, y el suicidio lo prohiben y castigan las leyes humanas y divinas.

No hay duda que uno puede pegar fuego á su casa y jugarse cuanto tiene, pero falta á Dios y á su patria. Ésta es más rica cuanto es mayor el número de habitantes en buena posición social. El que no se interesa por ella es egoista ó malvado. Dejémonos de filosofías, para lo cual declaramos no nos da el naipe.

En el siglo XVIII se comenzó á sustituir la talla en los marcos con la pasta. A ésta, que es mala, reemplaza á toda prisa la moldura alemana, que es peor. Una engañifa, que parece y no es dorada, sino plateada y barnizada. Los marcos lisos ó tallados antiguos, se doran de nuevo y siempre valen. En objetos de lujo, lo barato es caro y cursi. La limpieza es el mejor adorno de la morada del pobre. El rico no debe olvidar que en artes, con el tiempo lo bueno aumenta de precio, lo mediano pierde y lo malo siempre es malo.

La vanidad de los necios enriquece á los que no lo son. Al primer grupo pertenecen los que compran objetos de plata hechos á troquel y rellenos de pez. Se

rompen y no pueden soldarse. Los cuchillos son carísimos á dos pesetas. Tienen unos diez céntimos de plata.

Los artistas deben retratar la época en que viven, como han hecho los grandes maestros. A la obervación de que los trajes contemporáneos no son pictóricos, cabe contestar que el talento vence las dificultades y que Velázquez poetizó á monstruosos enanos. Va pasando la moda de los cuadros donde no se veían sino pelucas y casacones. Hubo Apeles que á fuerza de pintar majas, llegó á pintar..... majaderías.

Inmensos tesoros artísticos desaparecieron durante la guerra de la Independencia y en nuestras luchas civiles; pero más se han perdido por la manera brutal de suprimir los conventos, la incuria de los Gobiernos, la poca ilustración del clero, falta de gusto en los particulares y codicia de los especuladores.

Además de la Ley I, Título XIX, libro VIII de la Novísima Recopilación creando un museo arqueológico en la Biblioteca Real; del decreto de la Repú-

blica en 1873 prohibiendo la vandálica destrucción de monumentos; la Real orden de 1883 nombrando una comisión que presente las bases de una ley de conservación de antigüedades, se han dictado varias disposiciones con tan laudable fin, pero sin fruto alguno. Ilustradísimos Obispos han prevenido al clero, que con arreglo á cánones, no pueden ceder, enajenar, ni permutar lo que ha servido al culto, y que lo inútil sea restaurado por personas competentes. La devastación continúa. Sigue la compra y venta de magníficos ornamentos sagrados, que por su riqueza han debido pertenecer, no á humildes iglesias, sino á suntuosas catedrales. Con casullas, frontales y palios, aunque haya en ellos bordados, santos ó los monogramas de Jesús y de la Virgen, tapizan sus gabinetes las rameras. Los cálices, custodias y navetas se convierten en lámparas, sortijeros y ceniceros. Ya no los llevan á las colecciones y museos. También la desvinculación y el depravado gusto del primer tercio del siglo actual han con-

tribuído á destruir infinitas obras de arte.

Algo, aunque no tanto como debía, evitó la destrucción de antiguas preciosidades crear el Museo Arqueológico en 1867; pero con la Dirección de éste se ha premiado á políticos y poetas, tan aptos generalmente para desempeñarla, como si á una monja la nombraran Coronel de un regimiento de Caballería. Lo que se paga al mucho personal que sobra en el referido establecimiento pudiera gastarse en material y en comprar las joyas de todo género que continuamente salen de España para el extranjero.

Quien destruye las obras del ingenio humano es un bárbaro. Pertenecen al género salvaje, entre otros muchos, los que arrancan para coleccionarlos retratos y portadas de libros; los que se llevan, como recuerdo, pedazos de los monumentos que visitan; los que destruyen obras artísticas porque representan ideas, en religión ó política, contrarias á las suyas, y los incendiarios (que la Iglesia con dificultad perdona), ya sean como el kalifa Omar,

quemando la biblioteca de Alejandría, ó como los que en España pegaron fuego á los conventos, ó aquellos que en París incendiaron las Tullerías. Salvaje era el que raspó el título de un libro porque decía: "Historia de Carlos V," creyendo se trataba del pretendiente D. Carlos María Isidro; quien borró un retrato de Fernando VII pintado por Goya, y el que propuso en 1868 destruir el palacio Real de Madrid.

Salvajada y media fué enajenar la magnífica biblioteca de Guadalupe por doce mil reales, cuando el llevarla desde el monasterio á Trujillo costó veinte mil. ¡Si serían salvajes los que en 1842 vendieron á catorce reales la arroba de madera tallada, de los magníficos retablos que quemaron por sacar el oro, y pertenecieron á los famosos monasterios de Veruela y Piedra, en Aragón!

Muchos hay que se consideran civilizadísimos porque van periódicamente, cual aves de paso, fuera de España. No conocen las bellezas que ésta conserva, ni se les ocurre, viviendo en Madrid, ir y

venir, como pueden en un día, al Escorial, Toledo y Alcalá, que tantas y tantas preciosidades artísticas encierran. Prefieren á gastar el dinero en su país, derrocharlo en tierra extraña, y que los extranjeros se rían de ellos con razón, juzgándolos tontos de capirote. Gentes hay, que por seguir la estúpida moda de abandonar su casa todos los años en verano, lo pasan peor que en ella y llegan á no tener donde cobijarse. El colmo de la necedad.

CAPÍTULO XIII

AQUÍ DA FIN

Dolorosa impresión producen las almonedas por fallecimiento, y más aún si el difunto no tenía quien de veras le quisiera. Se venden prendas de uso íntimo que nada valen, y recuerdos que sólo el amor aprecia. Si un coleccionista muere, como los herederos generalmente no participan de sus gustos, en un momento se dispersan objetos que han costado muchos años de adquirir, y quizás á fuerza de trabajo, desvelos y privaciones.

Los que no tienen hijos deben legar sus colecciones al Estado ó al Municipio,

para enriquecer los museos ó formarlos nuevamente, como dijimos verificó Don Francisco Martorell, y la última Condesa de Oñate. En 1889, la actual Duquesa de Pastrana ha cedido su rica colección de pinturas al Museo del Prado; pero debiendo poner en los salones donde se colocara, su nombre y el de su difunto esposo. Así se ha hecho.

De lo poco notable y útil que hizo Fernando VII en su calamitoso reinado, fué crear el Real Museo de pintura y escultura, llamado después del Prado, con los cuadros y estatuas que poseía en sus palacios. Aunque la idea la sugiriera su segunda mujer, Isabel de Braganza, á dicho monarca ó á la Corona pertenecían los tesoros que reunió en un solo edificio. A cada cual lo suyo. Siempre que alguien regala objetos valiosos á los establecimientos públicos, es justo, como recompensa y estímulo para que otros imiten tan laudable acto, poner en todos aquéllos el nombre del que los dió. A los particulares es más hacedero formar las colecciones que á los Gobiernos; pero éstos,

para que las joyas históricas ó artísticas no salgan de la Nación, deben comprarlas si no pueden adquirirlas de modo más ventajoso. Generalmente sucede con las obras artísticas, tanto modernas como antiguas, que al morir quien las ha reunido, si las heredan primos ó sobrinos y aun hermanos, no lo dirán por el bien parecer; pero de seguro piensan:—¡Qué majadero de pariente! Cuánto mejor fuera dejarnos dinero ó fincas que estos cachivaches que de nada sirven. Es, por regla general, la única oración que rezan por el alma del difunto.

También desaparecen las colecciones cuando los aficionados son de poca instrucción, menos alcances intelectuales y escasos recursos pecuniarios; decidiéndose á vender en vida lo que consideran como maravillas estupendas, las ponen precio aunque las juzguen inapreciables, y se dirigen para que se las compren á personajes aficionados ó á negociantes en antigüedades, advirtiendo que las darán por la centésima parte de lo que suponen valer, y á veces no valen la millonésima

parte de lo que piden. Dirigen circulares ó cartas por el estilo de las que copiamos algunos fragmentos:

»Excmo. Sr.: Pongo á disposición de V. E. un llamador de hierro blanquecino debajo de un escudo. Se han remitido artículos y dibujos á una sociedad científica extranjera, que los ha acogido favorablemente. Lo daría por la insignificante cantidad de 640 reales.—Un águila romana de bronce con patina de color de chocolate. En lugar de cola tiene una matrona con gorro frigio. Fué mango de espada ó pujavante, anterior á la Era Cristiana, etc., etc. No soy comerciante en antigüedades. Me hallo soltero, anciano, muy delicado de salud y con pocos recursos.»

»Señor: Doy en el acto toda mi colección de pinturas originales á quien atienda mis pequeñas necesidades, *para comer hoy mi vejez concluyente.*»

»Sr. D. Fulano: Tengo una prenda que á mi *pareser* es de lo más raro; un estuche de *yerro*, y en la tapa una porción del veneno mortal que untaban las flechas ó dardos, cuyo depósito á mi *pareser* está

lleno; pero no lo he abierto por la *importansia* que para mí tiene dicho objeto ó *sicuta* (cicuta) mortal.» Añadía; que para las antigüedades se necesita saber paleografía *sobre pergaminos*, necrología, mucha abnegación para viajar por las montañas y casas solariegas, y continúa: »Porque allí *si* encuentran conventos y si no están allí se guardan cosas *presiosas*. Cuando venga *en esa* daré más *explicasiones*.» Basta con las expresadas para saber que era catalán, y no se parecía al filósofo Balmes.

Se concluyen las colecciones por aburrimiento de no poder completarlas, por envidia al ver otras mejores, por forzoso cambio de residencia, por el amor propio herido al ser engañado repetidas veces, por dedicarse y sobresalir en un solo género, que es lo mejor, más prudente y útil, ó porque en la vejez todo cansa, ó se calcula, que la familia preferirá á los objetos su valor.

Los que se han arruinado ó caído en la miseria muriéndose antes de deshacerse de lo que sólo obtienen el placer de po-

seerlo y contemplarlo, como los que se han privado de lo necesario para vivir mejor por la pasión de adquirir (los hay), deben considerarse como héroes entre los coleccionistas.

No es difícil, al ver enajenar una colección, adivinar los gustos del finado, su profesión, los puntos que calzaba de inteligencia, y hasta sus ideas políticas. Si abundasen los objetos y asuntos históricos, patriota á lo 1808; si llenaba la casa de chismes feos y ridículos, el difunto acaparaba por manía, primer síntoma de locura; si tenía en sitio preferente retratos de Muñoz Torrero, Argüelles, y sobre todo, de Espartero, fué progresista *consecuente* y de seguro jugó á los soldados en tres diferentes épocas. Los progresistas, y los carlistas que lo fueron por sus ideas religiosas, han sido los más honrados de los políticos españoles. Echarles un galgo.

En las colecciones de los marinos se encuentran instrumentos náuticos y ejemplares de historia natural; en las de los militares del ejército de tierra, armas de todas clases, y en las que forman los clé-

rigos, asuntos de devoción. Las señoras, es natural que reunan abanicos. Si alguno del sexo masculino los compra, es para regalarlos ó especular con ellos.

Cuando los coleccionistas enseñan sus curiosidades, comprenden en el acto si el visitante es ó no inteligente. Los que lo entienden se dirigen siempre á lo bueno, á lo que nunca han visto ó no poseen. Los obtusos sueltan una patochada, y los faltos de educación, alguna grosería. Hasta es fácil conocer los coleccionistas en medallas y armas por el modo de examinarlas. Si las manosean ó soban, ignoran el mérito de tales objetos. El sudor los empaña y oxida.

Prueba lo inútil de mostrar preciosidades al que carece de sentimiento artístico, lo que cuentan ocurrió á un entusiasta que llevó á un amigo al Museo del Prado. Le hizo una descripción minuciosa de sus cuadros principales, y al salir del edificio le preguntó:—¿Qué es lo que más te ha gustado? El interpelado, después de reflexionar, contestó:—Pues..... la altura del techo.

En defensa propia diremos, que el coleccionar es el más decente de todos los vicios. A veces, ni con dinero se consigue satisfacer un deseo. Los aficionados recelan de sus colegas, aunque sean unos caballeros, y se dejan desplumar por el más necio trapero. Para hacer un cambio, se necesita habilidad y conseguir indirectamente que á uno se lo propongan. Un coleccionista ofreció á otro 50 duros por un cuchillo de monte, fabricado por el arcabucero Francisco Vis. Escucháronle como quien oye llover. Pasaron meses. El primero de los aficionados envolvió en un periódico un cuchillo de mesa y un trinchante del siglo XVII, que le costaron 5 duros; se presentó á su colega; no los enseñó á éste hasta que picó bien su curiosidad, y cuando el último propuso hacer un cambio, contestó:—No; á no ser por el cuchillo de Vis.—Bueno.—Y el que tiene V. de Hilario Mateo.—Corriente. Por pudor no pidió más el del trinchante.

Los que Dios formó más inmediatos en la escala animal á los irracionales, carecen

de delicado gusto, y no comprenden haya quien ame la belleza en todas sus manifestaciones. ¿Para qué sirve entender de artes? preguntó uno de ellos.—Para diferenciarse el hombre del asno, le contestaron. Otro de la misma calaña que le sucedía con las obras del ingenio humano como á los eunucos con las mujeres, todas le parecían lo mismo, dijo á un coleccionista:—¿Cómo ha reunido V. tanta *quisicosa?*—Con ésta, éste y éstas, respondió, llevando la mano á la frente, haciendo sonar el dinero del bolsillo, y señalando á sus pantorrillas.

A los aficionados á las artes antiguas y modernas se puede aplicar lo que dijo la sobrina de D. Quijote de los poetas, "que era enfermedad incurable y pegadiza."

Desatino es gastar en lo superfluo careciendo de lo necesario. Coleccionando con inteligencia y método, nunca se pierde el capital. Los poderosos deben hacerlo, ya que no por otra causa, por ostentación y para proteger á los artistas contribuyendo á la gloria de la patria. Hasta los avaros, si aprovechan las oca-

siones de comprar á tiempo las joyas que otros con más gusto y menos dinero no pueden adquirir, se enriquecen.

Nadie nace enseñado. Los principios en coleccionar, como en todo, son difíciles. Se comienza por adquirir objetos malos, rara vez buenos, dudándose si valen lo que cuestan. Al comparar unos con otros se aquilata el gusto, y lo que antes encantaba después horroriza. Como las colecciones valen más por la calidad que por la cantidad, el mayor número de objetos no da al coleccionista importancia de entendido.—¿Qué tal la de Fulano?—Psch..... mucho chisme; todas sus antigüedades colean como los peces al sacarlos del agua.—¡Qué tonto! exclaman cuantos oyen el panegírico.

Quien no siente el arte, carece de disposición para coleccionar, actividad, espíritu de observación, tenacidad en estudiar el género que elige (todos es imposible abarcarlos), pierde tiempo, dinero y se expone á que lo lleven á un manicomio. Lo que no da natura.... tararura. Hay quien tiene gran instrucción, es un

pozo de ciencia y no entiende jota en artes. Otros pasan la vida examinando objetos arqueológicos y jamás distinguen los falsificados de los verdaderos. Es difícil dar reglas para conocer los auténticos. Se comprende la diferencia de unos á otros por la *impresión* que causan. La práctica ayuda; pero quien carezca de intuición debe dedicarse á lo que Dios le dé á entender, no á la arqueología.

De todos modos, los coleccionistas son útiles á la historia y á las artes si impiden que desaparezcan los libros, pinturas, esculturas, armas, tapices, muebles y demás preciosidades producto del ingenio humano. Los que recogen cuentos, cantares, tradiciones, leyendas y cuanto constituye la literatura popular, son también útiles.

Hasta los ropavejeros prestan un servicio indirecto buscando curiosidades, aunque sea, no por amor al arte, sino para especular con ellas. Desde el elefante al microbio, todos los animales tienen en el mundo una misión más ó menos buena que cumplir.

Por último, dejando á un lado á *Ro-*

pavejeros y *Anticuarios*, encargamos á los *Coleccionistas*, que en lugar de echarla de entendidos, se rían de sí mismos como lo hace el *soldado viejo*, tan ignorantón (ya se ve, ¡si fué de Infantería!), que ni latín sabe. Por eso no concluye con la frase que los romanos usaban para anunciar había terminado la función, sino á la española, diciendo:

»Y aquí da fin el sainete.
Perdonad sus muchas faltas.»

Acabáronse de imprimir los Ropavejeros, anticuarios y coleccionistas, en romance, en la Tipografía de Infantería de Marina, el 7 de Febrero, fiesta de San Romualdo. Año del Nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo, M.DCCC.XC

ÍNDICE

Páginas

LAUS DEO